

LA ILUSTRACIÓN

ESPAÑOLA Y AMERICANA



ALMANAQUE

PARA

1901

BIBLIOTECA MADRID

AÑO XLV

La Ilustración Española y Americana

REVISTA DE BELLAS ARTES, LITERATURA Y ACTUALIDADES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID

Un año, **35** pesetas. — Seis meses, **18**. — Tres meses, **10**.

PROVINCIAS

Un año, **40** pesetas. — Seis meses, **21**. — Tres meses, **11**.

En **PORTUGAL** rigen los mismos precios, á razón de 180 reis por peseta

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, **50** francos. — Seis meses, **26**. — Tres meses, **14**.

AGENCIAS DE LA EMPRESA EN AMÉRICA

(Pagaderos en oro por anticipado.)

Un año, **60** francos. — Seis meses, **35** francos

quedando los Sres. Agentes de esta Empresa, en América, autorizados para fijar el importe que, en la moneda circulante en cada país, equivalga á los expresados precios, atendiendo al coste de las letras sobre Europa.

En los días **8, 15, 22 y 30** de cada mes aparece un número de 16 páginas, muchas de ellas con selectos grabados, reproduciendo los sucesos de interés general, cuadros notables de todas las escuelas, monumentos arquitectónicos antiguos ó modernos, retratos de los personajes de reconocida notoriedad, etc. La sección literaria, confiada á los más distinguidos escritores, contribuye de manera eficaz á hacer de esta publicación una verdadera enciclopedia de nuestra época. Cuando la abundancia ó el interés de los asuntos artísticos ó de actualidad lo reclama, se distribuyen Suplementos, gratis para los Sres. Suscriptores.

Á las personas que deseen conocer esta publicación se les facilita número de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración, Arenal, 18, Madrid.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

AÑO XLIV.

MÁDRID, 30 DE ENERO DE 1900.

NÚM. IV.



QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR!

DIBUJO DE PEDRERO.

ALMANAQUE
DE
LA ILUSTRACIÓN
PARA EL AÑO DE
1901

DIRIGIDO Y COMPUESTO

POR

DON ANTONIO GARRIDO

CON LA COLABORACIÓN DE LOS SEÑORES

Alberti (D. Fernando), Andrade (D. Ángel), Bayda (D. Eduardo), Becerro de Bengoa (D. Ricardo),
Blanco Belmonte (D. M. R.), Blas, Bustillo (D. Eduardo), Ciarán (D. Alfonso), Cuenca (D. Carlos Luis de),
Delgado (D. Sinesio), Díaz de Escovar (D. Narciso), Díaz Molina (D. J.), Echeágaray (D. José),
Echeágaray (D. Miguel), Elola (D. José de), Fernández Bremón (D. José), Ferrari (D. Emilio), Girórella,
Grilo (D. Antonio), Huertas (D. Ángel), Jiménez Aranda (D. José), Izanderer (D. José J.),
Larrubiera (D. Alejandro), Legua, Lipderum, Lustoró (D. Eduardo de), Méndez Brindas (D. Narciso), Morton,
Palao (D. Luis), Paris, Peña (D. Maximino), Plá (D. Cecilio), Ramos Carrión (D. Miguel), Reina (D. Manuel),
Sandoval (D. Manuel de), Sbarbi (D. José M.), Sellés (D. Eugenio), Souza Pinto,
Thebussem (El Doctor).

AÑO XXVIII



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, número 20

1900

A LIBRERÍA

ES PROPIEDAD.

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY.

ÍNDICE GENERAL.

TEXTO.

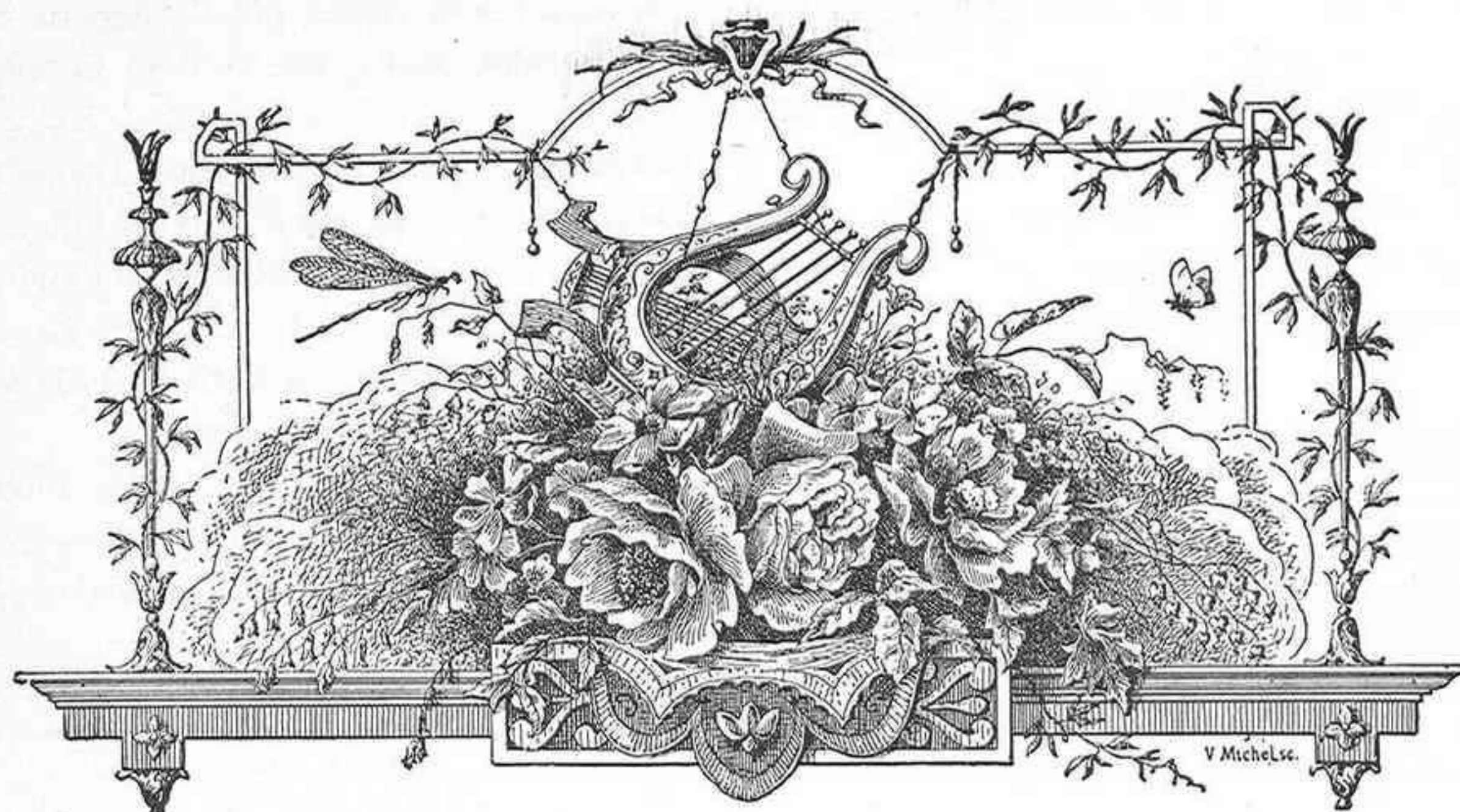
	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S...	7	El conflicto de los siglos, por D. José Echegaray...	67
Anuncios astronómicos, por D. M. V.....	7	El arado, poesía, por D. Manuel Reina.....	72
Índice del santoral.....	10 y 11	Otros amantes de Teruel, por D. Eugenio Sellés....	75
Santoral.....	12 á 35	Ataja la calle, poesía, por D. José Fernández Bre-	
Un carácter extravagante, por D. José María Sbarbi.	37	món.....	81
Mi reloj, por D. E. de Lustonó.....	41	¡Venganza!, poesía, por D. Sinesio Delgado.....	81
Malagueñas, por D. Narciso Díaz de Escovar.....	44	La torre del Indiano, por D. Miguel Ramos Carrión.	84
El cielo en 1901, por D. José J. Landerer.....	46	Fortaleza, poesía, por D. Manuel de Sandoval.....	88
Filosofía rural, poesía, por D. M. R. Blanco Bel-		Similia similibus....., por D. Alejandro Larrubiera...	90
monte.....	50	Un diagnóstico, poesía, por D. Carlos Luis de Cuenca.	94
Notas patibularias, por el Dr. Thebussem.....	53	¡No!, poesía, por D. Emilio Ferrari.....	95
El primer Presidente del siglo, por D. Eduardo Bus-		Los alcances del cabo, por D. José de Elola.....	98
tillo.....	58	Mis condiscípulos, por D. Miguel Echegaray.....	101
La carbonera, por D. Ricardo Becerro de Bengoa...	62	El cohete, poesía, por D. Antonio Grilo.....	102

GRABADOS.

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
¡Por la señal....., fotografía de D. José Luis Re-		Ilustración de «Malagueñas», dibujo de Huertas...	44
quena.....	9	Á cuatro manos, por Weckzerzich.....	45
Ilustraciones del santoral, dibujos de Palao.....	12 á 35	Ilustraciones de «El cielo en 1901», dibujo de Banda.	46
¡Buenas noches, mamita! fotografía de D. José Luis		Ilustración de «Filosofía rural», dibujo de Andrade.	50
Requena.....	36	Duetto, por Kiessel.....	52
Curiosas, dibujo de Blas.....	40	Ilustraciones de «Notas patibularias», dibujos de	
Ilustraciones de «Mi reloj», dibujos de Alberti... 41 y 42		Palao.....	53, 54 y 56
La voz del amo.....	43	Un intruso, cuadro de Paris.....	57

ÍNDICE GENERAL.

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
En la reja, cuadro de Legua.....	60	Roma.—Palacio del Vaticano. El museo Chiaramonti.....	83
Jugadores de billar.....	61	La araña, cuadro de Cecilio Pla.....	86
Ilustraciones de «La carbonera», dibujos de Peña. 62 y 65	62 y 65	Canciones del tiempo viejo, por Cechi.....	89
El pintor Adam.....	66	Ilustraciones de «Similia similibus», dibujos de Méndez Bringas.....	90 y 92
Una lección, cuadro de Linderum.....	70	¿Quién será?, por Mme. Gironella.....	96
Un salvamento en alta mar, cuadro de Morton.....	71	Paisaje.....	97
¡Higos de viña!, por Jiménez Aranda.....	74	En el campo, cuadro de Schram.....	99
Ilustraciones de «Otros amantes de Teruel», dibujos de Díaz Molina.....	75, 76, 77, 78 y 79	El favorito, por Steintal.....	102
Recolección de patatas, cuadro de Souza Pinto.....	80	VIÑETAS VARIAS: 37, 39, 47, 49, 58, 59, 67, 69, 84, 88, 98, 100, 101.	
Una familia feliz.....	81		
Roma.—Palacio del Vaticano. La sala ducal.....	82		





PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Áureo número.	2	Indicción romana.	14
Epacta.	X	Letra dominical.	F
Ciclo solar.	6	Letra del martirologio romano.	k

DÍAS DE AYUNO.

Todos los de *Cuaresma*, excepto los Domingos.
 Los Viernes y Sábados de *Adviento*; advirtiéndose que, cuando la fiesta de la *Purísima Concepción de Nuestra Señora* cae en Viernes ó en Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves inmediato.
 La Vigilia de *Pentecostés* (con abstinencia de carne).
Miércoles, Viernes y Sábado de cada una de las cuatro *Témporas*.
 Vigilia de *San Pedro y San Pablo* (con abstinencia de carne).
 Vigilia del *Apóstol Santiago*.
 Vigilia de la *Asunción de Ntra. Señora* (con abstinencia de carne).
 Vigilia de *Todos los Santos*.
 Vigilia de *Navidad* (con abstinencia de carne).
 También es ayuno con abstinencia de carne el *Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado* de la *Semana Santa* (3, 4, 5 y 6 de Abril).

FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesús.	20 de Enero.
La Sacra Familia.	27 de Enero.
Septuagésima.	3 de Febrero.
Sexagésima.	10 de Febrero.
Quincuagésima.	17 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	20 de Febrero.
Pascua de Resurrección.	7 de Abril.
Patrocinio de San José.	28 de Abril.
Letanías.	13, 14 y 15 de Mayo.
Ascensión del Señor.	16 de Mayo.
Pascua de Pentecostés.	26 de Mayo.
La Santísima Trinidad.	2 de Junio.
Sanctissimum Corpus Christi.	6 de Junio.
Purísimo Corazón de María.	16 de Junio.
La Preciosísima Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo.	7 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	18 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	6 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora.	10 de Novbre.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento.	23.
Adviento.	1.º de Dicbre.

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la *Cuaresma* ni aun los Domingos.
 Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven *deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los Domingos de Cuaresma y todos los Viernes* del año.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 15 de Abril, y se cierran respectivamente el 19 de Febrero y el 30 de Noviembre.

TÉMPORAS.

I.—El 27 Feb. y 1 y 2 de Marzo.	III.—El 18, 20 y 21 de Sepbre.
II.—El 29 y 31 Mayo y 1 de Jun.	IV.—El 18, 20 y 21 de Dicbre.

DÍAS EN QUE SE SACA ÁNIMA.

El 3 y 26 de Febrero; el 9, 10, 17, 29 y 30 de Marzo; el 10 de Abril; el 30 de Mayo, y el 1.º de Junio.

ANUNCIOS ASTRONÓMICOS

que deben insertarse en los calendarios de Castilla la Nueva correspondientes al año 1901.

POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID.

LATITUD. . . 40° 24' 30" N.
 LONGITUD. . 0° 10' 4,2" al E. del Observatorio de San Fernando.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODÍACO.

20 de Enero, en <i>Acuario</i> .	23 de Julio, en <i>Leo</i> .— <i>Canícula</i> .
19 de Febrero, en <i>Piscis</i> .	23 de Agosto, en <i>Virgo</i> .
21 de Marzo, en <i>Aries</i> .— <i>Primavera</i> .	23 de Sepbre., en <i>Libra</i> .— <i>Otoño</i> .
20 de Abril, en <i>Tauro</i> .	24 de Octubre, en <i>Escorpio</i> .
21 de Mayo, en <i>Géminis</i> .	22 de Noviembre, en <i>Sagitario</i> .
22 de Junio, en <i>Cáncer</i> .— <i>Estío</i> .	22 Dic., en <i>Capricornio</i> .— <i>Invierno</i> .

CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA.—Entra el 21 de Marzo á las 7 y 9 m. de la mañana.
 ESTÍO.—Entra el 22 de Junio á las 3 y 13 m. de la mañana.
 OTOÑO.—Entra el 23 de Septiembre á las 5 y 54 m. de la tarde.
 INVIERNO.—Entra el 22 de Diciembre á las 12 y 22 m. del día.

ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA.

MAYO 17. *Eclipse total de Sol*, invisible en Madrid.
 El eclipse principia en la Tierra á 14 h. 35,2 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se

halla en la longitud de 57° 43' al E. de San Fernando, y latitud 20° 22' S.

El eclipse central principia en la Tierra á 15 h. 32,9 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 46° 19' al E. de San Fernando, y latitud 27° 30' S.

El eclipse central á mediodía sucede á 17 h. 3,9 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 103° 4' al E. de San Fernando, y latitud 2° 9' S.

El eclipse central termina en la Tierra á 18 h. 45,3 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 163° 10' al E. de San Fernando, y latitud 12° 50' S.

El eclipse termina en la Tierra á 19 h. 42,9 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 151° 21' al E. de San Fernando, y latitud 5° 37' S.

Este eclipse es visible en parte de Asia y África, en la Australia, en gran parte del Océano Índico y en parte del Pacífico.

OCTUBRE 27. *Eclipse parcial de Luna*, invisible en Madrid.

Principio del eclipse á las 2 y 11 m. de la tarde.

Medio del eclipse á las 3 y 1 m. de idem.

Fin del eclipse á las 3 y 51 m. de idem.

El principio de este eclipse es visible en parte de Europa, en

el Asia, en una pequeña parte de África y de la América Septentrional, en la Australia, en el estrecho de Behring, en el Océano Índico, en gran parte del Pacífico, en casi todo el mar Polar Ártico y en una pequeña parte del Antártico.

El fin de este eclipse es visible en gran parte de Europa, en el Asia, en parte de África, en una pequeña parte de la América Septentrional, en la Australia, en el estrecho de Behring, en el Océano Índico, en parte del Pacífico, en casi todo el mar Polar Ártico y en una pequeña parte del Antártico.

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte austral del limbo, 0,222; tomando como unidad el diámetro de la Luna.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verifica en un punto del limbo de ésta que dista 43° de su vértice austral hacia Oriente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verifica en un punto del limbo de ésta que dista 14° de su vértice austral hacia Occidente (visión directa).

NOVIEMBRE 10. *Eclipse anular de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra á 16 h. 5,0 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se

halla en la longitud de 33° 43' al E. de San Fernando, y latitud 26° 46' N.

El eclipse central principia en la Tierra á 17 h. 19,0 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 19° 41' al E. de San Fernando, y latitud 36° 57' N.

El eclipse central á mediodía sucede á 18 h. 53,2 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 72° 42' al E. de San Fernando y latitud 11° 48' N.

El eclipse central termina en la Tierra á 20 h. 48,2 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 128° 25' al E. de San Fernando, y latitud 17° 23' N.

El eclipse termina en la Tierra á 22 h. 2,2 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 113° 18' al E. de San Fernando, y latitud 6° 59' N.

Este eclipse es visible en gran parte de Europa y Asia, en parte de África, en una pequeña parte de la Australia, en gran parte del mar Mediterráneo, en el Océano Índico y en parte del Pacífico.

Horas de tiempo medio civil á que se verifican las fases de la Luna en Madrid el año 1901.

ENERO.	Día 4.—11h 59m n., en <i>Cáncer</i> .— <i>Llena</i> . 12.—8h 23m n., en <i>Libra</i> .— <i>Menguante</i> . 20.—2h 21m t., en <i>Capricornio</i> .— <i>Nueva</i> . 27.—9h 38m m., en <i>Tauro</i> .— <i>Creciente</i> .	JULIO.	Día 1.—11h 3m n., en <i>Capricornio</i> .— <i>Llena</i> . 9.—3h 5m m., en <i>Aries</i> .— <i>Menguante</i> . 15.—9h 56m n., en <i>Cáncer</i> .— <i>Nueva</i> . 23.—1h 43m t., en <i>Libra</i> .— <i>Creciente</i> . 31.—10h 19m m., en <i>Acuario</i> .— <i>Llena</i> .
FEBRERO.	Día 3.—3h 15m t., en <i>Leo</i> .— <i>Llena</i> . 11.—5h 57m t., en <i>Escorpio</i> .— <i>Menguante</i> . 19.—2h 31m madr., en <i>Acuario</i> .— <i>Nueva</i> . 25.—6h 21m t., en <i>Géminis</i> .— <i>Creciente</i> .	AGOSTO.	Día 7.—7h 47m m., en <i>Tauro</i> .— <i>Menguante</i> . 14.—8h 13m m., en <i>Leo</i> .— <i>Nueva</i> . 22.—7h 37m m., en <i>Escorpio</i> .— <i>Creciente</i> . 29.—8h 6m n., en <i>Piscis</i> .— <i>Llena</i> .
MARZO.	Día 5.—7h 50m m., en <i>Virgo</i> .— <i>Llena</i> . 13.—12h 52m día, en <i>Sagitario</i> .— <i>Menguante</i> . 20.—12h 38m día, en <i>Piscis</i> .— <i>Nueva</i> . 27.—4h 24m m., en <i>Cáncer</i> .— <i>Creciente</i> .	SEPTIEMBRE	Día 5.—1h 13m t., en <i>Géminis</i> .— <i>Menguante</i> . 12.—9h 4m n., en <i>Virgo</i> .— <i>Nueva</i> . 21.—1h 19m madr., en <i>Sagitario</i> .— <i>Creciente</i> . 28.—5h 21m m., en <i>Aries</i> .— <i>Llena</i> .
ABRIL.	Día 4.—1h 6m madr., en <i>Libra</i> .— <i>Llena</i> . 12.—3h 42m m., en <i>Capricornio</i> .— <i>Menguante</i> . 18.—9h 23m n., en <i>Aries</i> .— <i>Nueva</i> . 25.—4h t., en <i>Leo</i> .— <i>Creciente</i> .	OCTUBRE.	Día 4.—8h 38m n., en <i>Cáncer</i> .— <i>Menguante</i> . 12.—12h 57m día, en <i>Libra</i> .— <i>Nueva</i> . 20.—5h 43m t., en <i>Capricornio</i> .— <i>Creciente</i> . 27.—2h 52m t., en <i>Tauro</i> .— <i>Llena</i> .
MAYO.	Día 3.—6h 4m t., en <i>Escorpio</i> .— <i>Llena</i> . 11.—2h 23m t., en <i>Acuario</i> .— <i>Menguante</i> . 18.—5h 23m m., en <i>Tauro</i> .— <i>Nueva</i> . 25.—5h 25m m., en <i>Virgo</i> .— <i>Creciente</i> .	NOVIEMBRE	Día 3.—7h 10m m., en <i>Leo</i> .— <i>Menguante</i> . 11.—7h 19m m., en <i>Escorpio</i> .— <i>Nueva</i> . 19.—8h 9m m., en <i>Acuario</i> .— <i>Creciente</i> . 26.—1h 3m madr., en <i>Géminis</i> .— <i>Llena</i> .
JUNIO.	Día 2.—9h 38m m., en <i>Sagitario</i> .— <i>Llena</i> . 9.—9h 45m n., en <i>Piscis</i> .— <i>Menguante</i> . 16.—1h 18m t., en <i>Géminis</i> .— <i>Nueva</i> . 23.—8h 44m n., en <i>Libra</i> .— <i>Creciente</i> .	DICIEMBRE.	Día 2.—9h 35m n., en <i>Virgo</i> .— <i>Menguante</i> . 11.—2h 38m madr., en <i>Sagitario</i> .— <i>Nueva</i> . 18.—8h 21m n., en <i>Piscis</i> .— <i>Creciente</i> . 25.—12h 1m día, en <i>Cáncer</i> .— <i>Llena</i> .





A. GAVARAN-S

¡POR LA SEÑAL.....
De fotografía del Sr. D. José Luis Requena.)

ILUSTRACION DEL SANTORAL

Tan unida estuvo la idea cristiana á la vida de nuestra patria desde que el Catolicismo llegó al trono con la conversión de Recaredo, que al catálogo de los santos que la Iglesia venera sirve de adecuado marco el recuerdo de nuestros héroes y sus glorias; de nuestros genios, y los monumentos y joyas artísticas y literarias que produjeron. Precisamente se perpetuó esta unión durante doce siglos, desde el VII al XVIII, y al terminar el XIX, en que, si no rota, aparece al menos quebrantada, y al empezar el XX que alumbra con la luz de la esperanza las sombras en que

envolvió á España el que termina, nos ha parecido muy del caso hacer de las doce planas de nuestro Santoral otros tantos bosquejos de aquellos doce siglos en que anduvieron unidos los ideales de religión y de patria. Para que en conjunto tenga unidad y responda á un plan general, se han agrupado en cada uno de ellos elementos análogos á los de los demás. Mucho habríamos de extendernos para hacer con la pluma el análisis de lo que esos bosquejos nos presentan en abreviada síntesis. El espacio no lo consiente, y hemos de limitarnos á enunciarlo en este Índice general.

MESES.—SIGLOS	SUCESOS HISTÓRICOS	SANTOS	PERSONAJES HISTÓRICOS	ARQUITECTURA	NUMISMÁTICA	MANUSCRITOS	CRUCES	OBJETOS DIVERSOS
ENERO SIGLO VII.	Conversión de Recaredo.	San Isidoro, arzobispo de Sevilla.	Recaredo I.	Ermita de S. Juan Baut. ^o de Baños. Capiteles de Sta. Leocadia en Toledo.	Moneda de Recaredo en Cæsar Augusta.	Fragmento de lápida (catedral de Toledo).	Coronas y cruces vetivas del Tesoro de Guarrazar (R. Arm. ^o y M. ^o de Cluny).	Orla de la época.
FEBRERO SIGLO VIII.	Combate en Covadonga.	San Beato, abad de Liébana.	Pelayo.	Puerta en la mezquita de Córdoba.	*	Fragmento de Biblia gótica (catedral de Toledo).	Cruz de Guarrazar (Brazos en el M. ^o Arqueol. ^o de Madrid).	Espadas del tesoro de Pouan (Museo de Troyes), armas y orla de la época.
MARZO SIGLO IX.	Traslación de S. Eulogio y Sta. Leocadia, de Córdoba á Oviedo.	San Eulogio, mártir de Córdoba.	Alfonso III.	Interior de San Miguel de Linió. Exterior de Santa Cristina de Lena.	*	Frag. de psalterio muzárabe de la biblioteca de la catedral de Toledo	Cruz de los Angeles (catedral de Oviedo).	Arca de reliquias (catedral de Oviedo). Soldado de la época.
ABRIL SIGLO X.	Abderramán III recibiendo á la Embajada de Porfirogeneto.	San Bernardo, arzobispo de Toledo.	Abderramán III.	Santa María de Lebeña. Detalles del miriábal de la mezquita de Córdoba.	Moneda árabe.	Inscripción arábiga.	*	Pendón, espada, guzla y ánfora árabes. Arquilla de plata (catedral de Gerona).
MAYO SIGLO XI.	El Cid seguido de sus huestes.	Santo Domingo de la Calzada.	Alfonso VI.	Panteón de San Isidoro en León.	Dinero de Alfonso VI en Toledo.	Frag. de un breviario cuadrag. muzárabe (catedral de Toledo).	Cruz con Cristo llamada de Doña Sancha (M. ^o Arqueol. ^o de Madrid).	Espada, hacha y lanza con bandera de la época.
JUNIO SIGLO XII.	Batalla de las Navas de Tolosa (1).	San Isidro Labrador y Santa María de la Cabeza.	Alfonso VIII.	Puerta del Obispo en la catedral de Zamora.	Dinero de Alfonso VIII en Toledo.	Fragmento de un privilegio de Alfonso VIII á los habitantes de Toledo.	Cristo de bronce (M. ^o Arqueol. ^o de Madrid).	Espada, hacha, lanza con bandera, pica y escudo de la época.
JULIO SIGLO XIII.	Entrada de Fernando III en Sevilla.	Santo Domingo de Guzmán.	Estatua de Fernando III (catedral de Burgos).	Abside de la catedral de León.	Pepión de Fernando III.	Frag. de una sentencia dictada por Fernando III.	Cruz polieroma con Cristo y figuras (M. ^o Arqueol. ^o de Madrid).	Virgen de la Victoria y urna de Fernando III, esp. y pavés (catedral de Sevilla).
AGOSTO SIGLO XIV.	Una aventura nocturna del rey Don Pedro I.	San Vicente Ferrer. Escultura en plata repujada de los Duques de Bailén.	Pedro I.	Fachada del Alcázar de Sevilla.	Dobla de Pedro I de Castilla. Sello del mismo.	Frag. de un manuscrito con la firma del rey D. Pedro I.	Cruz procesional de hierro (M. ^o Arqueol. ^o de Madrid).	Virgen de marfil (catedral de Oviedo). Arqueta de marfil (Acad. ^o de la Historia). Espada, bandera y lombarda.
SEPTIEMBRE SIGLO XV.	Hazaña de Hernán Pérez del Pulgar en Granada.	San Pedro Arbués.	Isabel la Católica.	Castillo de Coca, Detalles de S. Gregorio y S. Pablo de Valladolid.	Ochavo de los Reyes Católicos.	Final de manuscrito y firmas de los Reyes Católicos y de Cristóbal Colón.	Cruz ojival de plata (M. ^o Arqueol. ^o de Madrid).	Escudo y guión de los Reyes Cat. Escudo de Colón. Espadas de Isabel la Cat., Gon. de Córdoba y Boabdil.
OCTUBRE SIGLO XVI.	Prisión del Elector de Sajonia Juan Federico (batalla de Muhlberg).	Santa Teresa de Jesús.	Carlos I.	Convento de San Marcos en León.	Medio escudo de Carlos I (1552).	Frag. de una escritura de venta en Torrijos (1556).	Cruz procesional de plata (iglesia de Amuseo, Palencia).	Armadura de Carlos I y varias armas.
NOVIEMBRE SIGLO XVII.	*	San José de Calasanz.	Felipe IV, Cervantes, Velázquez, Murillo, Quevedo, Calderón, Lope de Vega, Montañés, Ribera y Alonso Cano.	Trasparente de la catedral de Toledo.	Dinero de Felipe IV en Ibiza.	Fragmento de un autógrafo de Sor María de Agreda.	Cristo de Montañés (catedral de Sevilla).	Arco, pistola y espadas.
DICIEMBRE SIGLO XVIII.	Carlos III declara ante las Cortes patrona de España á la Inmaculada Concepción.	San Alonso Leciniana, mártir en China.	Carlos III.	Capilla del Pilar en Zaragoza.	Duro de Carlos III.	Fragmento de una carta de Carlos III á su madre.	Cruz de metal y Cristo de marfil.	*

(1) Aunque este hecho memorable tuvo lugar entrado ya el siglo XIII (1212), se coloca en el cuadro del siglo XII por ser coronación gloriosa del largo reinado de Alfonso VIII (1158-1214), que debe considerarse como monarca reinante en el siglo XII.



CITE PRIMOREGNI DNI
NOSTRIGLORIOSISSIMI FL
RECCARENIREGIS ERA
DCXXX.

Enero.

- 1 Mart. *Fiesta.* LA CIRCUNCION DEL SEÑOR, y san Fulgencio Ruspense, ob.
- 2 Miérc. La Aparición de Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza, Stos. Isidoro, ob. y mr. y Macario, abad.
- 3 Juev. San Antero, papa y mr., y santa Genoveva, virgen, patrona de Paris.
- 4 Vier. San Tito, ob., y san Aquilino y comps., mrs.
- 5 Sáb. San Telesforo, papa y mr., y san Simeón Stilita.
- 6 Dom. LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Rivera, arzobispo de Valencia.
- 7 Lun. San Julián, mr., y san Raimundo de Peñafort.—*Abrense las velaciones.*
- 8 Mart. San Luciano, presb., y compañeros mártires.
- 9 Miérc. San Julián, mr., y su esposa santa Basilisa, v.
- 10 Juev. San Nicanor, diácono y mr., y san Gonzalo de Amarante, conf.
- 11 Vier. San Higinio, papa y mr.
- 12 Sáb. San Benito Biscop, abad; san Arcadio, mr.; san Martín, canónigo de León, y san Alfredo, abad.
- 13 Dom. Stos. Gumersindo, presb., y Siervo de Dios, mrs.
- 14 Lun. San Hilario, ob. y doctor, y san Félix de Nola, presbítero y mr.
- 15 Mart. San Pablo, primer ermitaño; san Mauro, abad.



- 16 Miérc. San Marcelo, papa y mr., y san Marcelo, ob.
- 17 Juev. San Antón, abad.
- 18 Vier. La Cátedra de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mr.
- 19 Sáb. San Canuto, rey; san Mario, santa Marta y san Audifaz.
- 20 Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesús; san Fabián, papa, y san Sebastián, mrs.
- 21 Lun. San Fructuoso, ob.; san Augurio y san Eulogio, diáconos, y santa Inés, virgen, todos mrs.
- 22 Mart. San Vicente, diácono, patrón de Valencia, y san Anastasio, mrs.
- 23 Miérc. *Fiesta.* SAN ILDEFONSO, arzob. de Toledo, y santa Emerenciana, virg. y mr., patrona de Teruel.
- 24 Juev. Ntra. Sra. de la Paz, y san Timoteo, ob. y mr.
- 25 Vier. La Conv. de san Pablo, apóstol, y santa Elvira.
- 26 Sáb. San Policarpo, ob. y mr.; Sta. Paula, viuda rom.
- 27 Dom. La Sacra Familia, san Juan Crisóstomo, ob. y doct., y san Julián y compañeros, mrs.
- 28 Lun. San Julián, ob. y patrón de Cuenca, y san Valero.
- 29 Mart. San Francisco de Sales, ob. y doc., fundador de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora.
- 30 Miérc. San Lesmes, abad, patrón de Burgos.
- 31 Juev. San Pedro Nolasco, fund. de la O. de Nuestra Señora de la Merced; santa Marcela, viuda.



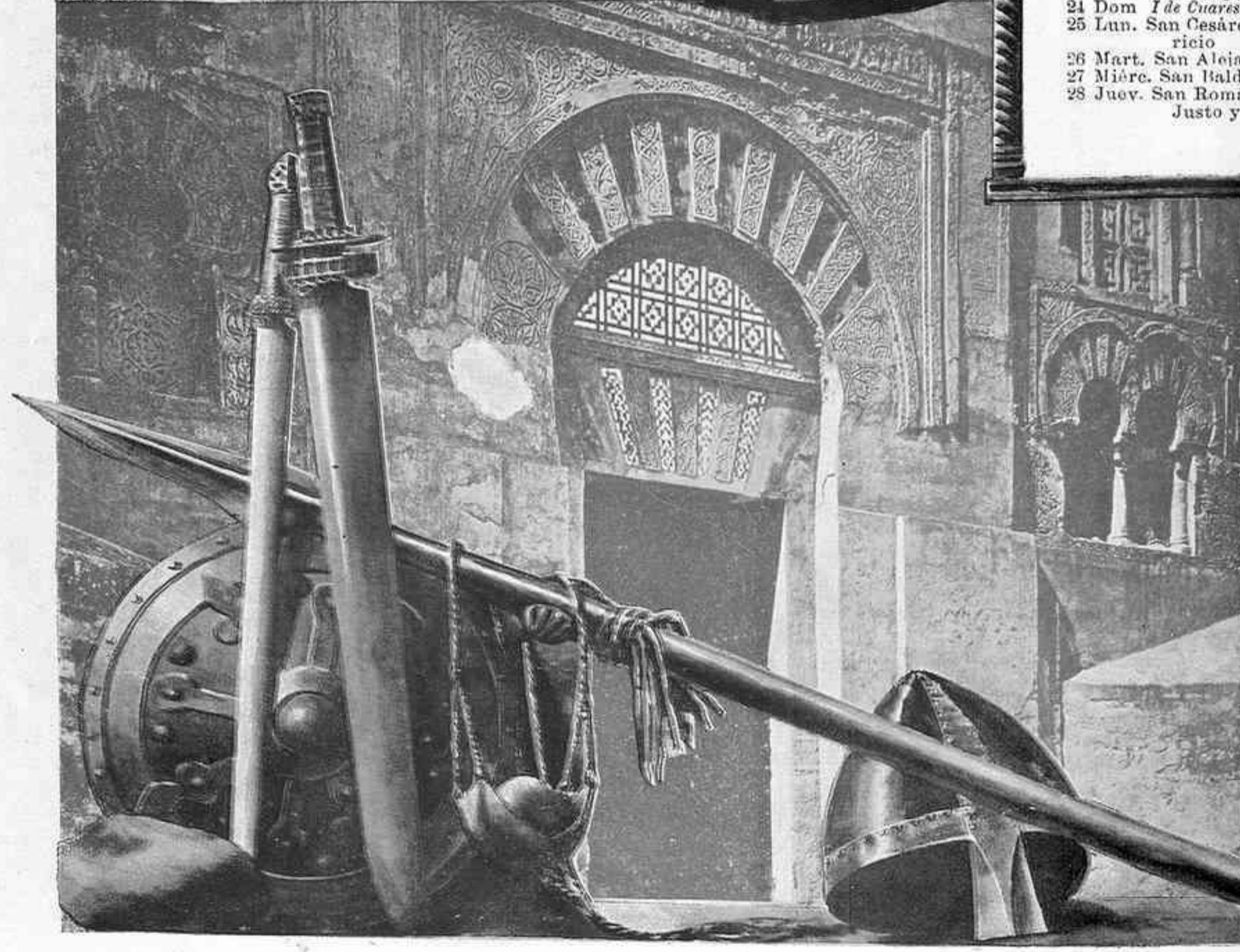
A.C. v.c.

Et hæc cruce uicavru quincia
mundum fidei noratu
quic cruce uim quincia
mundum. nri qui cruce
quiu lhr filius dæ æ
hic cruce quincia pu
æ rpin lhr xpr. æ
rolum. vcdmugi
quic cruce: Spræ
æncrafiuam: qu



Febrero.

- 1 Vier. San Ignacio y san Cecilio, patron de Granada, obispos y mrs.
- 2 Sáb. Fiesta. LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA (vulgo La Candelaria), y san Cornelio Centurion, obispo.
- 3 Dom. de 8 ptuagesima. San Blas, ob. y mrs. y el beato Nicolas de Longobardo. — *Anima.*
- 4 Lun. Stos. Andrés Corsino, ob., y José de Leonisa, conf. tista y 25 compañeros, vírgen y mrs. y san Pedro Bautista.
- 5 Mart. Santa Agueda, vírgen, y san Pedro Bautista.
- 6 Miérc. Santa Dorotea, vírgen, y san Teófilo, mrs.
- 7 Juev. San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Ricardo, rey de Inglaterra.
- 8 Vier. San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.
- 9 Sáb. Santa Apolonia, vírgen y mrs.
- 10 Dom. de 7 ptuagesima. Santa Escolástica, vírgen, y san Guillermo, Duque de Aquitania.
- 11 Lun. San Saturnino, presb., y compañeros mrs., y los santos Siete Siervos de María, fundadores.
- 12 Mart. Santa Eulalia de Barcelona, vírgen y mrs., y la primera Traslación de san Eugenio, arzobispo de Toledo.
- 13 Miérc. San Benigno, mr., y santa Catalina de Rizzis, vírgen.
- 14 Juev. San Valentín, presb. y mrs., y el beato Juan Bautista de la Concepción, fund.
- 15 Vier. San Faustino y santa Jovita, hermanos, mrs.
- 16 Sáb. San Julián y 5.000 compañeros, mrs.
- 17 Dom. de Quincuagesima. San Julián de Capadocia, mr.
- 18 Lun. San Eladio, arzobispo de Toledo; san Simeón, ob. y mrs., y san Teotonio, conf.
- 19 Mart. San Gabino, presb. y mrs., y san Alvaro de Córdoba. — *Cóyanse las velaciones.*
- 20 Miérc. de Ceniza. San León y san Eleuterio, obs. — *Principia el ayuno de Cuaresma.*
- 21 Juev. San Félix y san Maximiano, obs.
- 22 Vier. La Cátedra de san Pedro en Antioquia y san Pascasio, ob.
- 23 Sáb. San Pedro Damiano, ob. caril. y doct.; santa Marta, vírgen y mrs., y santa Margarita de Cortona, penit.
- 24 Dom. I de Cuaresma. San Matías ap., y san Modesto, ob.
- 25 Lun. San Cesáreo, conf., y el beato Sebastian de Aparicio.
- 26 Mart. San Aleandro, ob. — *Anima.*
- 27 Miérc. San Baldomero, conf. — *Tempora.* — *Ayuno.*
- 28 Juev. San Román, abad, y los santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros, mrs.





DEFENSVS MAGNVS



o mco lpre dnr qvuidia
lpre qvuidia or omium

cau
si cae

nae me in my rca uca gonor

fit uum m a boni cae mugu

A.G. 55.

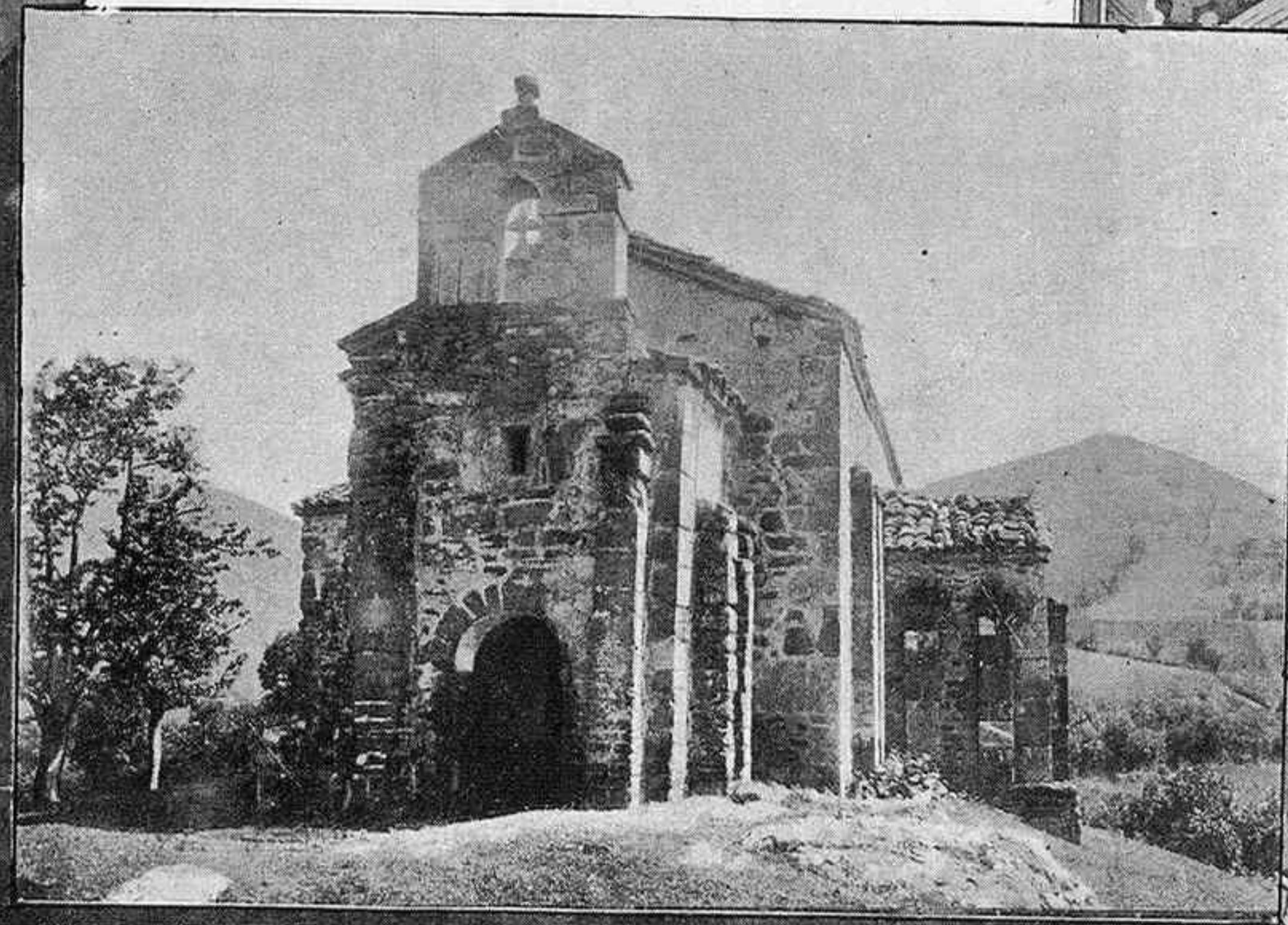
H. P. No.

Marzo.

- 1 Vier. El santo Angel de la Guarda, y san Rosendo, obispo.— *Témpora.*— *Ayuno.*
- 2 Sáb. San Lucio, obispo.— *Témpora.*— *Ayuno.*— *Órdenes.*
- 3 Dom. *II de Cuaresma.* Stos. Emeterio y Celedonio, mrs.
- 4 Lun. San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio.
- 5 Mart. San Eusebio y compañeros, mrs.
- 6 Miérc. San Víctor y Victoriano, mrs.; san Olegario, obispo, y santa Coleta, virgen.
- 7 Juev. Santo Tomás de Aquino, conf. y doctor, y santas Perpetua y Felicitas, mrs.
- 8 Vier. San Juan de Dios, fund.; san Julián, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.
- 9 Sáb. Santa Francisca, viuda romana; san Paciano, ob., y santa Catalina de Bolonia, virgen.— *Anima.*
- 10 Dom. *III de Cuaresma.* Santos Melitón y 39 comps., mrs. en Sebaste.— *Anima.*
- 11 Lun. San Eulogio, presb., y san Vicente, abad, mrs.
- 12 Mart. San Gregorio Magno, papa y doctor.
- 13 Miérc. San Leandro, san Rodrigo y san Salomón.

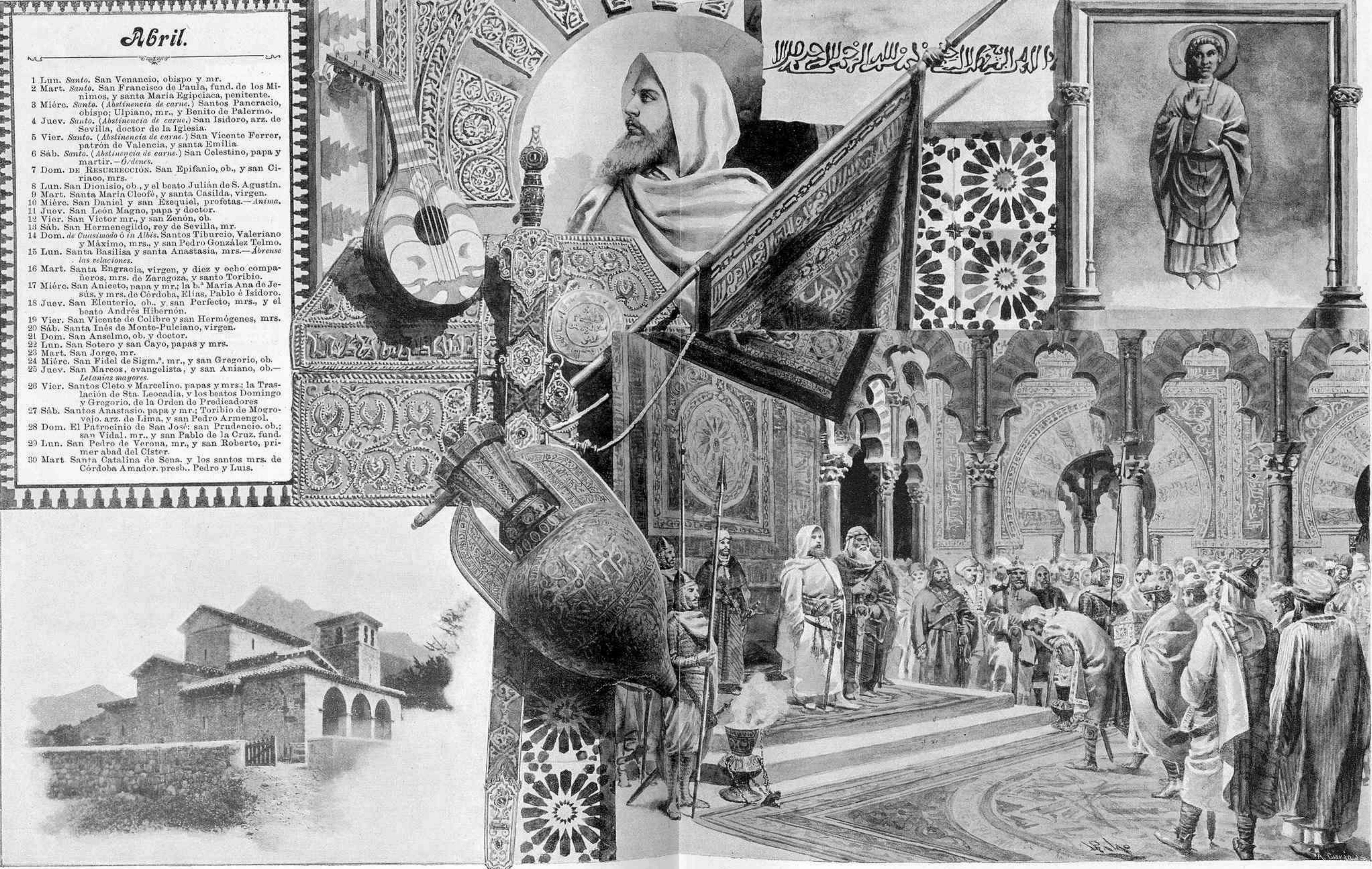


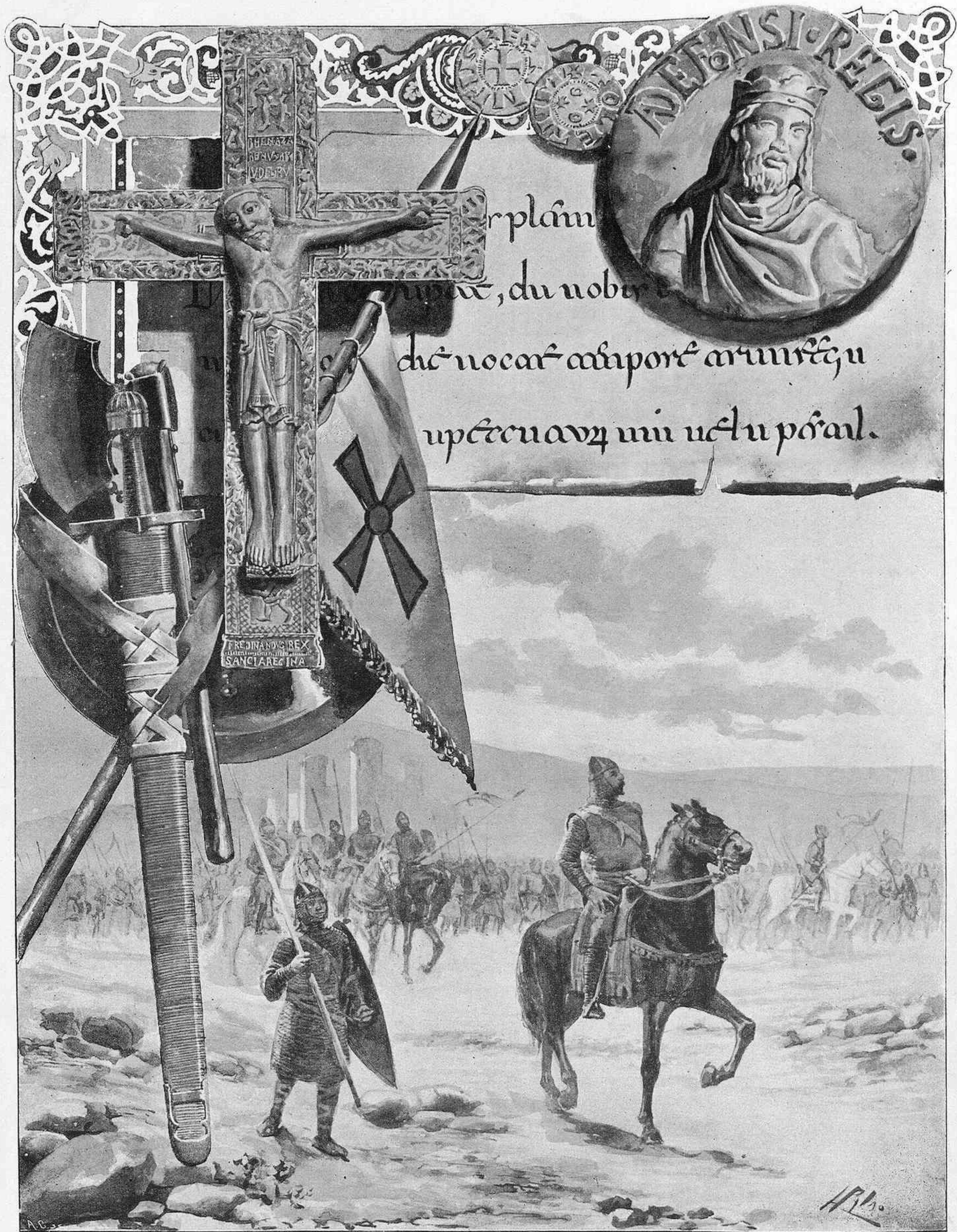
- 14 Juev. Santa Matilde, reina, y santa Florentina.
- 15 Vier. San Raimundo, abad, fund. de la O. de Calatrava.
- 16 Sáb. San Julián de Anazarbo, mr.
- 17 Dom. *IV de Cuaresma.* San Patricio, ob. y conf.— *Anima.*
- 18 Lun. San Gabriel, arc., y el beato Salvador de Horta.
- 19 Mart. *Fiest.* SAN JOSÉ, esposo de Nuestra Señora, patrón de la Iglesia universal.
- 20 Miérc. San Niceto, ob., y santa Eufemia, mr.
- 21 Juev. San Benito, abad y fund.
- 22 Vier. San Deogracias y san Bienvenido, obs.
- 23 Sáb. San Victoriano y compañeros, mrs., y el beato José Oriol, presb.— *Órdenes.*
- 24 Dom. *de Pasión.* S. Agapito, ob. y mr.; el bto. José María Tomasi, card., y el beato Diego José de Cádiz.
- 25 Lun. *Fiesta.* LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas el Buen Ladrón.
- 26 Mart. San Braulio, obispo de Zaragoza.
- 27 Miérc. San Ruperto, ob.
- 28 Juev. San Sixto III, papa y conf.; san Cástor y san Doroteo, mrs.
- 29 Vier. Los Dolores de Ntra. Sra., y san Eustasio, abad.— *Anima.*
- 30 Sáb. San Juan Climaco, abad.— *Anima.*
- 31 Dom. *de Ramos.* Santa Balbina, virgen; san Amós, profeta, y el beato Amadeo de Saboya.



Abril.

- 1 Lun. *Santo.* San Venancio, obispo y mr.
- 2 Mart. *Santo.* San Francisco de Paula, fund. de los Misioneros, y santa María Egipciaca, penitente.
- 3 Miérc. *Santo.* (Abstinencia de carne.) Santos Pancracio, obispo; Ulpiano, mr., y Benito de Palermo.
- 4 Juev. *Santo.* (Abstinencia de carne.) San Isidoro, arz. de Sevilla, doctor de la Iglesia.
- 5 Vier. *Santo.* (Abstinencia de carne.) San Vicente Ferrer, patrón de Valencia, y santa Emilia.
- 6 Sáb. *Santo.* (Abstinencia de carne.) San Celestino, papa y martir.—*Ordenes.*
- 7 Dom. DE RESURRECCION. San Epifanio, ob., y san Ciriaco, mrs.
- 8 Lun. San Dionisio, ob., y el beato Julián de S. Agustín.
- 9 Mart. Santa María Cleofé, y santa Casilda, virgen.
- 10 Miérc. San Daniel y san Ezequiel, profetas.—*Anima.*
- 11 Juev. San León Magno, papa y doctor.
- 12 Vier. San Víctor mr., y san Zenón, ob.
- 13 Sáb. San Hermenegildo, rey de Sevilla, mr.
- 14 Dom. de *Cuásimodo* ó *in Albis.* Santos Tiburcio, Valeriano y Máximo, mrs., y san Pedro González Telmo.
- 15 Lun. Santa Basilia y santa Anastasia, mrs.—*Abrense las velaciones.*
- 16 Mart. Santa Engracia, virgen, y diez y ocho compañeros, mrs. de Zaragoza, y santo Toribio.
- 17 Miérc. San Aniceto, papa y mr.; la b. María Ana de Jesús, y mrs. de Córdoba, Elías, Pablo é Isidoro.
- 18 Juev. San Eleuterio, ob., y san Perfecto, mrs., y el beato Andrés Hibernón.
- 19 Vier. San Vicente de Colibre y san Hermógenes, mrs.
- 20 Sáb. Santa Inés de Monte-Pulciano, virgen.
- 21 Dom. San Anselmo, ob. y doctor.
- 22 Lun. San Sotero y san Cayo, papas y mrs.
- 23 Mart. San Jorge, mr.
- 24 Miérc. San Fidel de Sigm., mr., y san Gregorio, ob.
- 25 Juev. San Marcos, evangelista, y san Aniano, ob.—*Letanias mayores.*
- 26 Vier. Santos Cleto y Marcelino, papas y mrs.; la Traslación de Sta. Leocadia, y los beatos Domingo y Gregorio, de la Orden de Predicadores.
- 27 Sáb. Santos Anastasio, papa y mr.; Toribio de Mogrovejo, arz. de Lima, y san Pedro Armengol.
- 28 Dom. El Patrocinio de San José: san Prudencio, ob.; san Vidal, mr., y san Pablo de la Cruz, fund.
- 29 Lun. San Pedro de Verona, mr., y san Roberto, primer abad del Cister.
- 30 Mart. Santa Catalina de Sena, y los santos mrs. de Córdoba Amador, presb., Pedro y Luis.





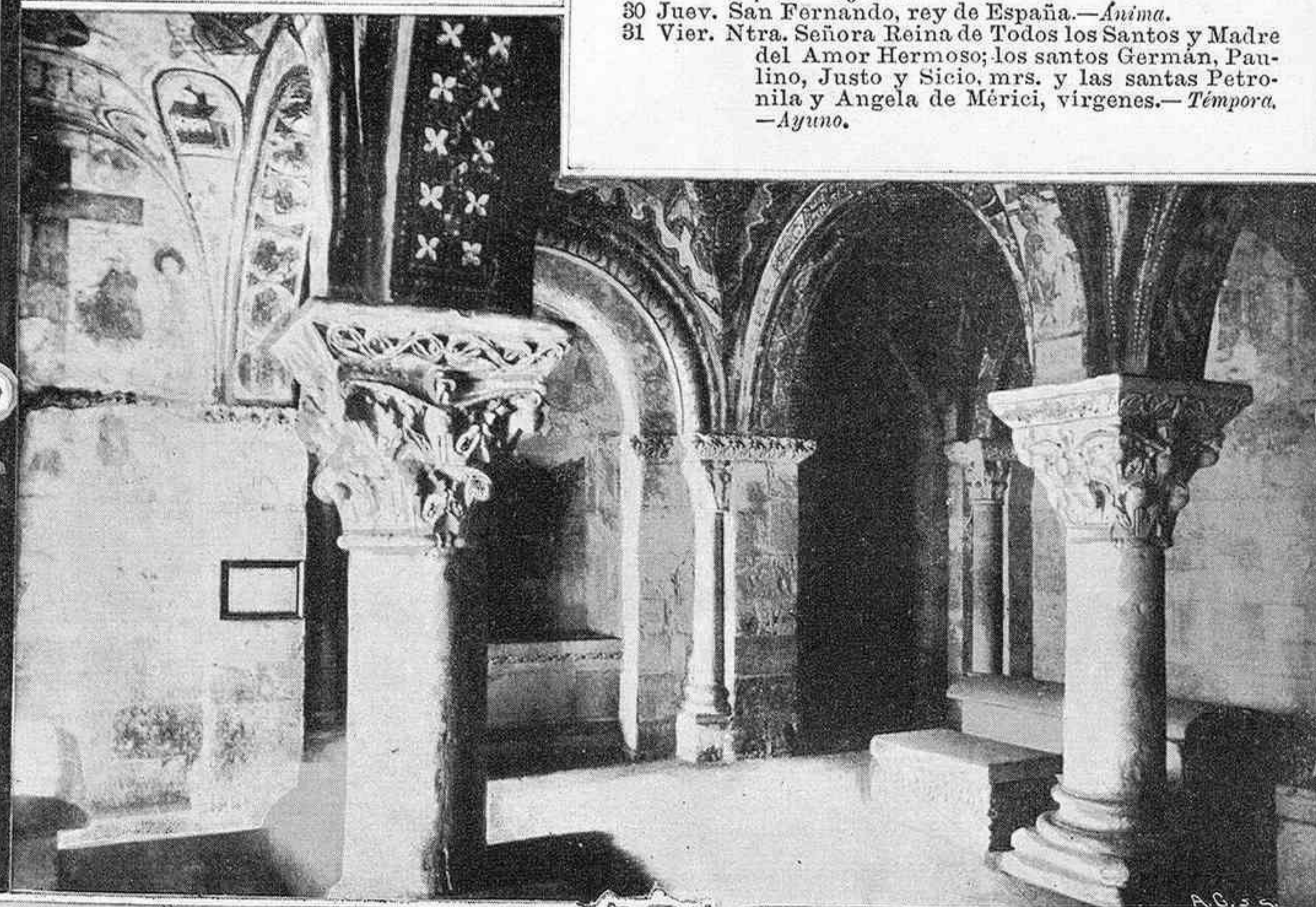
...rplam
...ax, du nobis
...die uocat aduport aruueq, u
...upetruauy un uctu poral.





Mayo.

- 1 Miérc. San Felipe y Santiago el Menor, apóstoles.
 2 Juev. San Atanasio, ob. y doctor, y la beata Mafalda, reina.



- 3 Vier. La Invencción de la Santa Cruz. y los santos Alejandro, papa, Evencio y Teodulo, mrs.
 4 Sáb. Santa Mónica, madre de san Agustín.
 5 Dom. San Pío V, papa, san Sacerdote, ob., y la Conversión de san Agustín.
 6 Lun. San Juan Ante-Portam-Latinam, apóstol y evangelista, y san Juan Damasceno, conf.
 7 Mart. San Estanislao, ob. y mr.
 8 Miérc. La Aparición del arcángel san Miguel.
 9 Juev. San Gregorio Nacianceno, obispo y doctor.
 10 Vier. San Antonino, arzobispo de Florencia, y los santos Gordiano y Epimaco, mrs.
 11 Sáb. San Mamerto, ob., y san Anastasio, mr.
 12 Dom. Nuestra Señora de los Desamparados, y santo Domingo de la Calzada.
 13 Lun. San Pedro Regalado, conf.—*Letanias*.
 14 Mart. San Bonifacio, mr.—*Letanias*.
 15 Miérc. *Fiesta*. SAN ISIDRO LABRADOR, patrón de Madrid, y san Torcuato.—*Letanias*.
 16 Juev. *Fiesta*. LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR; San Juan Nepomuceno, protomártir del sigilo sacramental; san Ubaldo, ob., y el beato Simón Stock, conf.
 17 Vier. San Pascual Bailón, conf.
 18 Sáb. San Venancio, mr., y san Félix de Cantalicio.
 19 Dom. San Pedro Celestino, papa; san Juan de Cetina y san Pedro de Dueñas, mrs.
 20 Lun. San Bernardino de Sena, conf.
 21 Mart. Santa María de Cervellón ó de Socors, virgen.
 22 Miérc. Santa Rita de Casia, vinda, santas Quiteria y Julia, vírgenes y mrs., y san Atón, ob.
 23 Juev. La Aparición de Santiago, apóstol; san Basileo y san Epitacio, obs. y mrs.
 24 Vier. San Robustiano y el beato Juan de Prado, mrs.
 25 Sáb. San Gregorio VII, papa; san Urbano, papa y mr., y santa María Magdalena de Pazzis, virgen.—*Ayuno con abstinencia de carne*.
 26 Dom. *de Pentecostés*.—San Felipe Neri, confesor, y san Eleuterio, papa y mr.
 27 Lun. San Juan, papa y mr.
 28 Mart. San Justo, ob. de Urgel, y san Justo, conf.
 29 Miérc. San Maximino, ob., y san Restituto, mr.—*Témpora*.—*Ayuno*.
 30 Juev. San Fernando, rey de España.—*Anima*.
 31 Vier. Ntra. Señora Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso; los santos Germán, Paulino, Justo y Sicio, mrs. y las santas Petronila y Angela de Mérici, vírgenes.—*Témpora*.—*Ayuno*.



AW
 In me dñi am. Decet reges pdecessoz
 suos dca r dona. libata gleruare. La pp
 ego ille fous di g' ypanoz rex. una
 cu' uxore mea alienoz regina. g'firmo r



Junio.

- 1 Sáb. San Segundo, ob. y mr., san Iñigo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala, mártires.—Tempora.—Ayuno.—Antima.
- 2 Dom. La Sma. Trinidad, santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mrs., y san Juan de Ortega, presb.
- 3 Lun. San Isaac, mr., y el beato Juan Grande, conf.
- 4 Mart. San Francisco Caracciolo, fundador.
- 5 Miérc. San Bonifacio, ob. y mr.
- 6 Juev. Fiesta. SACRÍSSIMUM CORPUS CHRISTI; san Norberto, arz. y fund. de la O. premonstratense.
- 7 Vier. San Pedro y comps. mrs., monjes de Córdoba.
- 8 Sáb. San Salustiano, conf. y san Eutropio, ob.
- 9 Dom. San Primo y san Feliciano, hermanos, mrs.
- 10 Lun. Santa Margarita, reina de Escocia; san Crispulo y san Restituto, mrs.
- 11 Mart. San Bernabé, apóstol.
- 12 Miérc. Santos Juan de Sahagún; Onofre, anacoreta, y Basilides, Cirino, Nabor y Nazario mrs.
- 13 Juev. San Antonio de Padua.
- 14 Vier. El Sacratísimo Corazón de Jesús; Nuestra Señora de la Gloria; san Basilio, ob. y doctor, y san Eliseo, profeta.
- 15 Sáb. San Vito, san Modesto, santa Crescencia y santa Bonilde, mrs.
- 16 Dom. El Purísimo Corazón de María; san Juan Francisco Regis; san Quirico y santa Julita, mártires; y santa Lutgarda, virgen.
- 17 Lun. San Manuel y compañeros, mrs.; santa Teresá, reina de León, y los santos Anastasio, Félix y Digna, mártires de Córdoba.
- 18 Mart. Santos Marco y Marcelliano, y san Ciriaco y santa Paula, mrs.
- 19 Miérc. Santa Juliana de Falconeri, virgen; san Gervasio, san Protasio y san Lamberto, mrs.
- 20 Juev. San Silverio, papa y mr.; Sta. Florentina, virg., y el beato Baltasar de Torres, mr. del Japon.
- 21 Vier. San Luis Gonzaga, conf. y san Raimundo, ob.
- 22 Sáb. San Paulino, ob., y san Acecio y comps., mrs.
- 23 Dom. San Juan, presbítero y mr.
- 24 Lun. La Natividad de san Juan Bautista
- 25 Mart. San Guillermo, abad; san Eloy, ob., y santa Orosia, virgen y mr., patrona de Jaca
- 26 Miérc. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mrs.
- 27 Juev. San Zoto, mr., y san Ladislao, rey de Hungría.
- 28 Vier. San León II, papa, y san Argimiro, mr.—Ayuno con abstincencia de carne.
- 29 Sáb. Fiesta. SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles.
- 30 Dom. La Conn. del apóstol san Pablo, y san Marcial.

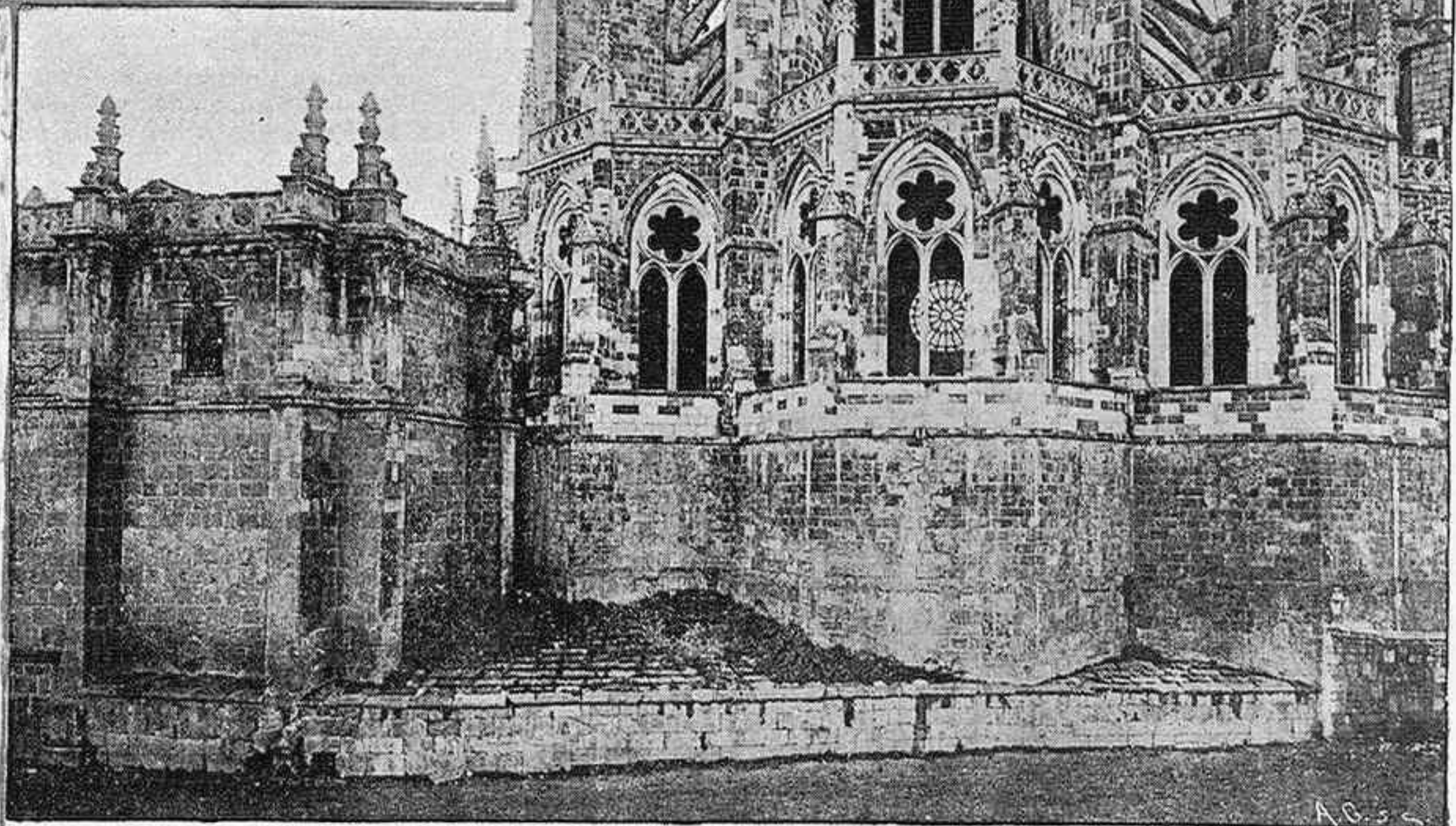
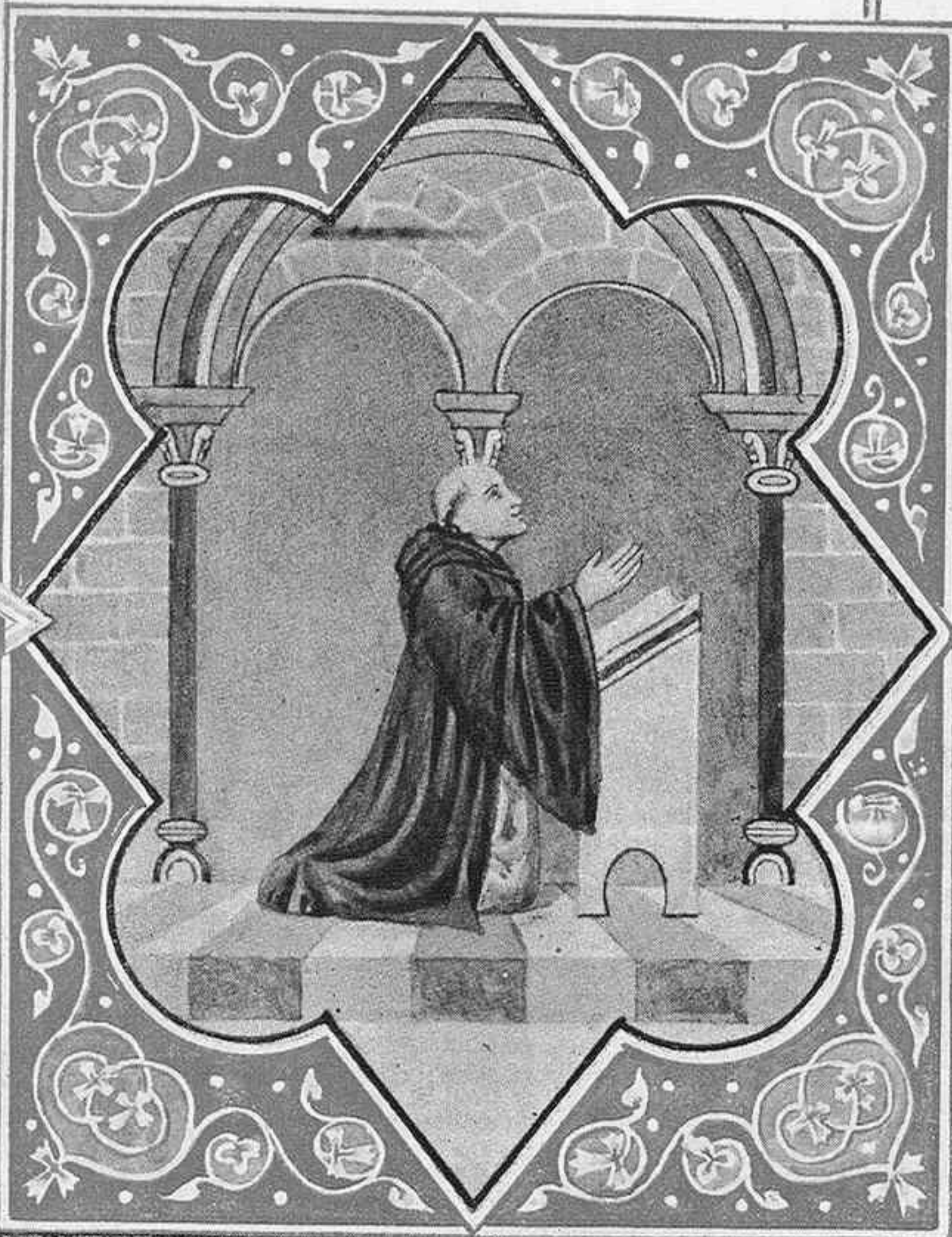
Ante mi don Ferrando por la grade D
de Cathella 7 de Toledo de Leon. 7 de Gallizia
q esta mi Carta qbrantalle. oen alguna cola palla
xxij die Aprilis. R Ferrando R



Julio.

- 1 Lun. San Casto y san Secundino, mrs.
- 2 Mart. La Visitación de Nuestra Señora, y los santos Proceso y Martiniano, mrs.
- 3 Miérc. San Trifón y compañeros, mrs., y el beato Raimundo Lulio, mr.
- 4 Juev. San Laureano, ob. y mr., y el bto. Gaspar Bono.
- 5 Vier. Santos Cirilo y Metodio, obs.; san Miguel de los Santos, y santa Zoa, mr.
- 6 Sáb. Santa Lucía, mr.

- 7 Dom. La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo; san Fermín, ob. y mr., san Odón, ob., san Lorenzo de Brindis, y santa Pulqueria, emperatriz.
- 8 Lun. Santa Isabel, reina de Portugal.
- 9 Mart. San Cirilo, ob. y mr.
- 10 Miérc. Los santos doce hermanos, mártires; santa Amalia ó Amelia, virgen, y las santas Rufina y Segunda, vírgenes y mrs.
- 11 Juev. San Pío I, papa y mr.; san Abundio, mr., y santa Verónica de Julianis, virgen.
- 12 Vier. San Juan Gualberto, abad; santos Nabor y Félix, mártires, y santa Marciana, virgen y mr.
- 13 Sáb. San Anacleto, papa y mr.
- 14 Dom. San Buenaventura, ob. y doctor.
- 15 Lun. San Camilo de Lelis, fundador de los Agonizantes, san Enrique, emperador, y los beatos 40 mártires del Brasil.
- 16 Mart. Ntra. Sra. del Carmen; el Triunfo de la Santa Cruz, y san Sisenando, diác., mr. de Córdoba.
- 17 Miérc. San Alejo, confesor.
- 18 Juev. Santa Sinforsosa y sus siete hijos; san Federico, obispo, y santa Marina, virgen, todos mrs.
- 19 Vier. San Vicente de Paul, fund. de las Hijas de la Caridad.
- 20 Sáb. San Elias, prof.; san Jerónimo Emiliano, fund., y santas Librada y Margarita, vírgenes y mrs.
- 21 Dom. Santa Práxedes, virgen.
- 22 Lun. Santa María Magdalena, penitente.
- 23 Mart. San Apolinar, ob. y mr.; san Liborio, ob., y los santos herm. Bernardo, María y Gracia, mrs.
- 24 Miérc. Santa Cristina, virgen y mr., y san Francisco Solano, conf.— *Ayuno.*
- 25 Juev. *Fiesta.* SANTIAGO, APÓSTOL, patrón de España.
- 26 Vier. Santa Ana, madre de la Sma. Virgen María.
- 27 Sáb. Stos. Pantaleón y Cucufate; Stas. Juliana y Sempromiana, vírgs. y mrs., patronas de Mataró.
- 28 Dom. Santos Nazario, Celso y Victor, papa, mrs.; san Inocencio, papa, y la beata Catalina Tomás.
- 29 Lun. Santa Marta, virgen, y los santos Félix II, papa, Simplicio, Faustino y Beatriz, mrs.
- 30 Mart. San Abdón, san Senén y san Teodomiro, mrs.
- 31 Miérc. San Ignacio de Loyola, conf., fund. de la Compañía de Jesús.





Agosto.

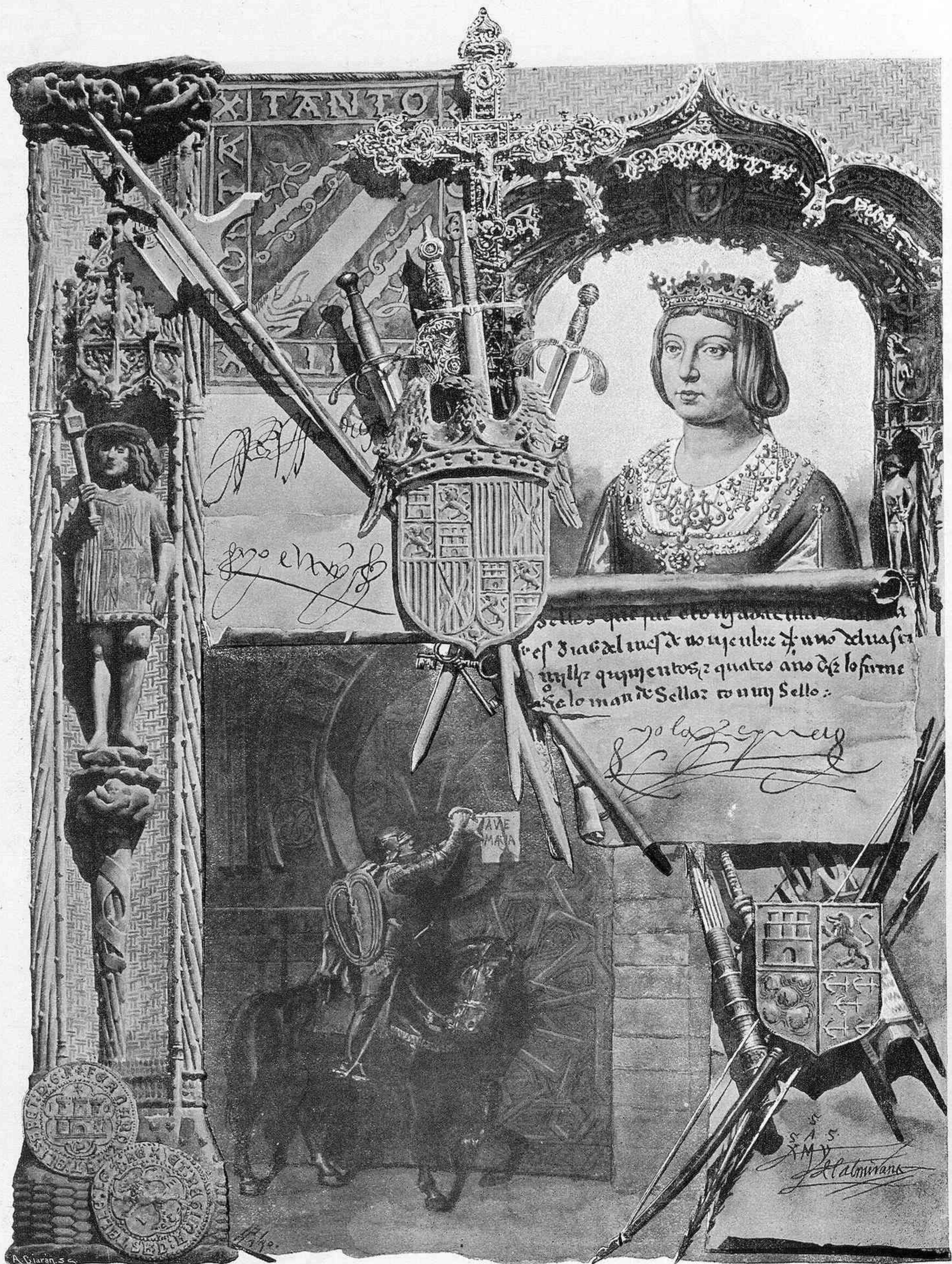
- 1 Juev. San Pedro Advíncula; los santos hermanos anacabes, mrs., y san Félix, mr. de África.
- 2 Vier. Ntra. Sra. de los Angeles; san Alfonso M.^a de Ligorio, ob. y doc.; san Pedro, ob. de Osma, y la beata Juana de Aza.—*Jubileo de la Porciuncula.*
- 3 Sáb. La Inv. del cuerpo de san Esteban, protomártir.
- 4 Dom. Santo Domingo de Guzmán, fund. del Orden de Predicadores, confesor.
- 5 Lun. Ntra. Sra. de las Nieves, y san Abel ó Abelardo.
- 6 Mart. La Transfiguración del Señor; los santos niños Justo y Pastor, mrs., patronos de Alcalá de Henares, y san Sixto II, papa y mr.
- 7 Miérc. San Cayetano, fund. de los Tentinis; san Alberto de Sicilia, y san Donato, ob. y mr.
- 8 Juev. Santos Ciriaco, Largo y Esmaragdo, mrs.
- 9 Vier. San Román, mr.
- 10 Sáb. San Lorenzo, diác., mr., y Sta. Filomena.
- 11 Dom. San Tiburecio y santa Susana, virgen, mrs.
- 12 Lun. Sta. Clara de Asis, virgen, fund.^a de las Clarisas.
- 13 Mart. Stos. Hipólito, Casiano; Centola y Elena, mrs.
- 14 Miérc. San Eusebio, presbítero, y san Pablo, diácono y mártir.—*Ayuno con abstinencia de carne.*
- 15 Juev. Fiesta. LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA.
- 16 Vier. Santos Roque y Jacinto, confesores, y el beato Juan de Santa Marta, mártir.
- 17 Sáb. San Pablo y santa Juliana, hermanos, y el beato Francisco de Santa María, mrs.
- 18 Dom. San Joaquín, padre de N.^a Sra.; san Agapito, mr.; Stas. Elena, empz., y Clara de Montefalco, v.
- 19 Lun. San Luis, ob., y el beato Pedro de Zúñiga, mr.
- 20 Mart. San Bernardo, abad y doctor
- 21 Miérc. Santa Juana Francisca Fremiot, fundadora; san Fabriciano y san Filiberto, mártires.
- 22 Juev. Stos. Timoteo, Hipólito, ob., y Sinforiano, mrs.
- 23 Vier. San Felipe Benicio, conf.; san Cristóbal y san Leovigildo, mrs. de Córdoba.
- 24 Sáb. San Bartolomé, apóstol.
- 25 Dom. San Luis, rey de Francia; san Gines de Arlés, y los beatos Pedro Vázquez y Luis Sotelo, mrs.
- 26 Lun. Santos Cefirino, papa, y Victor, presb. mrs.
- 27 Mart. San José de Calasanz, fund. de las Escuelas Pías; san Rufo, ob., y la Transverberación del corazón de santa Teresa de Jesús.
- 28 Miérc. San Agustín, ob. y doctor, y san Hermes, mr.
- 29 Juev. Deg. de san Juan Baut.^a; Sta. Sabina, y santos Juan de Perusa y Pedro de Saxoferrato, mrs.
- 30 Vier. Sta. Rosa de Lima, v., y Stos. Félix y Adaucto.
- 31 Sáb. Stos. Ramón Nonnato, card., y Domingo de Val.



Et Od tunc lo por bien Et uando dnos el dich jhm q' un
 despen... todos los ois despen... q' sea de aq adelate q' ninguno no seades opado de los yr
 los p... ya hudo r la costate q' onero fasta q' Et no pagades ende al por ninguna rana
 da' q' q' dias de nonenhe era de null q' rana r q' rano q' q' años q' jhm ungt r

"Oyo Ch. Bey." q

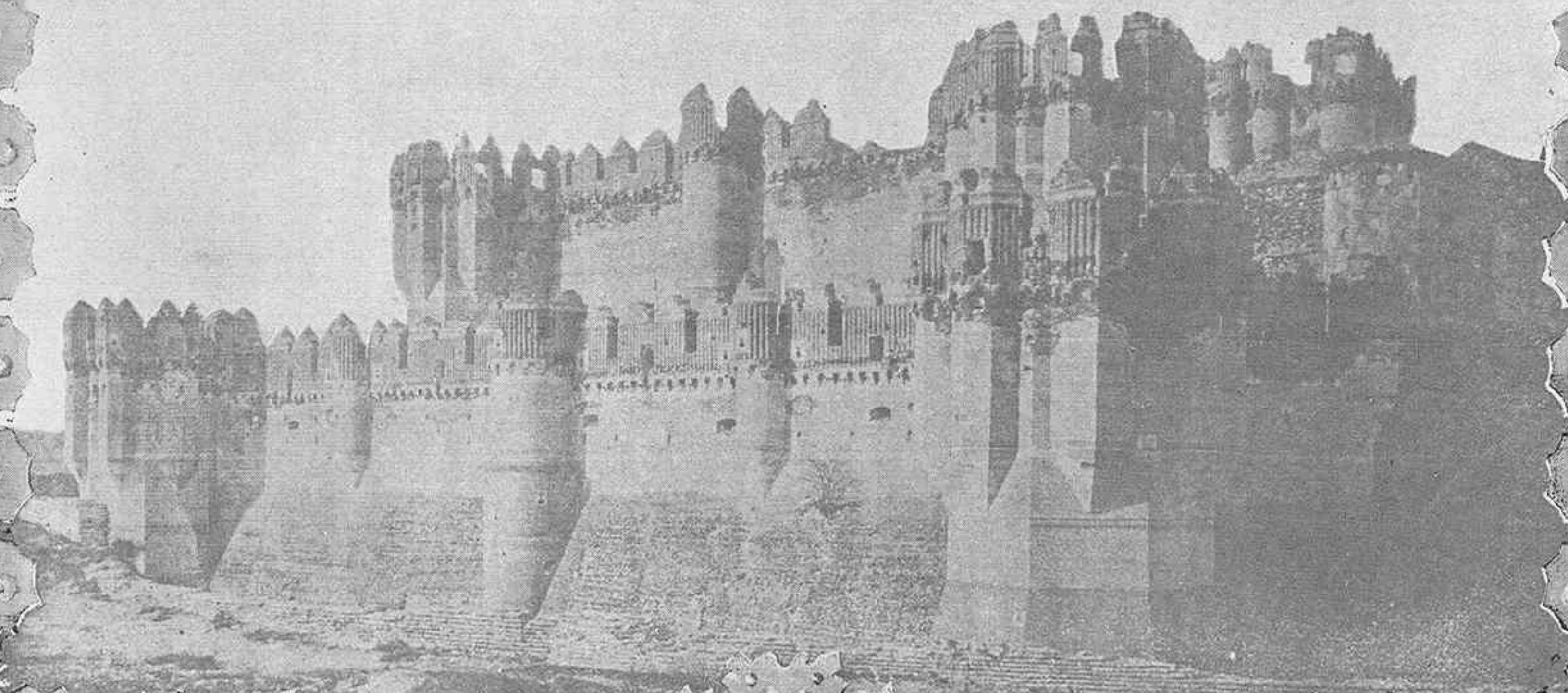


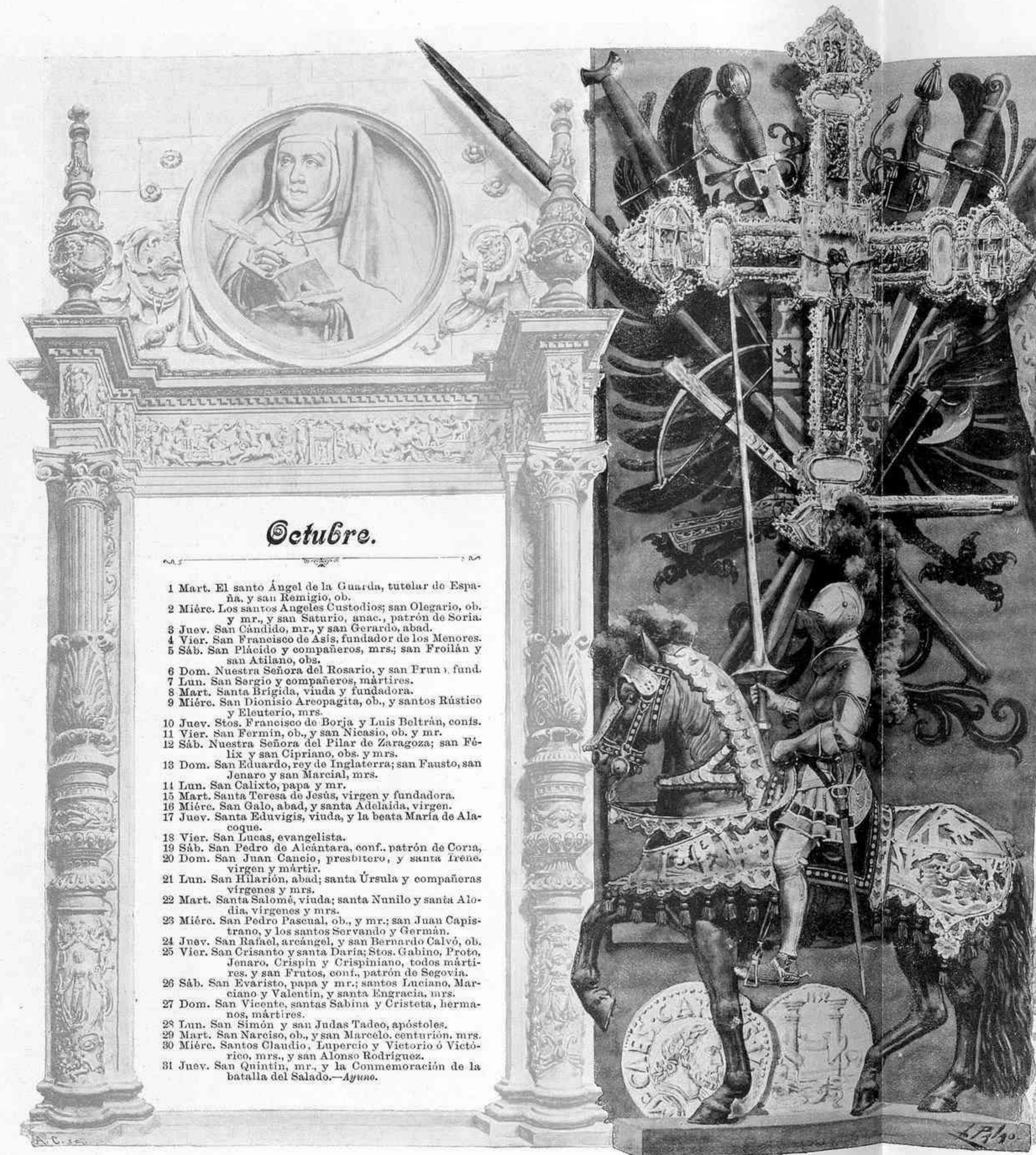




Septiembre.

- 1 Dom. Nuestra Señora de la Consolación y Correa; san Vicente y san Leto, mrs. de Toledo; san Gil, abad, y santa Ana, profetisa.
- 2 Lun. San Esteban, rey de Hungría, y san Antolín, mártir, patrón de Palencia.
- 3 Mart. San Sandalio, mr., y san Ladislao, rey.
- 4 Miérc. Santas Cándida, Rosa de Viterbo y Rosalía de Palermo, vírgenes.
- 5 Juev. San Lorenzo Justiniano, ob., y santa Obdulia, virgen y mr.
- 6 Vier. San Eugenio y compañeros, mrs.
- 7 Sáb. Santa Regina, virgen y mr.
- 8 Dom. LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA, y san Adrián, mártir.
- 9 Lun. San Gorgonio, mr., y santa María de la Cabeza.
- 10 Mart. San Nicolás de Tolentino, y san Pedro, obispo de Compostela.
- 11 Miérc. San Proto y san Jacinto, mrs.
- 12 Juev. San Leoncio y compañeros, y san Vicente, abad.
- 13 Vier. San Felipe, mr.
- 14 Sáb. La Exaltación de la Santa Cruz.
- 15 Dom. El Dulce Nombre de María; san Nicomedes, presbítero y mr., y san Jeremías, mr. de Córdoba.
- 16 Lun. San Cornelio, papa; san Cipriano, obispo; santas Eufemia, Lucía y san Geminiano, todos mrs.
- 17 Mart. La Impresión de las llagas de san Francisco de Asís, y san Pedro Arbués, mr.
- 18 Miérc. Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, y san José de Cupertino, conf.—*Témpora.*—*Ayuno.*
- 19 Juev. San Jenaro, ob., y compañeros. mrs.; santa Pomposa, virg. y mr., y el beato Alonso de Orozco.
- 20 Vier. San Eustaquio y compañeros, mrs.; san Rogelio, mártir.—*Témpora.*—*Ayuno.*
- 21 Sáb. San Mateo, apóstol y evangelista.—*Témpora.*—*Ayuno.*—*Ordenes.*
- 22 Dom. Los Dolores gloriosos de Nuestra Señora; san Mauricio y compañeros, mrs.
- 23 Lun. San Lino, papa; santa Tecla, virgen y mr.; santa Jantipa y santa Polixena.
- 24 Mart. Nuestra Señora de las Mercedes.
- 25 Miérc. San Lope, ob., y san Formerio, mr.
- 26 Juev. San Cipriano y santa Justina, virgen, mrs.
- 27 Vier. San Cosme y san Damián, hermanos, mrs.
- 28 Sáb. San Wenceslao, duque de Bohemia; san Adolfo y san Juan, mrs., y santa Eustoquia, virgen.
- 29 Dom. La Dedicación del arcángel san Miguel.
- 30 Lun. San Jerónimo, doctor, y santa Sofía, viuda.

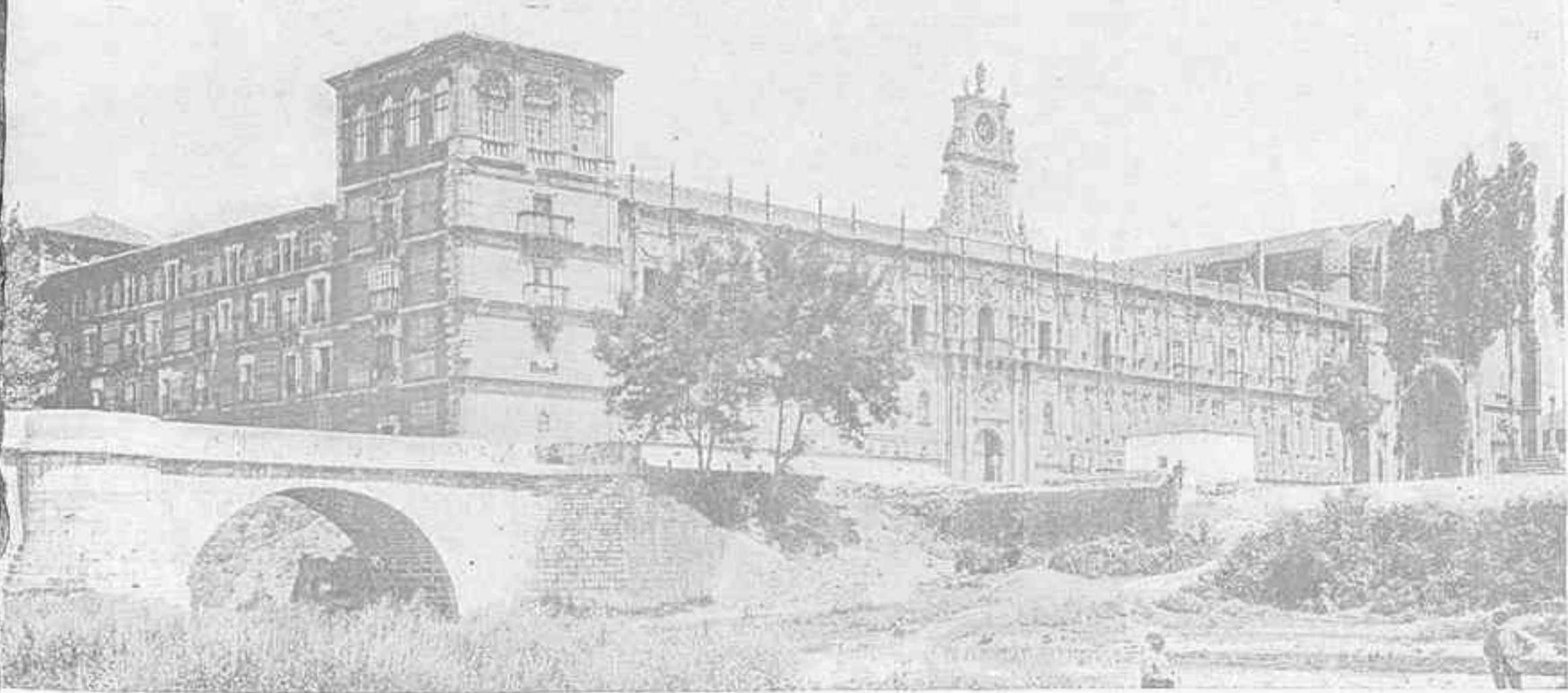




Octubre.

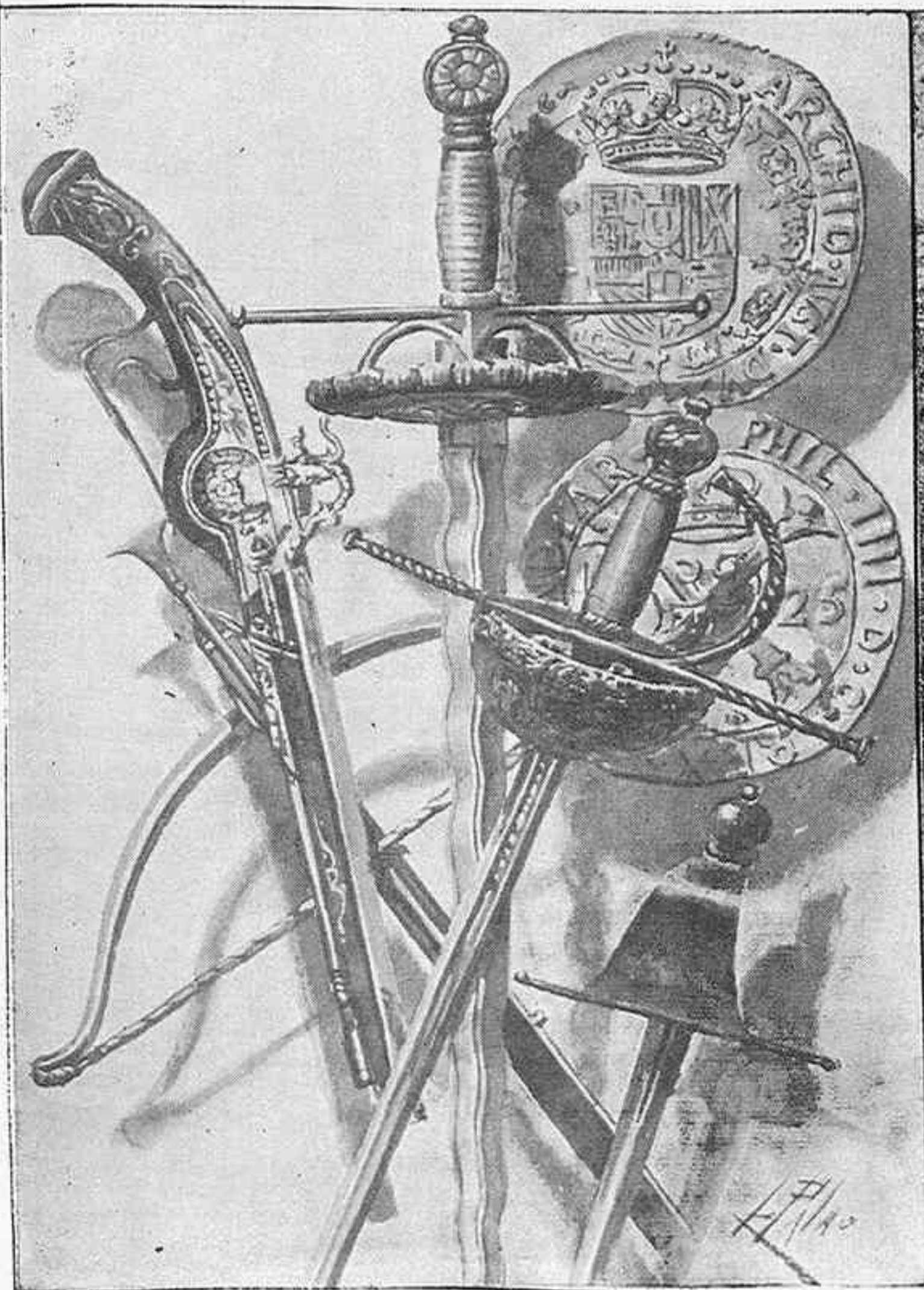
- 1 Mart. El santo Ángel de la Guarda, tutelar de España, y san Remigio, ob.
- 2 Miérc. Los santos Angeles Custodios; san Olegario, ob. y mr., y san Saturio, unac., patrón de Soria.
- 3 Juev. San Cándido, mr., y san Gerardo, abad.
- 4 Vier. San Francisco de Asís, fundador de los Menores.
- 5 Sáb. San Plácido y compañeros, mrs.; san Froilán y san Atilano, obs.
- 6 Dom. Nuestra Señora del Rosario, y san Frun., fund.
- 7 Lun. San Sergio y compañeros, mártires.
- 8 Mart. Santa Brígida, viuda y fundadora.
- 9 Miérc. San Dionisio Areopagita, ob., y santos Rústico y Eleuterio, mrs.
- 10 Juev. Stos. Francisco de Borja y Luis Beltrán, conis.
- 11 Vier. San Fermín, ob., y san Nicasio, ob. y mr.
- 12 Sáb. Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza; san Félix y san Cipriano, obs. y mrs.
- 13 Dom. San Eduardo, rey de Inglaterra; san Fausto, san Jenaro y san Marcial, mrs.
- 14 Lun. San Calixto, papa y mr.
- 15 Mart. Santa Teresa de Jesús, virgen y fundadora.
- 16 Miérc. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.
- 17 Juev. Santa Eduvigis, viuda, y la beata María de Alacoque.
- 18 Vier. San Lucas, evangelista.
- 19 Sáb. San Pedro de Alcántara, conf., patrón de Corna.
- 20 Dom. San Juan Cancio, presbítero, y santa Irene, virgen y mártir.
- 21 Lun. San Hilarión, abad; santa Úrsula y compañeras vírgenes y mrs.
- 22 Mart. Santa Salomé, viuda; santa Nunilo y santa Aloidia, vírgenes y mrs.
- 23 Miérc. San Pedro Pascual, ob., y mr.; san Juan Capistrano, y los santos Servando y Germán.
- 24 Juev. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvo, ob.
- 25 Vier. San Crisanto y santa Daría; Stos. Gabino, Proto, Jenaro, Crispín y Crispiniano, todos mártires, y san Frutos, conf., patrón de Segovia.
- 26 Sáb. San Evaristo, papa y mr.; santos Luciano, Marciano y Valentín, y santa Engracia, mrs.
- 27 Dom. San Vicente, santas Sabina y Cristeta, hermanos, mártires.
- 28 Lun. San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles.
- 29 Mart. San Narciso, ob., y san Marcelo, centurión, mrs.
- 30 Miérc. Santos Claudio, Lupercio y Victorio ó Victorico, mrs., y san Alonso Rodríguez.
- 31 Juev. San Quintín, mr., y la Commemoración de la batalla del Salado.—Ayuno.

*Don Juan de los Rios de las Comas Comas de Borja
 y otros sus señores Comas Comas de la gran
 queen de Borja de las Comas de Borja
 Con los señores
 de Borja
 de Borja
 de Borja
 de Borja
 de Borja
 de Borja
 de Borja
 de Borja
 de Borja*



Noviembre.

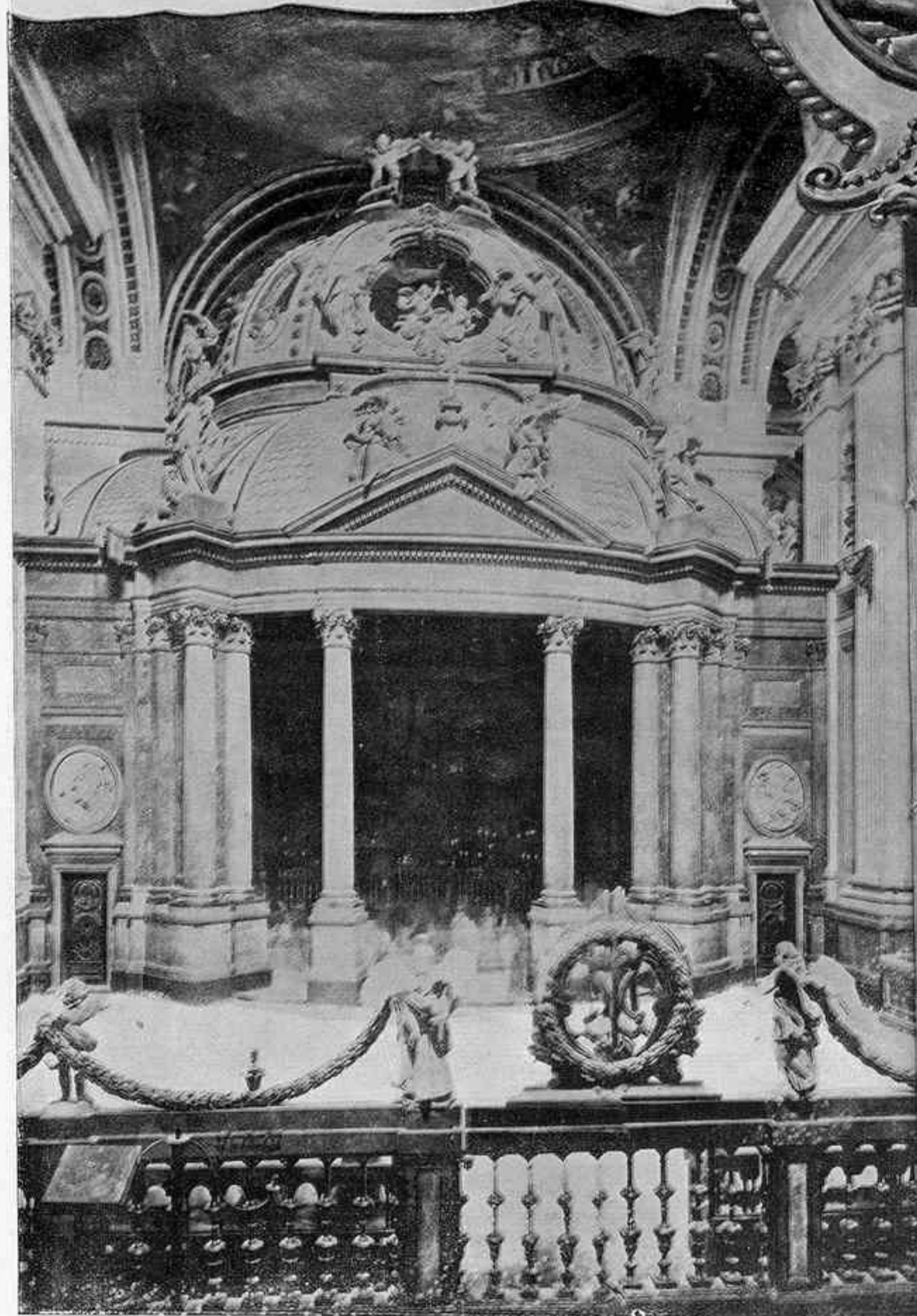
- 1 Vier. *Fiesta.* LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.
- 2 Sáb. La Conmemoración de los Fieles Difuntos; y santa Eustoquia, virgen y mr.
- 3 Dom. Los Innumerables mártires de Zaragoza, y san Ermengol, ob.
- 4 Lun. San Carlos Borromeo, arzobispo, y san Vidal, mr.
- 5 Mart. San Zacarías, prof., y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.
- 6 Miérc. San Severo, ob. y mr., y san Leonardo, conf.
- 7 Juev. San Florencio, ob., y san Ernesto, abad.
- 8 Vier. Los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mrs.
- 9 Sáb. La Dedicación de la Basilica del Salvador (San Juan de Letrán), en Roma, y san Teodoro, mr.
- 10 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, San Andrés Avelino, y los santos mártires Trifón, Respicio y Ninfa, virgen.
- 11 Lun. San Martín, ob., y san Mena, mr.
- 12 Mart. San Martín, papa y mr.; san Diego de Alcalá, y san Millán, presbítero.
- 13 Miérc. San Eugenio III, arzobispo de Toledo; san Estanislao de Kostka, y san Homobono, conf.
- 14 Juev. San Serapio, mr., y Stos. Lorenzo y Rufo, obs.
- 15 Vier. San Leopoldo, conl.
- 16 Sáb. San Eugenio I, arz. de Toledo; san Rufino y compañeros, mrs., y santa Inés de Asís, virgen.
- 17 Dom. San Gregorio Taumaturgo, ob.; san Acisclo y santa Victoria, mrs., y santa Gertrudis la Magna, virgen.
- 18 Lun. La Dedicación de las Basílicas de san Pedro y san Pablo, en Roma; Stos. Máximo y Román.
- 19 Mart. Santa Isabel, reina de Hungría, y san Ponciano, papa.
- 20 Miérc. San Félix de Valois, fund. de la Orden de la Santísima Trinidad.
- 21 Juev. La Presentación de Nuestra Señora; san Rufo y san Esteban, mrs.
- 22 Vier. Santa Cecilia, virgen y mr.
- 23 Sáb. San Clemente, papa, y Sta. Felicitas, viuda, mrs.
- 24 Dom. San Juan de la Cruz; san Crisógono, mr.; santas Flora y María, vírgenes y mrs. de Córdoba.
- 25 Lun. Santa Catalina, virgen y mr.
- 26 Mart. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejandrino, ob. y mr.
- 27 Miérc. Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mrs.
- 28 Juev. San Gregorio III, papa.
- 29 Vier. San Saturnino, ob. y mr.
- 30 Sáb. San Andrés, apóstol.— *Ciérranse las velaciones.*





Madre mia pido á V. M. que á Dios se
 disponer de mi Hermano en un meson á la Mag.
 mis cosas que la dejó á V. M. todas las facultades
 necesarias para ello, y quedo siempre á los
 pies de V. M. con la mayor veneración.
 De V. M. su más obediente hijo
 Carlos S.
 Madrid á 15 de Diciembre.

serve de



Diciembre.

- 1 Dom. I de Adviento. Santa Natalia, viuda.
- 2 Lun. Santa Bibiana, virgen y m.; san Pedro Crisólogo, ob. y doctor, y santa Elisa, virgen.
- 3 Mart. San Francisco Javier, conf.; san Claudio y santa Hilaria, mrs.
- 4 Miérc. Santa Bárbara, virgen y mártir, y el beato Francisco Gálvez, mártir del Japón.
- 5 Juev. San Sabas, abad, y san Anastasio, m.
- 6 Vier. San Nicolás de Bari, obispo de Mira.—Ayuno.
- 7 Sáb. San Ambrosio, ob. y doctor.—Ayuno.
- 8 Dom. II de Adviento. LA IMMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, patrona de las Españas.
- 9 Lun. Santa Leocadia, virgen y m., pat. de Toledo.
- 10 Mart. La Traslacion de la santa Casa de Loreto; san Melquiades, papa y m.; santa Eulalia (ú Olalla) de Mérida, y santa Julia, virgs. y mrs.
- 11 Miérc. San Dámaso, papa.
- 12 Juev. Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico; san Hermógenes, y san Donato y comps., mrs.
- 13 Vier. Santa Lucía, virgen y m., y el beato Juan de Marinoni, conf.—Ayuno.
- 14 Sáb. San Nicasio, ob. y m.; san Espiridión y san Pompeyo, obispos.—Ayuno.
- 15 Dom. III de Adviento. San Eusebio de Verceli, ob. y m.
- 16 Lun. San Valentin y compañeros, mrs.
- 17 Mart. San Lázaro, obispo y mártir; san Franco de Sena, confesor, y santa Olimpia ú Olimpiades, viuda constantinopolitana.
- 18 Miérc. La Expectación de Nuestra Señora, vulgo la Virgen de la O.—Tempora.—Ayuno.
- 19 Juev. San Nemesio, m.
- 20 Vier. Santo Domingo de Silos, abad, y san Julio, m.—Tempora.—Ayuno.
- 21 Sáb. Santo Tomás, apóstol.—Tempora.—Ayuno.—Ordenez.
- 22 Dom. IV de Adviento. San Demetrio y compañeros, mrs.
- 23 Lun. Santa Victoria, virgen y m.
- 24 Mart. San Gregorio, presbíto y m.—Ayuno con abstinencia de carne.
- 25 Miérc. Fiesta. LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia y 270 comps., mrs.
- 26 Juev. San Esteban, protomártir.
- 27 Vier. San Juan, apóstol y evangelista.
- 28 Sáb. Los santos Inocentes, mrs.
- 29 Dom. Santo Tomás Cantuarense, ob. y m.
- 30 Lun. La Traslacion del cuerpo de Santiago, apóstol, patrón de España, y san Sabino, ob.
- 31 Mart. San Silvestre, papa, confesor, y santa Melania, viuda.



ATENEU DE
 BIBLIOTECA
 MADRID

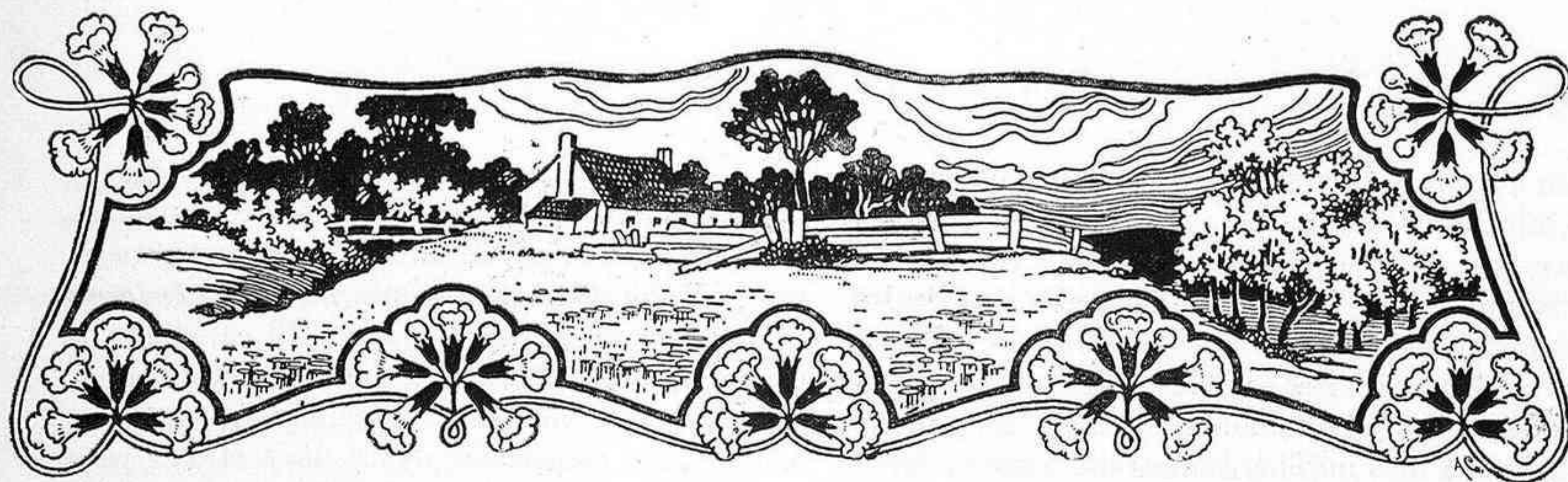


1770

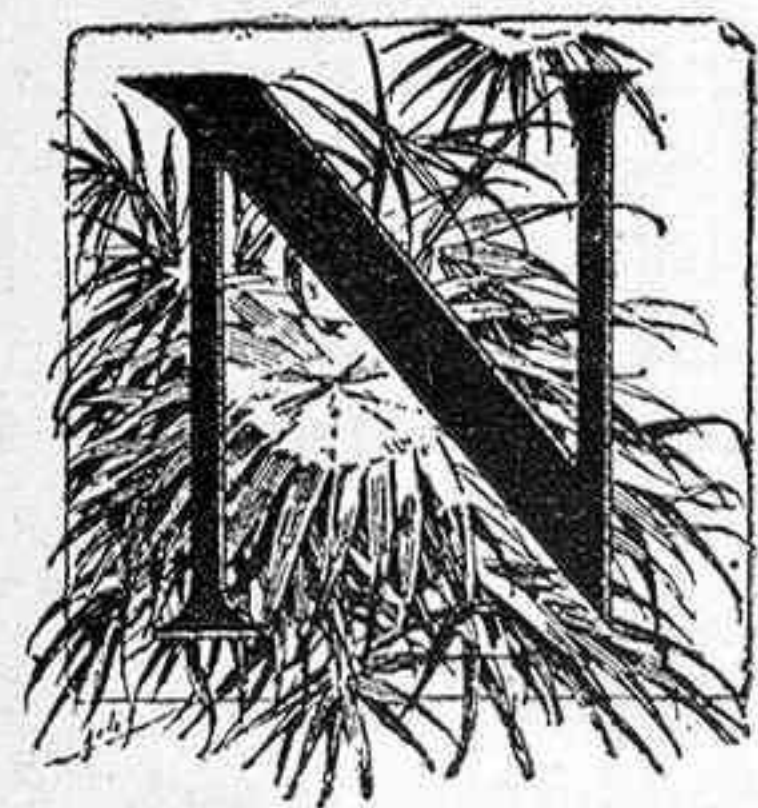


¡BUENAS NOCHES, MANITA!
De fotografía del Sr. D. José Luis Requena.)

N. Ojeda 55



UN CARÁCTER EXTRAVAGANTE.



ADA más común que ver de cuando en cuando en la generalidad de las poblaciones, grandes ó chicas, de todos los países, la aparición de ciertos individuos que, durante mayor ó menor espacio de tiempo, embargan la atención del público sirviéndole de diversión ó hazmerreir, por causa de las circunstancias extraordinarias que revisten. Aquí trátase de un tonto, ó de un tuno aforrado en loco, que con sus pullas y donaires divierte á los circunstantes; allí es un zapatero remendón que, echándola de *leído y escribido*, juzga magistralmente al predicador forastero, siendo inapelable su fallo á los ojos de la localidad; allá un vendedor público, que anuncia su género por medio de pregones exhalados al aire libre en frases retóricas ó expresados con voz sonora y cante seductor, agrupa junto á sí en cada esquina á la muchedumbre extasiada; acullá no falta algún sujeto aristócrata que, en fuerza de ciertos hechos que salen de la esfera de lo común, (llamémoslos *ex-céntricos*, á la inglesa, para que mejor se nos entienda) llega á adquirir cierta popularidad. Personajes todos ellos, cada cual á su modo, representan su papel distintivo y característico en el gran teatro social, siendo efímera y meramente local la vida de unos, y, por el contrario, pasando la de otros á la posteridad, y en ocasiones, trasplantándose á regiones varias.

Esto me ha hecho creer siempre que la casi totalidad de los nombres propios que figuran en las locuciones proverbiales de todos los países entrañan una existencia real y verdadera, si bien haya

llegado la historia de los menos á nuestra noticia, ya por haber borrado el tiempo su memoria, ya, sobre todo, por efecto de la incuria de nuestros antepasados respecto de cuanto concerniera á los estudios demográficos y paremiológicos que con tan buen acuerdo se cultivan hoy en día, y hacia los cuales tengo á gala el no ser el último en haber promovido la afición. Concretando ya nuestro asunto, vengamos á ocuparnos en cierto ente ó *tipo* (como modernamente se ha dado en llamar á los seres excepcionales por lo extravagantes), natural de Normandía, que no dejó de meter ruido en su tiempo, y cuya historia es actualmente poco menos que desconocida.

Vivía en el siglo xvii en Caen (Francia) un tal Miguel de San Martín (Michel de Saint-Martin), hombre de esos de quienes se suele decir que *escupen por el colmillo* en achaque de hidalguía, consejero de Estado, señor de la *Mare du Désert* (la Charca del Desierto), marqués de Miscú, doctor en Teología y protonotario apostólico, médico de cámara del Rey de Siam, y mandarín de primera clase, quien fué el hazmerreir de la ciudad de Caen por espacio de treinta ó cuarenta años, á causa de sus extravagancias y de las infinitas burlas que se atrajo con su ridícula y excesiva vanidad.

Hijo de un mercader que, después de allegar cuantiosas riquezas, merced al buen viento con que le soplaron las operaciones comerciales, compró títulos nobiliarios—había nacido en Saint-Lô el 1.º de Marzo de 1614. No obstante haber sido poco favorecido por la divina Providencia en el terreno intelectual, y absolutamente nada en el físico (dado que la fealdad que ostentaba podía llevarse la palma en cualquier concurso abierto para premiar la antítesis de la hermosura), jactá-

base nuestro prójimo de su figura, tanto como de su talento y de su estirpe: ¡miserias humanas, propias tan sólo de ánimos apocados y enfermizos! Hizo un viaje á Roma, donde recibió los títulos de doctor en Teología y de protonotario apostólico, y á su regreso se estableció en Caen, incorporándose á la Universidad en el año 1650, y mereciendo, sin más méritos que los de Nuestro Señor Jesucristo, que lo eligieran, tres años después, rector de aquel centro docente.

El Abad de San Martín era tan sumamente friolero, que, para hacer frente al frío, vestía siete camisas, otros tantos pares de medias, y ocho gorros de lana; así pertrechado, iba siempre por la calle en un carretón ó carricoche, del que tiraba uno de sus criados. Los colchones en que dormía descansaban sobre una tanda ó capa de ladrillos caldeados por el fuego, que se mantenía constantemente debajo de la cama.

Tan luego como tomó posesión del rectorado, puso pleito á la Universidad para obligarla á que aceptase las reformas caprichosas cuanto inconvenientes que había intentado, como la de que vistieran los estudiantes manto pardo y monterilla, y que el doctor Dauge aprobase, *velis nolis*, una obra suya en que, á vueltas de otras ridiculeces, ensalzaba la conducta del cura que sabe montar diestramente á caballo y andar siempre á galope, cual conviene á un hidalgo, «porque eso, decía, comunica mucho lustre y honor á la Iglesia»; en lo cual dicho se está que no intentaba otra cosa que hacer su propio panegírico.

También elevó un memorial al juez ordinario de Caen en contra de los frailes franciscanos, acusándolos de que poseían rentas y bienes raíces, con infracción manifiesta de lo que preceptúa su regla, etc.

Muchas y muy desagradables fueron las burlas que contra su persona se desataron; pero la más pesada que experimentó, y la última también, la cual hubo de influir no poco en la abreviación de su existencia, fué el nombramiento de mandarín del Rey de Siam. Oigamos la historia de este pretense mandarínato, y oigámosla con atención, porque no tiene igual en su clase.

Hallándose San Martín tomando las aguas de Borbona, consultó con Delorme, médico de Su Majestad, acerca de los medios que debía poner en práctica para conservar su salud y prolongar su vida, y á tal efecto le facilitó aquél por escrito ciertas recetas y prescripciones. Posesionado el

Abad de semejante documento, en el que creía ver un seguro é infalible talismán, no tardó en mandarlo á las prensas, adjudicándole el siguiente título: *Medio fácil y probado por Mr. Delorme para alcanzar un siglo de vida*. El caballero de Chaumont, que acababa de recibir por aquel entonces el nombramiento de embajador en Siam, disponíase á emprender de un día á otro el viaje á dicha corte, con el fin de ir á desempeñar lo antes posible su nuevo cargo, cuando, como el diablo nunca duerme, hé aquí que se les pone entre ceja y ceja á unos cuantos sujetos de buen humor y de índole picaña el aprovechar semejante circunstancia para chasquear al Abad de San Martín; y, diciendo y haciendo, fingen una carta en la cual rogaba con insistencia el caballero de Chaumont al Abad de San Martín que se sirviese aconsejarle acerca de su salud y respecto de la conducta que debería observar en su nuevo destino. Loco de alegría San Martín, toma la pluma y enjareta en un dos por tres una extensa Memoria que manda imprimir con toda urgencia, enviándola en seguida, junta con su recetario, á las señas que indicaba la carta: *Paris, chez Bujot l'Indien, rue de la Vieille-Monnoye, au Tabouret vert*.

Partió Mr. de Chaumont, mas no por eso se suspendió la correspondencia; antes al contrario, escribían de Siam al Abad que el Rey estaba altamente satisfecho de su persona y de su libro, y que deseaba poseer su retrato, con todo lo cual se acabó de fomentar la presunción del infelizote San Martín, viniendo á quedar así insensiblemente preparado su ánimo para recibir mejor la última jugarreta que se le estaba tramando. Es el caso que le hicieron creer, sin gran dificultad, cómo una embajada siamesa estaba á punto de llegar á París, de donde no tardaría en pasar á Caen para realizar el cometido que traía de llevarse á Siam, en concepto de médico de cabecera de S. M., dotado con la asignación anual de 50.000 escudos, y después de habersele conferido la eminente dignidad de mandarín de primera clase.

No tardaron en llegar los supuestos embajadores á Caen, los cuales, como ya habrá columbrado el más discreto lector, no eran más ni menos que unos cuantos estudiantes (que es como si dijéramos la piel del diablo), burlescamente vestidos y chafarrinados los rostros á fin de no ser conocidos. Surtió la traza el efecto deseado, como era de esperar; impúsose con muy solemne cere-

monia al agraciado el birrete piramidal, y pasaron después todos al banquete que, *in honore tanti festi*, había dispuesto la cabeza huera del Abad de San Martín. Éste, sin embargo, consultado que hubo el suceso con la almohada, comprendió que á sus años, y rodeado de achaques, no era lo más prudente eso de ponerse en camino para ir á lejanas tierras, y así lo puso en conocimiento de los emisarios á la mañana siguiente. Mas como quiera que éstos insistieran en que la orden que su amo les había dado era llevárselo á todo trance, se hacía indispensable al menos, para descargo de ellos, el recabar una certificación en que se hiciera constar la ineptitud en Medicina por parte del interesado, juntamente con una orden del Rey de Francia en que se le prohibiera abandonar el suelo de Caen, y para que así lo cumpliera se le pusieron centinelas de vista. Ya se comprenderá que tanto el real despacho como el certificado facultativo, no tardaron en ser hábil y satisfactoriamente extendidos. Para abreviar, despidiéronse los embajadores, y el ventolero é iluso Abate mandarin logró entregarse aquella noche en brazos del sueño con más sosiego que el de que había dispuesto en la noche anterior.

No tardaron los parientes del que acababa de ser víctima de tan diabólica como inaudita travesura, en citarlo ante los tribunales, acusándolo de locura y de prodigalidad; mas perdieron el pleito, que terminó por una soberana rechifla, pues cuando el abogado del Abad anunció con toda solemnidad que, ansioso su cliente de devolver bien por mal, hacía en vida generosa cesión á sus deudos de su rico marquesado de Miscú, en el Canadá, por más que el defensor de la parte contraria se desgañitaba para probar que no existía semejante

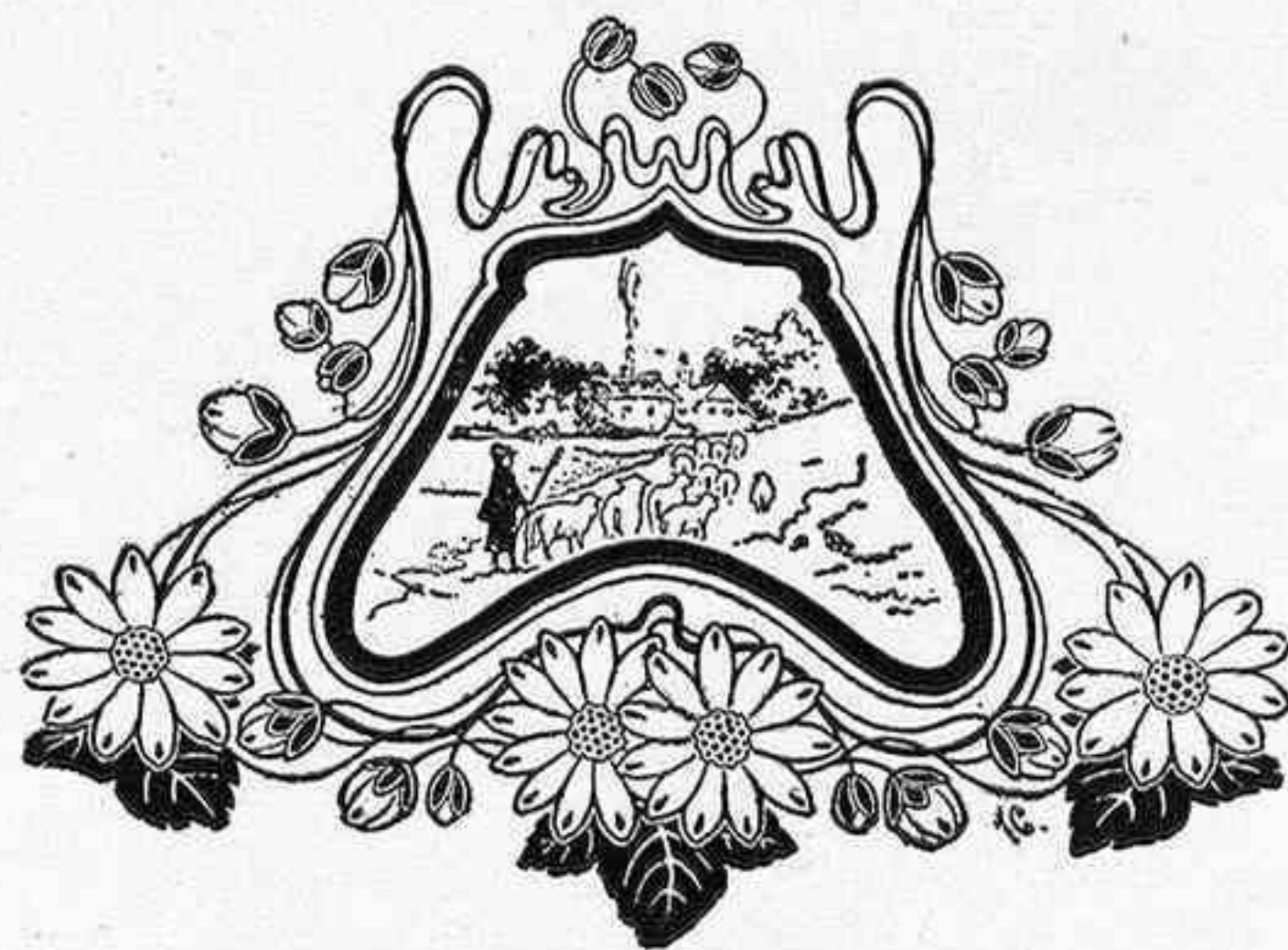
marquesado, las risotadas ahogaron su voz, acabando el magistrado por absolver al Abad de San Martín, y extenderle, á petición suya, un atestado de la cesión espontánea que de su marquesado de Miscú acababa de hacer á favor de su parentela.

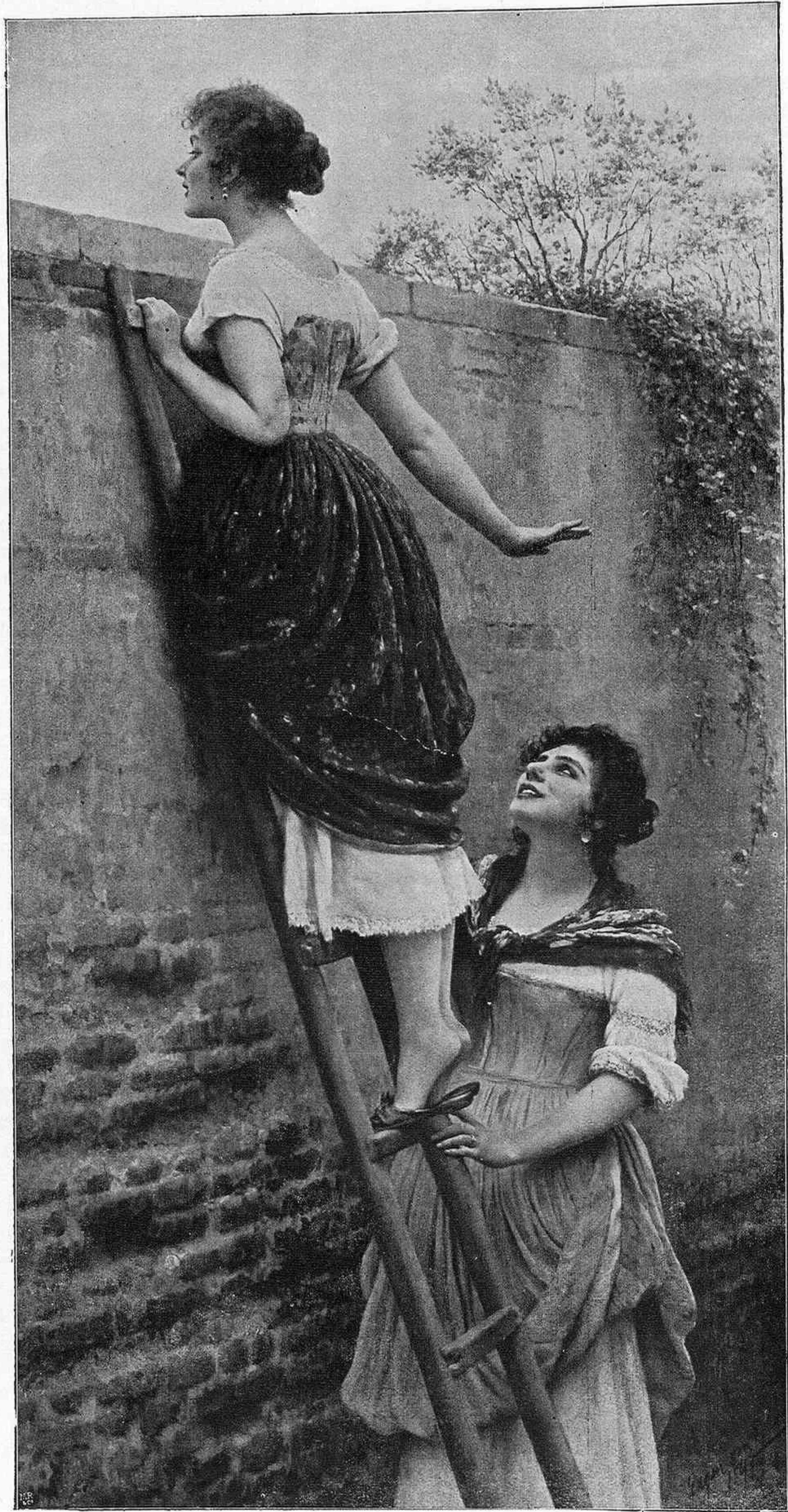
La ceremonia del mandarinato se verificó en el carnaval de 1687, y Miguel de San Martín falleció el 14 de Noviembre del mismo año, contribuyendo no poco á acelerar su acabamiento los sinsabores que le irrogaron estos últimos desengaños, castigo por él buscado á sus ridículas impertinencias, y, más que nada, á su loca y desmedida vanidad.

Un tal Mr. Nicolás José Foucault, intendente de Caen, y que antes lo había sido de Montauban y de Pau, recogió cuantas anécdotas pudo haber á la mano referentes al sujeto en quien acabamos de ocuparnos, y compuso con ellas un libro á que puso por nombre *Sanmartiniana*; libro que, hasta la fecha, no sabemos que haya sido dado á la estampa, ignorando nosotros, además, cuál pueda ser el paradero de dicho manuscrito. De lo que sí tenemos noticia es de la obra que á igual propósito escribió Carlos Gabriel Porée (hermano del célebre jesuíta Carlos Porée), intitulada *La Mandarinade, ou Histoire du Mandarinat de l'Abbé de Saint-Martin*, etc., é impresa, sin nombre de autor, el año de 1738, no en *La Haya* (como aparece fraudulentamente en la portada), sino en *Caen*, 3 tomos en 12.º, con un retrato en caricatura.

Ultimamente, no falta quien crea que Molière se inspiró en este modelo para componer su preciosa y divertida comedia *Le Bourgeois gentilhomme*, ó *El Villano gran señor*, que hubieran dicho nuestros antepasados.

JOSÉ MARÍA SBARBI.





¡CURIOSAS!
(Cuadro de Blas.)



ACE algunos años que era yo dueño de un excelente *Losada*. Por un azar de la suerte, después de cinco años de residir en mi bolsillo, pasó á poder de un prestamista, y desde entonces no he vuelto á ver ni al uno ni al otro.

No pueden mis lectores tener una idea de lo que sufrí cuando me separé de aquel querido compañero que me marcaba las horas de mi existencia; porque uno de los tormentos mayores es hacerse uno esta pregunta y no poder contestar á ella:

—¿Qué hora será?

Cuando no se puede medir la duración del tiempo la dicha parece más corta, la pena más larga, la fatiga más penosa y el fastidio interminable. Para un prisionero que no oye dar las horas, los días son meses y los meses años.

En la casa que habitaba no había quien tuviese reloj, y para colmo de desdichas, ninguno público se oía en los alrededores. Estaba, pues, obligado á no saber la hora en que vivía; por lo tan-

to, no es de extrañar que un día me levantase á las seis de la mañana y que otro me despertase á las doce. Almorzaba á veces á la hora de la comida, y en más de una ocasión me presenté á la hora del almuerzo en la casa donde me habían invitado á comer.

Cada día buscaba con el pensamiento y con los ojos un medio de remediar el mal, tanto, que á fuerza de mirar por todos lados, noté que una de las ventanas de la casa que daba frente á la mía, abríase casi siempre á la misma hora. Orgulloso con mi descubrimiento, continué observando, y algunos días después ya había construido un reloj completo.

Hé aquí cómo. Á las siete en punto abría mi vecina su ventana; almorzaba al sonar las diez; á las doce se ocupaba en su tocado; á las dos de la tarde volvía de casa de la florista, donde le daban trabajo; á las cinco recibía la visita de una muchacha á quien enseñaba el oficio; á las ocho comía; á las diez de la noche cerraba la ventana, apagaba la luz y se iba á descansar.

Una vez construido el reloj, entré en ganas de estudiar su mecanismo. Mi

reloj, ó lo que es igual, mi vecina, representaba tener unos veinte años; era morena y con unos ojos como no había visto otros; un reloj montado en brillantes. De la mañana á la noche no se ocu-



paba en otra cosa que en hacer flores, delante de aquella ventana que se abría frente á mi observatorio. Nadie, excepto la aprendiz, traspasaba los umbrales de su puerta. Era laboriosa y honrada como pocas.

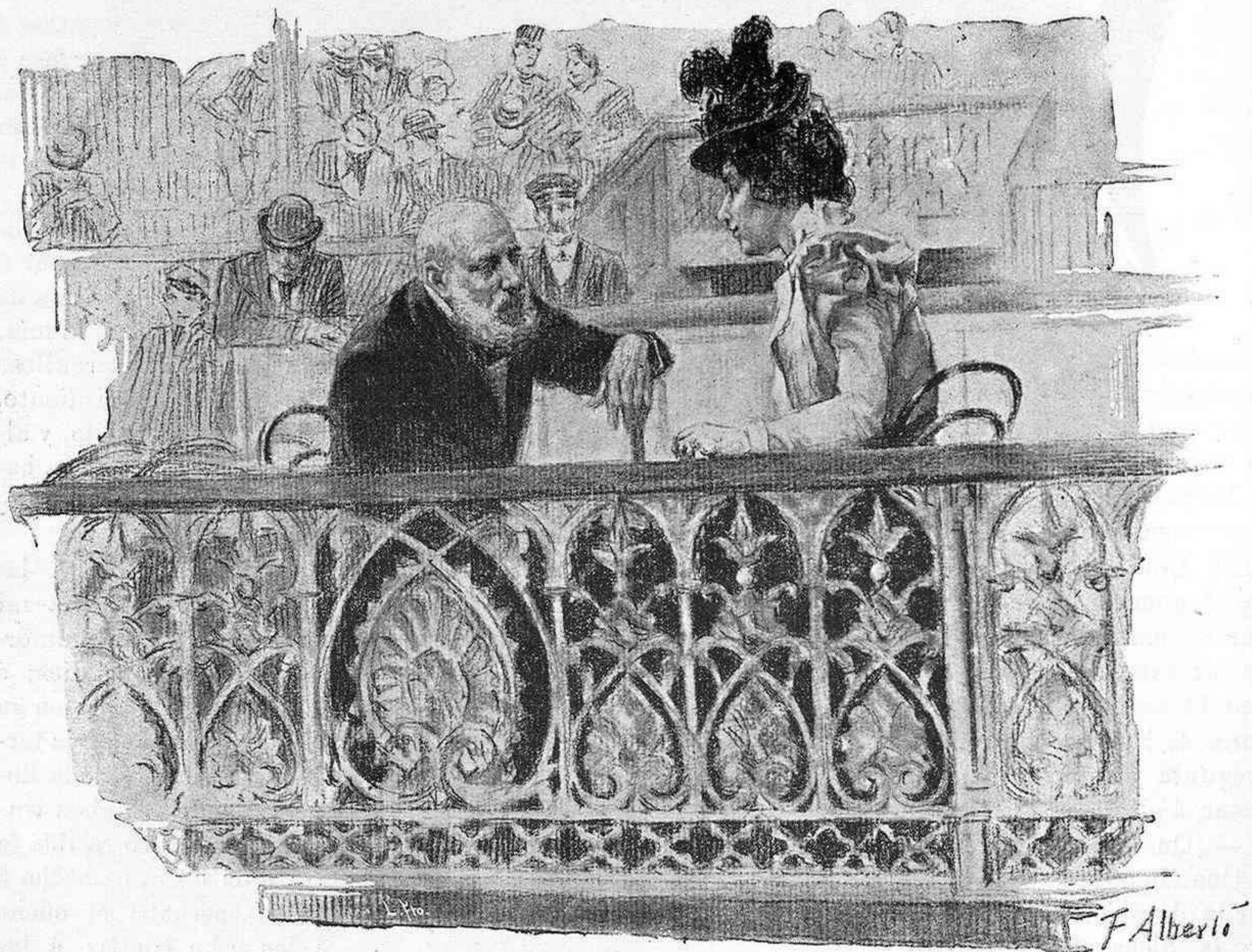
Yo, sin darme cuenta de ello, me puse á admirar su rostro agraciado, su cabellera negra y abundosa y aquellos ojos tan expresivos; de tal modo que al cabo de una semana me pasaba los días enteros sin salir de casa, asomándome á la ventana cada cinco minutos para *mirar la hora*.

Repetidas veces nuestras miradas se habían en-

costumbre de salir, la aceché en la escalera. Cuando oí que cerraba su puerta vacilé un momento.

— ¡Si fuera á ofenderse!..... ¡Bah, qué absurdo!..... Nada más natural que nos encontremos en la calle y que la salute al pasar. Si no lo hiciese, me tendría por un hombre sin educación..... ¡Ya baja!.....

De un brinco me planté en la calle. Momentos después mi vecina pasaba por mi lado. Su vestido rozó mi gabán, sus ojos se encontraron con los míos, y me pareció que se había sonrojado ligeramente.



contrado, bajando ella sus ojos inmediatamente. Aunque esto por una parte me dolía, me alegraba mucho por otra. Mi curiosidad por conocer á la florista más á fondo iba en aumento.

Pongan mis lectores un reloj en manos de un niño, y su primer impulso será el abrirlo, á riesgo de romperlo, para ver la maquinaria. Yo hice lo mismo que los niños.

Una tarde, á la hora en que mi vecina tenía

Ese día fué mi corazón el que dió las doce.

Cuatro ó cinco veces, desde este encuentro, la esperé á la puerta de su casa, sin atreverme nunca á seguirla, ni menos á trabar conversación. Ella parecía no reparar en ello.

Un día acababa de levantarme, y, como de costumbre, mi primer cuidado fué el ir á ver la hora. La ventana estaba cerrada.

No sé cuánto tiempo permanecí asomado á la

mía, sin que mi reloj apareciese. La ansiedad se apoderó de mí. ¿Estaría enferma? Por fin la ventana se abrió, y mi vecina apareció en ella más hermosa que nunca. Respiré; pero en lugar de ocuparse de sus flores, se puso á leer y releer una carta. Por la tarde salió, y no volvió á su domicilio hasta bien entrada la noche.

Al día siguiente tuve que hacer, y cuando volví á casa, un grito se escapó de mi pecho.

Un papel blanco atado á los hierros de la ventana me anunció que mi vecina había dejado de serlo. Corrí á la portería, y el portero no supo darme razón de la nueva casa de mi vecina.

Corrí medio loco por todo Madrid sin dar con ella.

Así pasé un par de meses lleno de desesperación por no poder encontrarla.

(Dibujos de Alberti.)

Una noche, aburrido y triste, para distraerme, entré en el Circo de Parish.

No lejos de la silla que me dieron en el despacho, había un palco ocupado por un señor de edad y una joven elegantemente vestida. Sin darme cuenta fijé mi vista en ella, y.... ¡oh sorpresa!, era mi vecina transformada en una lujosa señora.

¡Ella, sonriendo al viejo que la acompañaba!

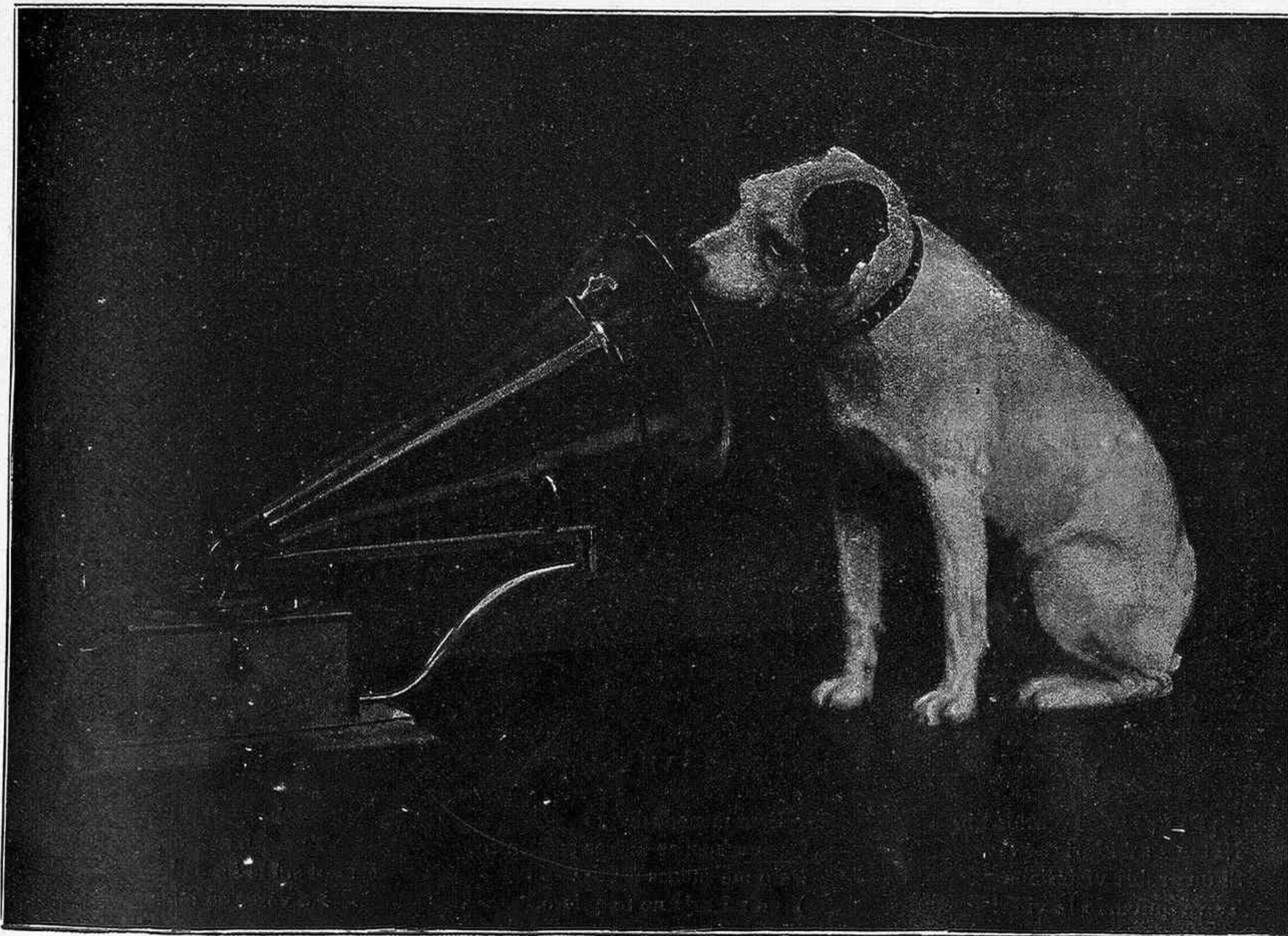
Aquella sonrisa me hizo el mismo efecto que si me hubieran dado una puñalada en mitad del corazón.

Levantéme de mi asiento, y como si estuviese ebrio, salí tambaleándome del Circo.

Ya en la calle de Alcalá, me repuse un tanto y me expliqué lo ocurrido.

¡Mi reloj se había descompuesto para siempre!

E. DE LUSTONÓ.



LA VOZ DEL AMO.

(Publicado con autorización de la Deutsche Grammophon Akt. Gesellschaft, de Berlin.)

MALAGUEÑAS.

I.

Cuando en mis ojos clavabas
Tus ojos negros,
Llamo al cura y le pido
Los Sacramentos.

II.

En el sitio en que te vi
Este letrero pondré:
—Aquí mataron á un hombre
Los ojos de una mujer.

III.

Descansa ya, pensamiento,
Y olvida tus desengaños;
¡Si lo que ha sido no es,
A qué darte malos ratos!

IV.

Picó una abeja en tu mano,
Y desde aquella mañana
Todas las flores que pica
Le van pareciendo amargas.

V.

Quisiera llevarte en andas,
Entre rosas y claveles,
Y que al pasar ese cuerpo
Se arrodillara la gente.

VI.

En mi pecho dió una bala
Y ningún daño me hizo,
Pero te vi, perchelera,
Y estoy más muerto que vivo.

VII.

¡De qué te sirven los libros
Ni tanta sabiduría,
Si una rubia victoriana
Te va quitando la vida!

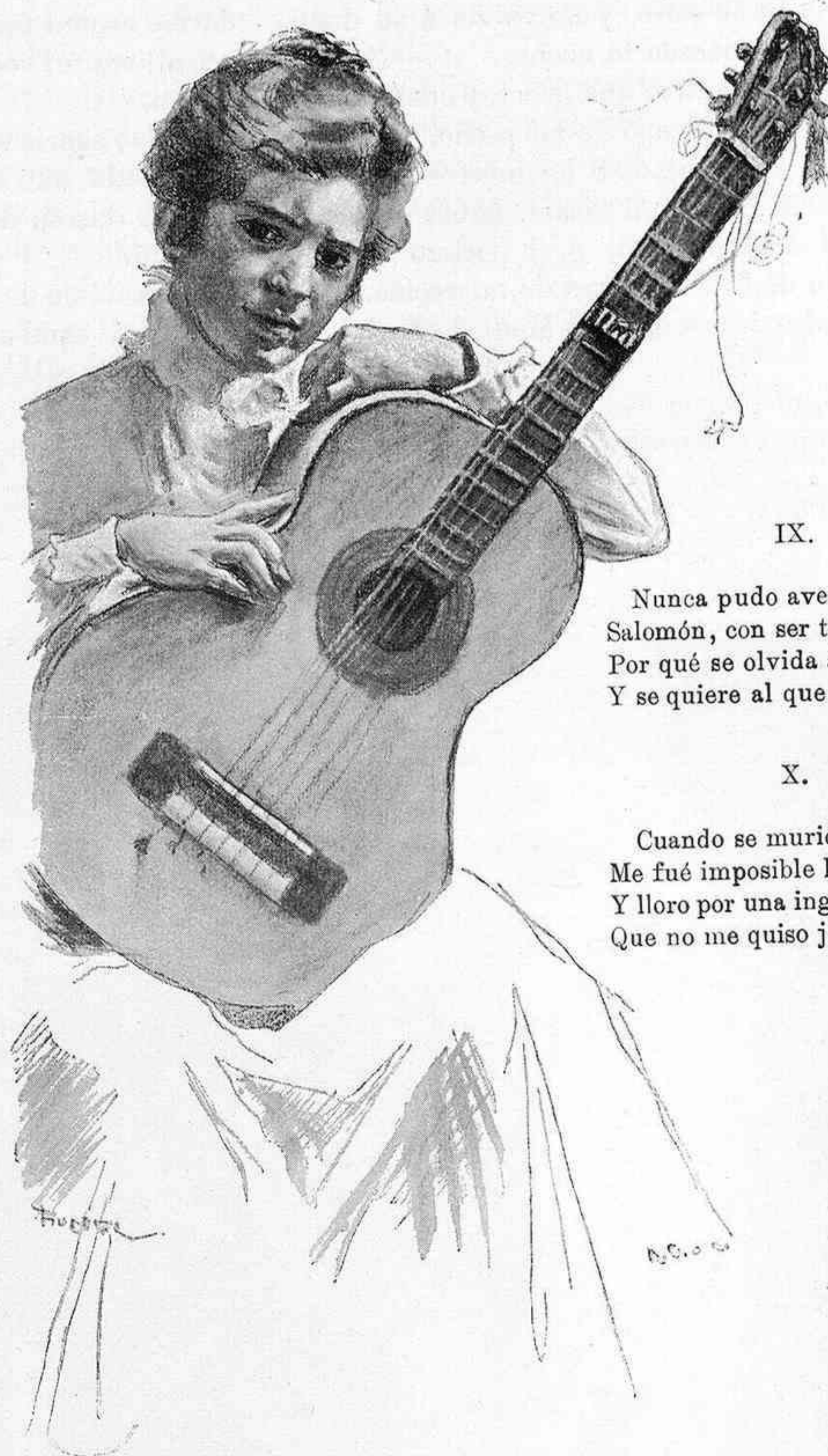
VIII.

Eres moneda de oro
Que en buenas manos encuentro,
Pero me sueñas á falsa
Y en mi caja no te quiero.

XI.

Entreabre, gitanilla,
Tus ojos negros,
Que al sol le ha dado ganas
De verse en ellos.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.





Á CUATRO MANOS.

Por Weckzerich.



SOL

El aspecto que ha ofrecido la atmósfera coronal del Sol en el último eclipse total ha confirmado la previsión relativa á su forma, que había de ser prolongada en el sentido del ecuador del astro, por haber ocurrido aquel fenómeno en un período de mínimo de manchas.

Habiendo, pues, entrado el gran luminar en un nuevo ciclo de actividad, es de esperar que durante el año de 1901 han de aparecer ya notables manchas, sobre todo en las dos zonas ecuatoriales, y de ahí que los aficionados deban prepararse á su estudio, no sólo por tratarse de una observación accesible á los más modestos instrumentos, sino también por el creciente interés que

de cada día reviste la evolución del inmenso globo.

Hay que fijar principalmente la atención sobre el mecanismo de la segmentación que con frecuencia presentan las manchas, y observar si en los dos segmentos formados predomina la forma espiral y en opuesto sentido, pues de ser bastante general el hecho, resultaría fundadísima la nueva teoría del joven y sabio abate Moreux, para quien aquellas formaciones no son ni volcanes ni ciclones, sino efecto local y transitorio de una elevación de temperatura, que favorece el fenómeno de la desasociación de los gases y produce una región sombría, ó sea el núcleo adonde van á converger los filamentos fotosféricos circunvecinos.



MERCURIO.— Las circunstancias más favorables para ser observado al amanecer serán: 3

de Abril, 2 de Agosto, 21 de Noviembre; y después del ocaso del Sol, 19 de Febrero, 16 de Ju-

nio, 12 de Octubre. En nuestro hemisferio, la mejor época será el 16 de Junio.

VENUS.— Empezará á dejarse ver después de puesto el Sol, á mediados de Julio, y llegará á su mayor distancia angular de dicho astro el 5 de Diciembre, acercándose á su máximo brillo á fines del mismo.

Recordará el lector que entre los problemas astronómicos más complicados de estos últimos años figura el de la rotación de Venus, que durante cerca de dos siglos se creyó resuelto, asignando á dicho transcurso una duración de $23 \frac{1}{3}$ horas, hasta que el ilustre Schiaparelli vino á ponerla en duda, resultando, según él, iguales los tiempos de rotación y de revolución, es decir, que el planeta tiene siempre vuelto hacia el Sol, como la Luna hacia la Tierra, el mismo hemisferio, á lo cual es inherente que el astro en que esto suceda ha de ofrecer la apariencia de no girar sobre sí mismo.

Como las observaciones del sabio astrónomo de Milán eran numerosas y correctas, y de gran peso la autoridad de su autor, todo el mundo suscribió á sus conclusiones, sin considerar que el problema reclamaba para su solución definitiva mayor suma de argumentos. Afortunadamente para la ciencia, la cuestión puede darse hoy como resuelta, pues el matemático Bouquet de la Grye, de la Academia de Ciencias de París, ha demostrado que el aspecto del planeta en su tránsito por delante del Sol en 1882 aboga en favor del transcurso de rotación tradicional; y el astrónomo Belopolsky, del Observatorio de Pulkova, acaba de confirmarlo plenamente, aplicando á la luz del planeta el método espectroscópico llamado de Doppler-Fizeau.

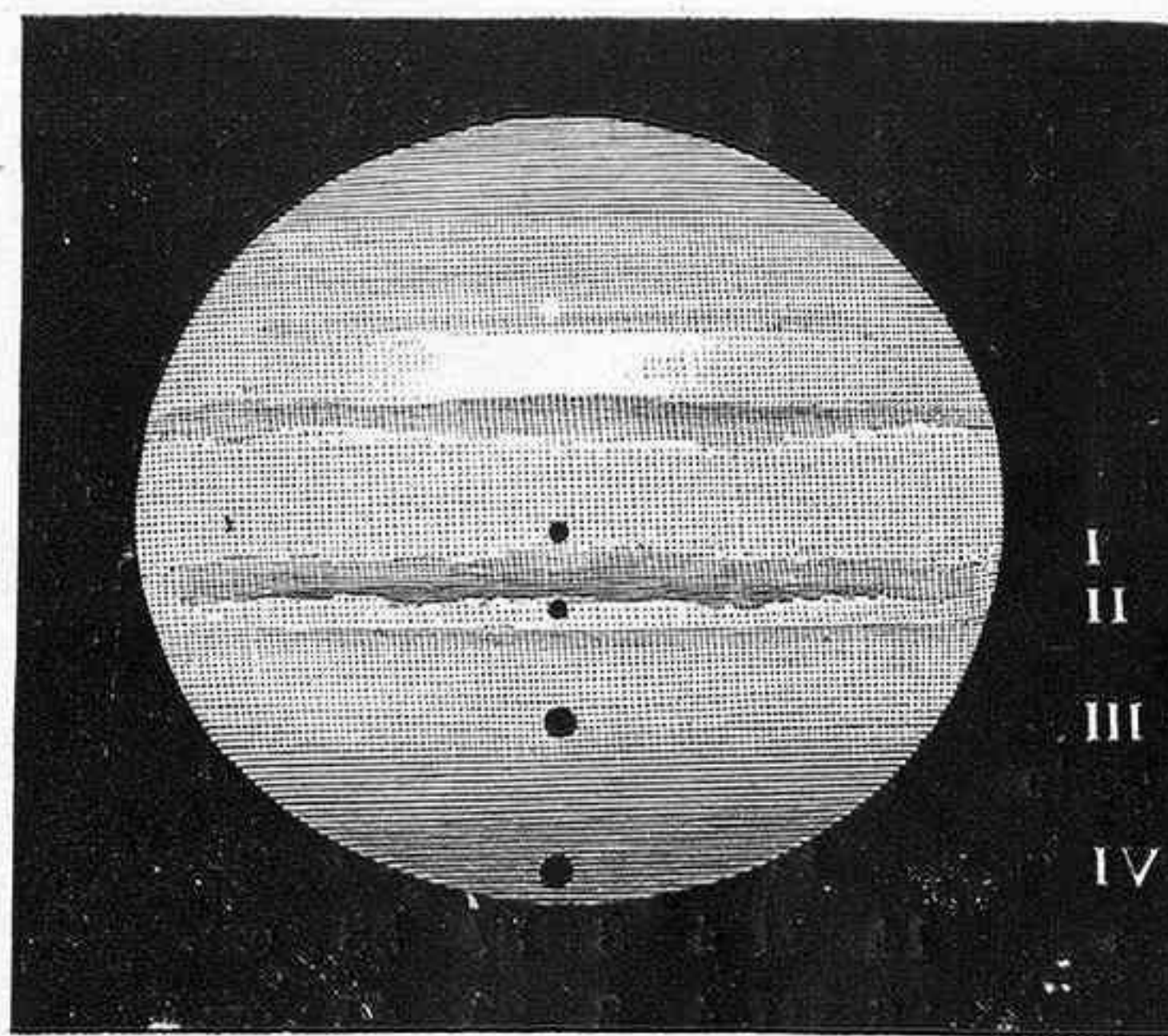
El principio en que este método se funda se comprende fácilmente fijándose en lo que se observa al ver pasar un tren rápido: cuando la locomotora se acerca y deja oír su silbato, el sonido parece más agudo que cuando se aleja, lo cual procede de que en un tiempo dado entran en el oído más ondas sonoras en el primer caso que en el segundo. Lo propio sucede con las ondas luminosas, que penetran en el espectroscopio en mayor número cuando el cuerpo luminoso se acerca al observador que cuando se aleja, originándose en el primer caso un desvío de las rayas espectrales hacia el extremo violeta, y hacia el rojo en el segundo. Aplicando, pues, el espectroscopio á los dos bordes ecuatoriales de un astro animado de

movimiento giratorio, las rayas que proceden de dichos puntos han de aparecer desviadas en opuesto sentido, y esto es precisamente lo que en Venus acaba de observarse.

MARTE.— Durante el mes de Enero brillará en la constelación de Leo, sensiblemente en la línea que une Régulo con Denébola, y á mitad de distancia entre ambas. Del 9 al 10 de Marzo pasará entre Régulo y la estrella η de la misma constelación, á muy corta distancia de la segunda estrella, corriéndose luego al Oeste, y retrocediendo á partir de los primeros días de Abril. Estará en oposición con el Sol el 22 de Febrero, día en que medirá su diámetro aparente $16'',4$, y se aproximará á la Tierra á una distancia de 10.047 millones de kilómetros.

La indicada época será, pues, la más favorable para la observación, aunque ya se comprende que á distancia tan considerable sólo será realmente accesible á los grandes instrumentos. Con anteojos de 13 y hasta de 11 centímetros de abertura podrá, no obstante, una vista perspicaz y educada percibir los grandes mares, y mejor aún el polo nevado.

JÚPITER.— De Junio á Octubre se dejará ver en la constelación de Sagitario, situándose á primeros de Junio al Norte de la estrella de segunda magnitud σ , y de la estrella λ , también de segunda, á primeros de Agosto, avanzando luego



un poco hacia el Oeste, y retrocediendo desde los últimos días de dicho mes. Se hallará en oposición con el Sol el 30 de Junio, y en ese día é inmediato medirá su diámetro aparente $45''$.

En el mes de Abril se reanuda el período de eclipses del cuarto satélite, suspendido durante los tres últimos años á causa de la grande inclinación de su órbita sobre la del planeta. Como de costumbre, la adjunta lista sólo contiene los eclipses y pasos de las sombras sobre el disco del planeta observables á horas bastante cómodas, incluyéndose tan sólo, dado lo notable y poco frecuente del fenómeno para una localidad dada, el paso de la sombra del cuarto satélite y su eclipse, que ocurrirán respectivamente el 19 de Abril y el 14 de Mayo, á una hora avanzada de la noche. Como de costumbre también, los satélites van indicados con números romanos. En anteojos inversos las sombras correrán de derecha á izquierda, paralelamente á las bandas ecuatoriales del disco, proyectándose sobre el mismo como lo indica la figura adjunta. Las sombras del tercero y cuarto satélites, y aun muchas veces la del primero, se distinguen bien con un anteojo de 80 milímetros de abertura; la del segundo reclama instrumento de 108 milímetros, por lo menos. Las horas son de tiempo medio del meridiano de Madrid, y se cuentan de 0^h á 24^h, á partir de mediodía.

ECLIPSES DE LOS SATÉLITES.

Mayo	14	IV á	12 ^h 44 ^m 48 ^s	inmersión.
			á 14 1 45	emersión.
Junio	22	I á	10 49 28	inmersión.
Julio	8	I á	11 19 39	emersión.
»	13	II á	8 54 25	em.
»	14	III á	8 19 58	em.
»	20	II á	11 28 51	em.
»	21	III á	12 20 15	em.
»	23	IV á	12 23 8	inmersión.
»	24	I á	9 57 30	emersión.
»	31	I á	11 32 14	em.
Agosto	9	I á	7 55 49	em.
		IV á	8 58 13	em.
»	14	II á	8 37 58	em.
»	26	III á	8 23 45	em.
Septiembre	2	III á	9 20 25	inmersión.
»	15	II á	8 28 32	emersión.
»	17	I á	6 28 14	em.
»	24	I á	8 23 17	em.
Octubre	8	III á	5 20 13	inmersión.

Octubre	10	II á	5 ^h 41 ^m 54 ^s	emersión.
		I á	6 42 7	em.
»	15	IV á	6 27 14	inmersión.
»	26	I á	5 0 54	emersión.
Noviembre	11	II á	5 34 44	em.

PASOS DE LAS SOMBRAS.

Abril	19	IV á	13 ^h 14 ^m	entrada.
			15 8	salida.
Junio	23	I á	10 12	ent.
»	26	III á	10 12	sal.
»	28	IV á	9 10	ent.
			11 14	sal.
»	30	I á	9 50	ent.
			12 7	sal.
Julio	3	III á	11 24	ent.
»	7	I á	11 44	ent.
»	9	I á	8 30	sal.
»	16	I á	8 7	ent.
			10 1	sal.
»	23	I á	10 2	ent.
			12 19	sal.
»	30	I á	11 57	ent.
Agosto	1	I á	8 43	sal.
»	5	I á	9 0	ent.
			11 50	sal.
»	8	I á	8 21	ent.
			10 38	sal.
		III á	10 14	sal.
»	15	I á	10 16	ent.
		III á	11 4	ent.
»	17	I á	7 2	sal.
»	31	I á	8 35	ent.
Septiembre	3	IV á	9 14	ent.
»	9	I á	7 18	sal.
»	13	III á	6 21	sal.
»	16	I á	6 55	ent.
Octubre	9	I á	7 11	ent.
»	18	I á	5 54	sal.
»	26	III á	6 29	sal.

SATURNO. — Durante el trascurso de su mejor visibilidad, ó sea de Junio á fin de Octubre, se encontrará en la constelación de Sagitario; á

mediados de Junio, al Sur, y muy próximo al grupo de las tres brillantes estrellas π , σ y ξ ; el 1.º de Agosto, casi en contacto con el par ν , de cuarta magnitud, situado al Oeste y muy cerca del grupo anterior; y á primeros de Octubre, al Oeste del mismo. Estará en oposición con el Sol el día 5 de Julio, en que medirá 17'' su diámetro aparente, y 42'' el eje mayor de su anillo.

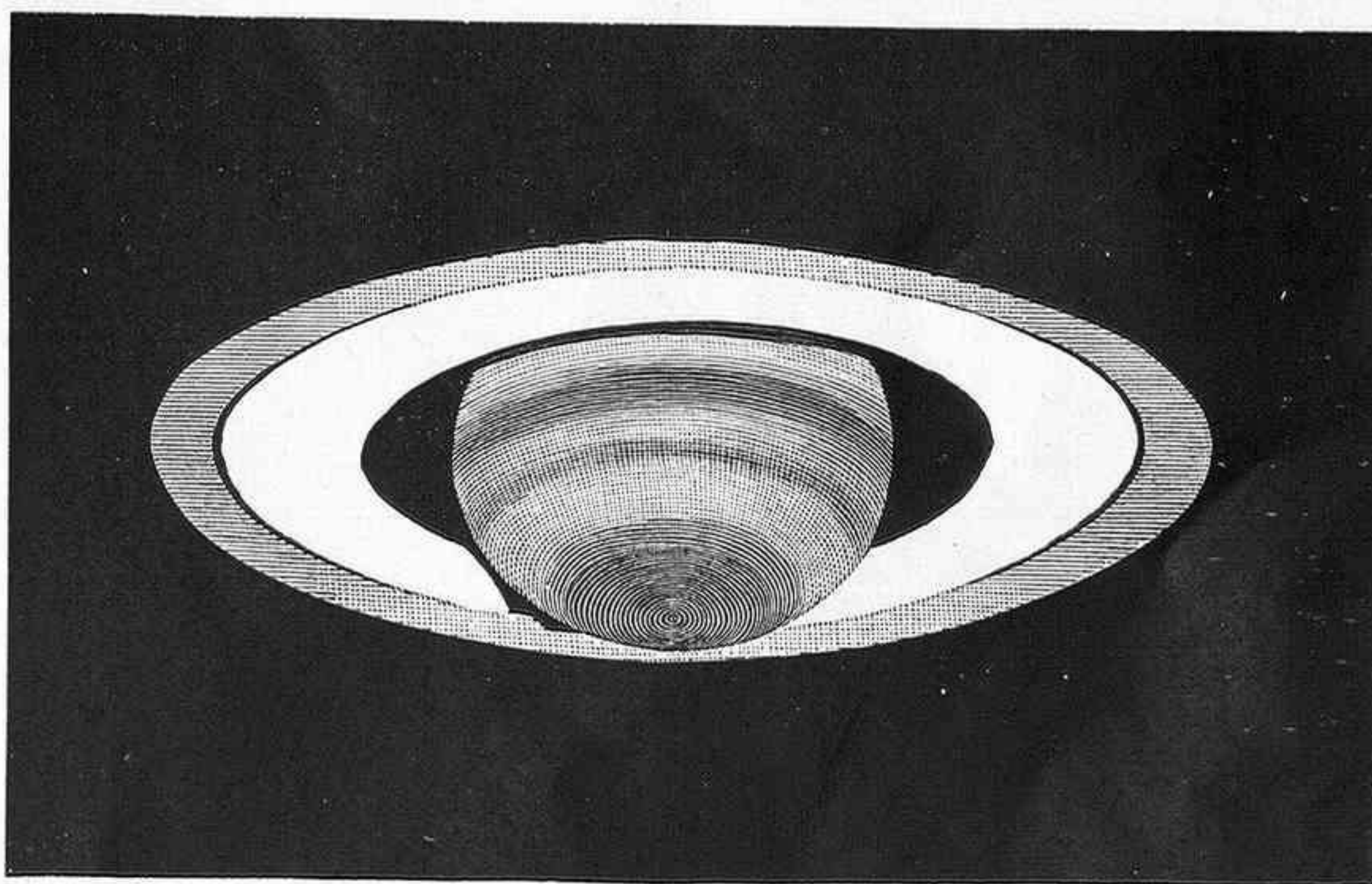
El plano de este apéndice continuará presentándose muy inclinado para la Tierra, circunstancia que favorece la visibilidad de sus divisiones, y en virtud de la cual resulta además que el globo del planeta se proyecte completamente sobre dicho plano, como lo indica el grabado adjunto, que representa el aspecto del astro en la segunda quincena de Junio.

La grande declinación austral del planeta, á la cual es inherente para nuestras latitudes llegar á poca altura sobre el horizonte, disminuye el número de horas de la noche útiles para la observación, reducidas tan sólo á la proximidad del meridiano. Un antejo de 75 milímetros es suficiente para percibir la división de Cassini, ó sea la principal del anillo. Las fajas ecuatoriales del globo saturnal y su mancha oscura polar se vislumbran con un buen instrumento de 95 milímetros, pero para distinguirlas bien se necesita objetivo de 108 milímetros.

URANO Y NEPTUNO.—De Junio á Septiembre se hallará el primero de dichos plane-

tas en la constelación de Escorpio, sobre la recta que desde Antares se dirija en el sentido NE. perpendicularmente á la que une esta estrella con la ϵ , de segunda magnitud, y á distancia casi igual. La oposición con el Sol ocurre el 5 de Junio, midiendo á la sazón su diámetro aparente 4''.

Neptuno será visible en dos épocas, á saber: de Enero á Abril, á mitad de la distancia entre las

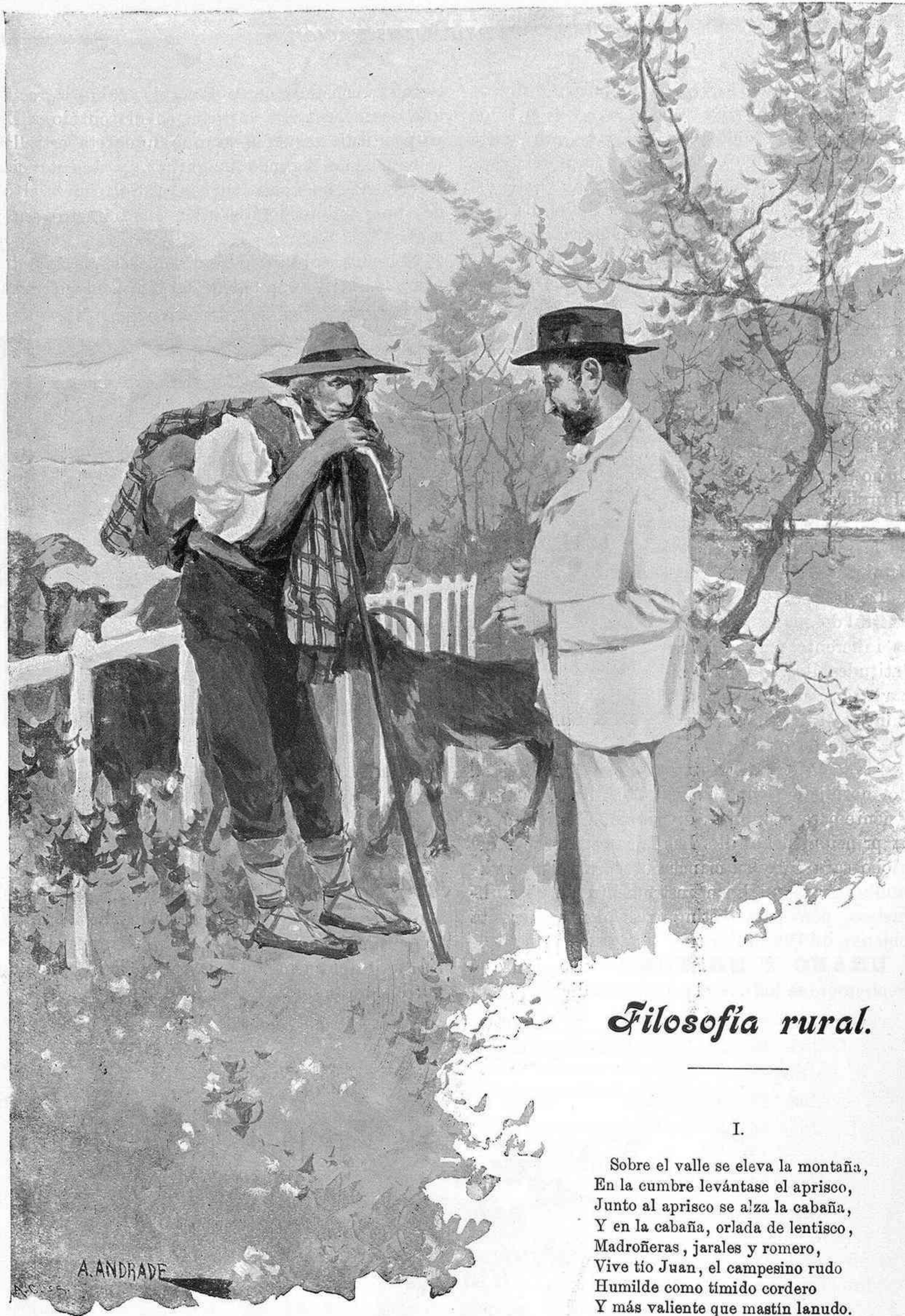


estrellas de tercera magnitud ζ y η de Tauro; y en Diciembre, junto á la segunda. Estará en oposición el 22 de dicho mes.

De los eclipses de Sol y de Luna que habrá este año, sólo el anular de Sol del 10 de Noviembre será visible como parcial, y por breve intervalo hacia su fin, en la región oriental de la Península, por lo cual no merece ser calculado.

JOSÉ J. LANDERER.





Filosofía rural.

I.

Sobre el valle se eleva la montaña,
En la cumbre levántase el aprisco,
Junto al aprisco se alza la cabaña,
Y en la cabaña, orlada de lentisco,
Madröneras, jarales y romero,
Vive tío Juan, el campesino rudo
Humilde como tímido cordero
Y más valiente que mastín lanudo.

A. ANDRADE

Faltó de penas, lleno de alegrías,
Mira pasar los meses cual los días
Feliz en su pobreza,
Y sólo advierte el vuelo de los años
Por la nieve que cubre su cabeza
Y el aumento que nota en sus rebaños.

¿Que si vive feliz? ¡Más que un monarca!
Toda la tierra que su vista abarca
Es reino en que domina y señorea;
Y aspirando el perfume de las flores
Que lleva á la Patrona de su aldea,
Y escuchando los trinos gemidores
Del pájaro que endecha fiel cariño,
Vive vida tan dulce y tan suave,
Que se duerme rezando como el niño
Y despierta cantando como el ave.

Es tío Juan un filósofo profundo,
Y es su libro de texto la Doctrina;
Compendia el mundo en el pequeño mundo
Que se extiende á los pies de la colina,
Y cuando alguien demanda su consejo,
Tras breve reflexión, con voz muy queda,
—Cumple con tu deber, exclama el viejo,
Y suceda después lo que suceda.—

II.

Hablando con tío Juan de los enconos
Que existen entre obreros y patronos,
Le expuse las obreras pretensiones,
Me escuchó el abuelito muy atento,
Y por contestación á mis razones
Me refirió este cuento:

—De ser bueyes mis bueyes ya cansados,
Una tarde dejaron los arados,
Resistiendo volver á la besana
A proseguir en sus trabajos rudos;
Los dejé descansar, y á otra mañana
Mis huelguistas cornudos
Negáronse á tirar de la carreta
Con tozuda porfia;
Al corral los llevé, los puse á dieta
Y.... ¡trabajaron al siguiente día!

III.

Junto al claro arroyuelo
Que al morir en los mares bramadores
Es como el hombre que mirando al cielo
Pasa la vida fecundando el suelo

Y deja estela de campestres flores,
Volví á hablar con tío Juan de extraño tema:
Del anarquismo, que inventando agravios,
Con fuego y dinamita al orbe quema.
Sin desplegar los labios
Y sin mover pestaña
Me escuchó silencioso el buen cabrero,
Y al cabo, contemplando su cabaña,
Un caso me contó que contar quiero:
—Cuando el invierno la heredad blanquea,
Sale el lobo feroz de sus cubiles;
El hambre lo espolea
Á entrar en las cabañas y rediles
Ansioso de morder y de hacer daño.
En valor el mastín al lobo iguala;
Mas ¿qué fuera del perro y del rebaño
Si no tuviera mi escopeta bala?....
Mato al que mata, y al menor barrunto,
Castigando al ladrón castigo el robo,
Y al disparar ni dudo ni pregunto;
¡Me basta y sobra con saber que es lobo!

IV.

Una tarde serena del estío,
Á la orilla del río—
Donde por ley fatal siempre cumplida
Va el arroyuelo manso
Ansioso de descanso,
Como al mar de la muerte va la vida,—
Me encontré con tío Juan, siempre animoso,
Y al hablarle del rico y del dichoso,
Y al referirme al pobre desvalido,
Y á los humildes pájaros sin nido
Que recorren los páramos del suelo
Y caricias y pan á un tiempo imploran,
Enternecido el venerable abuelo,
Exclamó, con los ojos en el cielo:
—¡Resignación! ¡Felices los que lloran!

V.

Fiera es la lucha que la vida entraña:
Cuando en ella, con armas desiguales,
Chocan el mal y el bien con ruda saña,
Recuerdo la cabaña
Que perfuman cantuesos y jarales,
Y recuerdo al filósofo-cabrero,
Al buen tío Juan, al campesino rudo,
Humilde como tímido cordero
Y más valiente que mastín lanudo....

M. R. BLANCO-BELMONTE.



DUETTO.
Por Kiesel.

NOTAS PATIBULARIAS

Dedicadas al Excmo. Sr. D. Manuel Gómez-Iñaz, por el Doctor Thebussem.

Con data en el Palacio de Madrid á 19 de Octubre de 1809,



DON JOSEF NAPOLEÓN, POR LA GRACIA DE DIOS, REY DE LAS ESPAÑAS Y DE SUS INDIAS, decretó lo siguiente:

I. La pena de *horca* queda abolida en todos nuestros reynos.—II. En su lugar se substituirá y usará la de *garrote*, sin distinción alguna de clase, estado, calidad, sexo ni delito.—III. Los reos no permanecerán en la capilla más que por el término preciso de veinte y quatro horas.—IV. Si el reo condenado á la pena capital tuviese algún carácter ó distinción eclesiástica, civil ó militar, de qualquiera género que sea, se entenderá degradado por la sola declaración de la sentencia.

Claro es que la horca reapareció al terminar el reinado del monarca Josef Napoleón, y estuvo en activo servicio hasta que segunda vez fué *ahorcada* por Fernando VII, tomando para ello el pretexto, raro, original y extravagante á nuestro juicio, que se consigna en la Cédula fechada el 28 de Abril de 1832, y que dice así:



DON FERNANDO VII, POR LA GRACIA DE DIOS, REY DE Castilla, de León, de Aragón, de las Dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de

Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Menorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia.....
A los del mi Consejo, Presidentes, Regentes y Oidores de mis Chancillerías y Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de mi Casa y Corte, Correidores, Asistentes, Gobernadores militares y políticos, Intendentes, Alcaldes mayores y ordinarios, y otros Jueces y Justicias de todas las Ciudades, Villas y Lugares de estos mis Reinos.... sabed:

Que deseado conciliar el último é inevitable rigor de la justicia con *la humanidad y la decencia* en la ejecución de la pena capital, y que el suplicio en que los reos expían sus delitos no les irroque infamia cuando por ellos no la mereciesen, *he querido señalar con este beneficio la grata memoria del feliz cumpleaños de la Reina mi muy amada Esposa*, y vengo en abolir para siempre en todos mis dominios la pena de muerte en *horca*, mandando que en adelante se ejecute en *garrote ordinario* la que se imponga á personas del estado llano; en *garrote vil* la que castigue los delitos infamantes, sin distinción de clase; y que subsista, según las leyes vigentes, el *garrote noble* para los que correspondan á los hijosdalgo....



Si el aniversario del nacimiento de la Reina se hubiese celebrado con indulto, apertura de academia, erección de estatua ú otro acto análogo,

nadie podría hallar motivo de sorpresa ó de censura. Pero recordar en semejante caso asuntos relacionados con la muerte y el patíbulo, viene á ser como mezclar berzas con capachos. Don Quijote opinaba que las acciones que ni mudan ni alteran la verdad, no hay para qué escribirlas si han de redundar en menosprecio del señor de la historia.

Bien pudo callarse lo del cumpleaños de la Reina á quien se alude, que era nada menos que la célebre Doña María Cristina de Borbón, hija de Francisco I, rey de las Dos Sicilias, y que, nacida en 27 de Abril de 1806, cumplió los veintiséis años en el expresado mes de 1832.

Pocas personas han disfrutado en España de más aplauso ni producido mayor entusiasmo que la dicha Reina. Desde los poetas callejeros que decían

A la inmortal *Cristina*
Y á la reina Isabel,
Los buenos españoles
Juremos defender,

hasta los vates de alto renombre, pocos dejaron de consagrarle su numen con lisonjeros é hiperbólicos elogios. Y como á estos vítores y alabanzas no se les puede pedir larga duración,

.....
Porque son de una señora
Que se muda;
Que bienes son de Fortuna,
Que revuelve con su rueda
Presurosa,
La cual no puede ser una,
Ni ser estable ni queda
En una cosa,

resultó que la adorada María Cristina recibió después evidentes señales del escaso afecto que los españoles le tuvieron. Si fuese posible reducir á números, como en balance mercantil, las cantidades de flores y de espinas cosechadas por la bella é ilustre soberana, no sabemos en cuál de las columnas resultaría la *existencia* ó el *alcance*.



Volvamos al garrote, para explicar las diferencias consignadas en la Cédula Real:

GARROTE ORDINARIO: iban los reos en caballería mayor y con capuz pegado á la túnica.

GARROTE VIL: en caballe-

ría menor ó arrastrados, según la sentencia, y con capuz suelto, como lo llevaban los reos de horca antes de abolirse.

GARROTE NOBLE: en caballería mayor con gualdrapa negra. Sólo en este caso podía enlutarse el patíbulo, previa licencia del tribunal, que la concedía ó la negaba.

Hoy no existen tales diferencias. El Código Penal de España, acercándose al parecer de Josef Napoleón y no al de Fernando VII, dice que la pena de muerte se ejecutará en *garrote* sobre un tablado, y que el reo vestirá hoga negra, siendo conducido al suplicio en carruaje ó carro. Ni más ni menos.

Por los años de 1845 ejercía de verdugo en Sevilla el *Tío Frasquito*, que contaba más de sesenta de edad y cerca de treinta de buenos servicios, sin una mala nota en su larga carrera. Era nuestro hombre algo filósofo al asegurar que él no mataba á nadie, pues quien todo lo hacía era el *garrote*.

—Pero Frasquito—le decían—si tú no manipularas, nada haría el instrumento.

—Pues si el instrumento es inocente porque yo lo manipulo, también yo soy inocente porque los *Señores del margen* me manipulan á mí. Sí—continuaba diciendo—sí, señores; ustedes saben que el *garrote* me repugna y me avergüenza, porque semejante maquinaria ha matado el oficio. Yo, que he trabajado en la *horca*, puedo decirlo muy alto: allí se lucía un ejecutor en preparar y engrasar la cuerda; en saber colocarla al ajusticiado; en montarse con delicadeza sobre sus hombros; en lanzarlo al aire; en tirarle de los pies.....; en dar, por último, la buena muerte que nos piden los reos, y conseguirla con prontitud, soltura y limpieza.....; eso era ser maestro y tener habilidad.....; pero el *garrote*, que le maneja un niño, y que requiere menos entendimiento y discurso que el necesario para tirar de la sogá y que suene la campana, hace que hoy pueda intitularse verdugo cualquier mandria ó pelagatos.

La pena de muerte conserva en su abono el mucho público que acude á presenciárla, y que se muestra pesaroso y contrariado si llega un indulto momentos antes de la ejecución.

La falta de concurrencia y de ejecutor, acabarían poco á poco con esta clase de castigo.

Para suplir al verdugo en cualquier caso imprevisto, sobran siempre presidiarios que, por un puñado de pesetas ó algunos meses de rebaja en su condena, se presten gustosos á desempeñar el servicio.

La plaza de ejecutor permanente, tiene casi tantos aficionados como otros destinos de la república. Por eso, cuando la perlesía dejó inútil á *Tío Frasquito*, se presentaron cerca de treinta memoriales pidiendo el cargo, cuyo sueldo era de veinticuatro reales diarios, además de los siguientes abonos:

	REALES.
Por poner y quitar el tablado á deshoras de la noche, con inclusión de los gastos de luces, clavos, sogas y portes.....	200
Por gratificación al ayudante del ejecutor, pues se considera de absoluta necesidad para conducir el reo al suplicio, se abonan, si el pueblo dista de Sevilla menos de doce leguas.....	100
Si se halla más distante.....	140

Claro es que los Oidores de Sevilla pudieron escoger como entre peras, diciendo ésta quiero y ésta no quiero, al verse rodeados de tan numerosas solicitudes. Cuerdamente obraron al elegir una que decía así:

Benerabiles Señores de la Udencia di Sevilla:
Giuseppe Chiapori, biudo por muerte de la esposa, sin hijos, de Nacion Ginovese con la edad de 30 é siete años, é que sabe leer, escrebir é contar, ha sabido estar en bacante la plaza de Executore di Giustizia para la cual soy abil y tengo inteligencia, como se puede ver si me entregan un perro ó animaletto para esperienza. Pido á los Benerabiles Señores ser elegido Maestro Executore, con los informes necesarios de mi conducta, de la cual yo respondo, y queda devotissimo servidor de los Señores, en Sevilla á 10 de Octubre de 1845,

† *Giuseppe Chiapori.*

Este memorial, que hubiera llevado calabazas en asuntos literarios, obtuvo buena nota y consiguió lo que pretendía, principalmente por tratarse de un extranjero que, sin familia en España, excusaba la mala nota que la justicia ó la injusticia social hace recaer sobre los parientes del verdugo.

Expidióse, pues, el nombramiento á favor de Chiapori, el cual tomó quieta y pacíficamente posesión de su cargo, recibiendo

Dos Tornillos completos,

Dos Argollas de hierro,
Tres Pasadores y
Una Mordaza.

Guardó este menaje en un zaquizami del atrio de la Audiencia, donde custodiaba también su banquillo de tijera y un cántaro de agua, para excusar, ya la negativa de los azacanes, ó ya el gasto de romper la vasija que usaba (*).

Cumpliendo su obligación permanecía Chiapori en el zaguán de la Audiencia durante las horas de tribunal. Presentábase vestido de negro con una escarapela amarilla bordada en el sombrero. Bien es verdad que tal escarapela la veían pocas personas, pues el portador de ella casi siempre estaba descubierto ú ocultaba la insignia bajo un parche negro, triquiñuela de que nadie podía pedirle cuenta, por no existir precepto legal que obligase al ejecutor á llevar semejante distintivo.

Chiapori debía tener el alma atravesada y un corazón de hiena, según el deseo que le aguijaba de estrenarse y de acreditar que él valía tanto ó más que su antecesor el renombrado *Tío Frasquito*. Y como no hay plazo que no llegue ni deuda que no se pague, llegó el deseado día de que el neófito probara sus bríos en uno de los pueblos del distrito sevillano.

Cuando faltaba corto tiempo para la marcha, se presentó Chiapori al señor Regente diciéndole:
— Señor..... ocurre la cosa que yo tanto y tanto anhelaba.....

— ¿Qué ocurre?

— Pues ocurre que usía busque verdugo.....; porque lo que es yo..... no lo soy.....

— ¡Cómo se entiende eso!—exclamó colérico el Regente:— usted será verdugo, y si no, lo castigaré severamente..... ¡A ver! ¡Alguaciles!..... Detened como preso á ese hombre hasta mi nueva orden.

La noticia circuló rápidamente en el tribunal. Lo raro del caso movió la curiosidad de los Magistrados y la risa de algunas personas que casualmente se hallaban en la casa. Entre ellas se con-

(*) En 10 de Marzo de 1857 acordó el Regente de la Audiencia de Sevilla, «que teniendo enterdido que el Ejecutor de Justicia conserva en su poder los útiles del oficio, y no en el mejor estado, se le haga saber que bajo doble inventario los traslade á la Cárcel pública, entregándolos al Alcaide, y quedando en la obligación de pasar cada dos ó tres días al local donde se coloquen, para limpiarlos y tenerlos al corriente, evitando que se deterioren; operación que practicará ante el citado Alcaide, ó persona que éste delegue».

Creemos que en la actualidad (1900) sigue vigente dicho acuerdo.

taba el distinguido canónigo D. Manuel López Cepero, tan influyente y relacionado con las principales clases de Sevilla y gran amigo del Regente de la Audiencia. Cepero, que se mostraba partidario de la misericordia y deseoso de ver la cara y aspecto del italiano, templó la ira de algunos gollillas diciéndoles que, como *nemo potest praecise cogi ad factum*, lo mejor era buscar verdugo y echar tierra al negocio.

Chiapori fué llamado á capítulo: allí expuso paladinamente que la necesidad y el hambre le habían movido á practicar su disparatado pensamiento; que lo castigasen como quisiesen, y hasta que le dieran garrote, si lo merecía, puesto que él se consideraba incapaz de matar, no digamos un hombre, pero ni un borrego.

A López Cepero le hizo gracia tan ingenua confesión, y proporcionó al chusco italiano un destiñillo en los almacenes de la fábrica de la Catedral, donde su honradez y comportamiento merecían el elogio de capataces y peones. El mozo se encontraba reconocido y agradecidísimo á su ilustre padrino, ponderando y enalteciendo el gran favor que le debía.

Pasaron algunos meses, y llegó á hacerse pública la ridícula pasión que dominaba al falso verdugo. Era un avaro de primera clase: comía lo preciso para no morir de hambre; dejaba de fumar, y su vestido era viejo y harapososo. Semejantes rumores llegaron á oídos del protector, cómplice inocente del vicio, pues era quien cuidaba de reducir á doblones y de custodiar el tesoro del ahijado.

Cuando éste se presentó á fines de mes, lleno de júbilo, con ocho duros que había ahorrado para aumentar su depósito, le recibió Cepero con enojo diciéndole:

—Hablemos claro, Chiapori, porque tú conoces de sobra mi carácter: tú no tienes familia ni gastos precisos: sé que apenas comes, y te veo siempre hecho un andrajoso: tus compañeros te miran ya de reojo, y si engañaste á los señores de la Audiencia, lo que es á mí, ni tú ni otros más ladinos que tú me la pegan: en buen hora que no seas despilfarrado y que hagas economías; pero desde esto á la avaricia, media un abismo: la avaricia es un pecado que castiga Dios y del cual se burlan los hombres, y tú eres un maldito y miserable avariento.....: mira tu tesoro..... aquí lo tienes—añadió Cepero sacando y contando las monedas de una gaveta;—hártate de contemplar esos ochenta duros; carga con ellos; llévatelos á tu casa, y Dios te ayude.....

Chiapori escuchó la filípica pálido, absorto y convulso, repitiendo en voz baja: ¡Ochenta duros!..... ¡¡Ochenta duros!!..... ¡¡¡Ochenta duros!!!

De repente cruzó las manos, levantó al cielo sus ojos, que rebosaban lágrimas, y con ese inimitable acento nacido del corazón, exclamó:

—¡¡¡Benedetto sia il potente Dio!!!

Y arrodillándose ante Cepero, dijo con palabras entrecortadas:

—Esos ochenta duros son el sueldo que recibí de *aquello que usía sabe*, y quiero que por mano de usía se le devuelvan al Tribunal: para no ser ladrón he tenido que pasar por avaro: juro que en adelante seré generoso. ¿Lo será usía conmigo perdonándome?

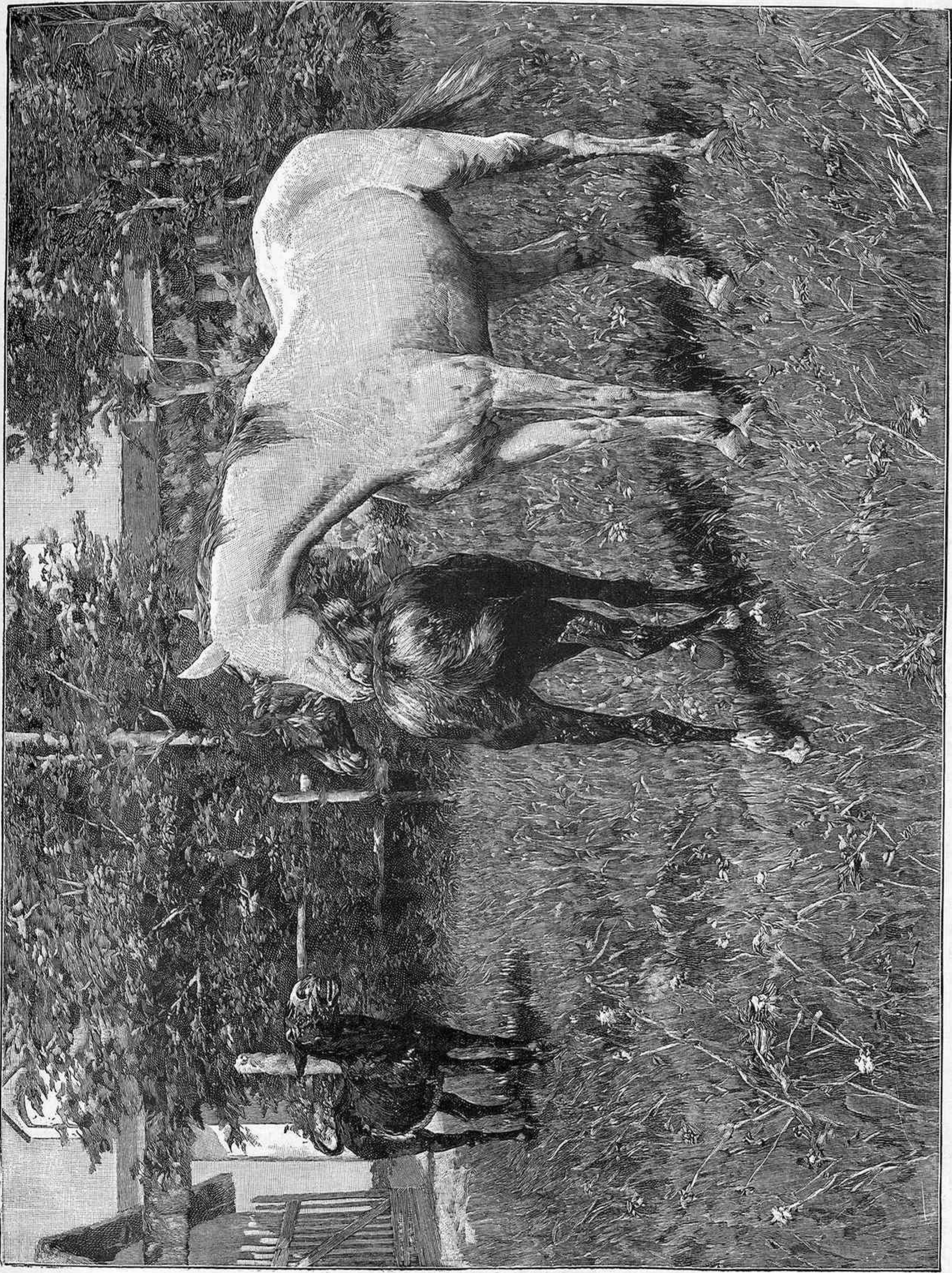
El Canónigo, dominando rápidamente su sorpresa y su emoción, puso la mano sobre la cabeza del interlocutor, diciéndole al mismo tiempo:

—¡Perdonado y absuelto!

EL DOCTOR THEBUSSEM.

Medina Sidonia: Julio de 1900.





UN INTRUSO
Cuadro de Páris.

ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID



EL PRIMER PRESIDENTE DEL SIGLO.

EL que durante casi todo el siglo XIX ha presidido *de hecho* los destinos del mundo, va á ser presidente *de derecho* en el primer año del siglo XX.

Y de *derecho divino*, dirán sus bárbaros fanáticos, cuando la *divinidad* de Marte representa la fuerza de la inhumanidad en la historia mitológica que nos ha transmitido el antiguo mundo gentilicio.

Y preside el dios de la guerra, porque de su nombre nació el del primer día del primer año del nuevo siglo.

1901, día 1.º de Enero, *martes*. Aciago día, como el de la proclamación de la funesta presidencia ó del imperio de la fuerza bruta sobre el de la razón, el valor y la sabiduría, que representa la hermosa Minerva. ¿Qué historia trae ese dios, ni qué rectificaciones de su pasado que otrezcan garantías de la ansiada paz tras un siglo que empezó con terribles luchas, medió con fierezas bélicas y acaba con guerras asoladoras?

¡Ah! ¡No me habléis de ese dios,
Que se portó como un bruto!.....

*
* *

¿Su historia? Para unos, hijo *legítimo* de Juno y Júpiter; para otros, inocentes, hijo milagroso, no más que de Juno, como si no se hubieran enterado de las irregularidades y *chanchullos* de las livianas cuanto divinas señoras del Olimpo.

La fuerza bruta, la que representa Marte, casi siempre se acompaña de los pecados capitales, menos del último, porque, con pereza, no podría aco-

meter tantas empresas injustas y tantos feroces desafueros.

Por soberbia y por avaricia atropelló Marte los derechos de Neptuno, el dios de los mares, y le mató un hijo, que era el ojito derecho del padre.

Neptuno llevó al asesino dios ante el Tribunal, que se instituyó para *el caso* con el nombre de Areópago (de *arēs*, Marte en griego, y *pagos*, *colina*, *Colina de Marte*).

El Areópago condenó al dios criminal. Pero ¿a qué? No se sabe. Quizás pasaba entre los dioses lo que entre los hombres ahora. Mucho ruido de proceso, y nada. Tal vez hubo allí jurados que, por miedo al matón del sable, declararon la *inculpabilidad* del dios de la Guerra.....

Porque lo cierto es que siguió tan campante y envalentonado. Con el tercer pecado capital y con las licencias de Júpiter, el padre de los dioses (¡valiente papá!) atropelló los derechos conyugales del pobre y feo Vulcano, y se llevó en sus brazos á Venus, la divina D.^a Dinguindaina de Quedo, según lo *fácil* y *frágil* que era con dioses y con mortales, si bien se sospecha que en la noche de bodas con el feo y pobre, aunque divino herrero, se portó con éste como con su marido la Clarita del *Amo de las herrerías*, del novelista y autor dramático de Francia.

Se comprende que el bruto de Marte tuviera hijos de Venus. Pero ¿que esos hijos fueran la Harmonía y el Amor?..... Verdad es que éste salió armado de arco y flechas, y, ciego y todo, tira y da en *el blanco* ó en *el negro*, según el color del corazón que hiere.

*
* *

Yo no sé si por lo de la ofensa conyugal, ó por algún secuestro de armas forjadas en su herrería, Vulcano, harto de darle al fuelle, fué á poner sus tiznadas manos sobre el casco de Marte, y aprisionó á este dios y le encerró en una covacha donde guardaba el carbón y las limaduras del hierro.

Allí se hubiera podrido el dios temerario, si no hubiera podido contar con el auxilio de otro tal como él. ¿Quién dirán ustedes que libró á Marte de sus prisiones? ¿Quién había de ser? El ladronazo de Mercurio; el correveidile y alcahuete de todos los dioses y diosas del Olimpo; el que, apenas nacido de mala madre, empezó ya robando el cinturón á Venus, el tridente á Neptuno y la espada al mismo Marte.

Con tal auxiliar, el de la Guerra fué quien, con abusos de fuerza, y echando por delante al niño Amor con sus flechas, llevó al gallardo Páris á Grecia para que robase á Helena, mujer del rey de Esparta, Menelao (que se *desmelenó* de furia), produciendo la horrenda guerra de troyanos y griegos. A aquéllos, á los bárbaros, los favoreció el dios del espadón, y á los que asistía la justicia los protegió la sabia Minerva.

Marte quería guerra á todo trance, cayera quien cayera, y le importó poco que se realizara el horrible presentimiento de Hécuba, la madre de Páris, que, mientras tuvo á éste en su seno, soñó que llevaba en él una tea que produciría el incendio de Troya.

Tampoco le importó á Marte ver á su protegido Páris hecho un mandria, un cobardón entre las filas de los comprometidos guerreros troyanos. ¿Y quién sabe si celebró el soldadote *divino* que Páris imitase su hazaña con el hijo de Neptuno, matando traidoramente al heroico Aquiles?

* * *

Sí; el hijo de la soberbia diosa del pavo real, el que parodió á su augusto é iracundo padre con lo del *rayo de la guerra*, es el que, *por amor al arte*, ha regalado á la mísera humanidad los más horrendos conflictos.

El encendió la ambición en la cabeza del gran Bonaparte, para que el mundo entero se estremeciese al paso de sus legiones y al estampido atrozador de sus armas destructoras.

El provocó el atentado de la injusticia fuerte contra la debilidad de la infeliz Polonia.

Él ha encendido los odios de raza, para produ-

cir desastres como el franco-alemán, como el hispano-americano.

El aprovecha la codicia británica para sacar á los nobles Cincinatos del Sur de Africa del cultivo pacífico de sus campos, para regar éstos con su sangre generosa en heroica defensa de su libertad, de su independencia, de su propiedad sagrada.

Él, en fin, el que tantas veces ha llevado la discordia á los hijos de una misma patria, para encender largas y sangrientas luchas fratricidas.

Ese, ése es el que ha de regir nuestros destinos en la temerosa entrada del siglo xx, durante los doce meses del año 1901.

Prevenzámonos; pidamos á la valerosa y sabia Minerva, á la que protegió á los griegos contra los bárbaros, que contrarreste con su sabiduría y su valor sereno los brutales arrebatos de ese dios-presidente que traerá de secretario general de su gobierno al ladrón de Mercurio, que ha de ser el amparador de los consabidos *escalos* y el encubridor de los asiduos *exploradores* de alcantarillas y afanadores de fondos públicos y privados.

¿Qué paz podrá haber en los matrimonios? ¿Qué discusión tranquila en el Congreso? ¿Qué armonía entre músicos y poetas? ¿Qué acuerdo entre cómicos y autores? ¿Qué amor entre la industria y el arte?....

* * *

Marte, como otros caballeros y señoras del politeísmo, tiene también su historia de planeta.

Pero ¿qué historia? La confirmada por todos los sabios astrónomos. La conforme con su leyenda diabólica más que divinamente guerrera.

Es el planeta más próximo á nuestro globo, como si pretendiera tener el privilegio de aplastarle ó inutilizarle con un choque. Colocado marcha, con la peor intención, entre la Tierra y Venus, para que la madre del Amor esté en entredicho con nosotros, sin perjuicio de utilizar al niño desde el cielo para señalar catástrofes como la de Troya. Porque no han de faltar Páris y Helenas.

Tiene el color rojizo de las llamaradas terribles de un incendio. Al frente del capítulo de Marte pone Flammarion unos versos de Ricard, y el poeta insulta al planeta *rojó* y le pone *verde*.

¿Se eclipsa Marte? No como



planeta, como dios guerrero, nos dejaría muy tranquilos si se eclipsara para siempre.

Marcial viene de Marte. Perfectamente.

Pero *amartelar* se dice hoy á *enamorar*, y, al muy *enamorado*, *amartelado*. Y los antiguos y

puros castellanos, con más sentido etimológico, decían *atormentar* y *atormentado*.

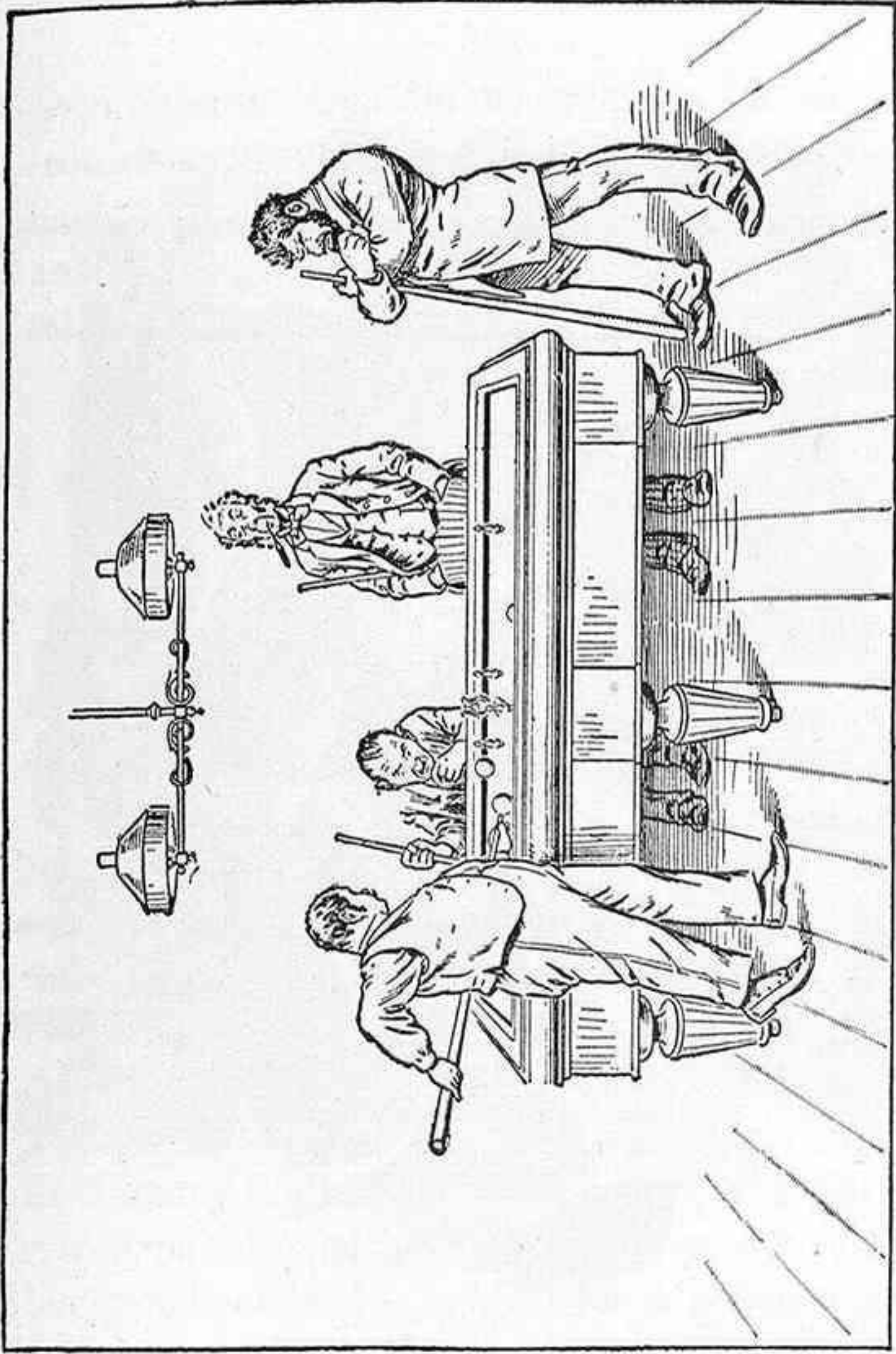
No amores, tormentos son los que nos esperan del bárbaro primer presidente del nuevo siglo.

El verdadero Dios *sobre todo*.

EDUARDO BUSTILLO.



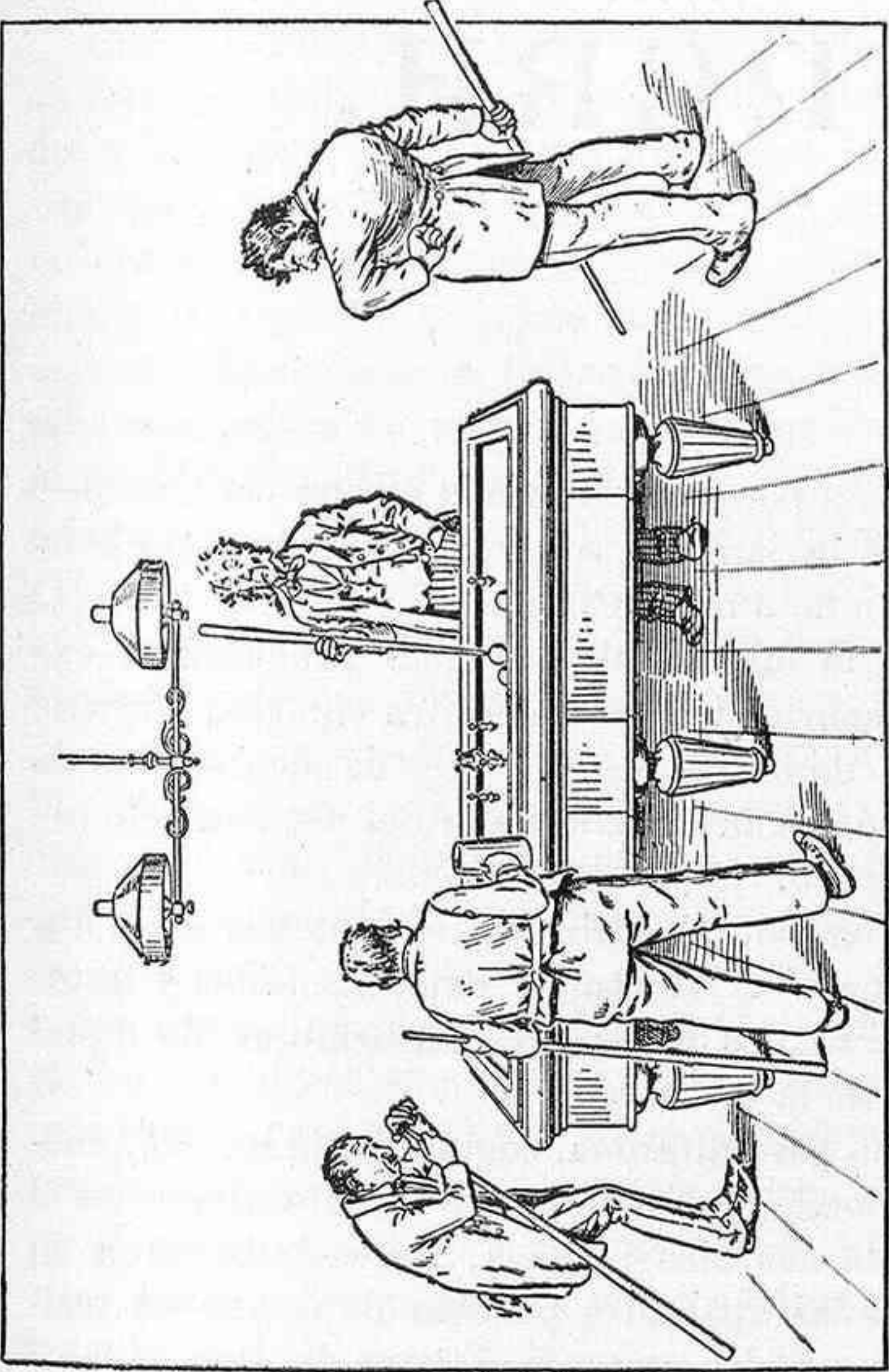
EN LA REJA.
Cuadro de Legua.



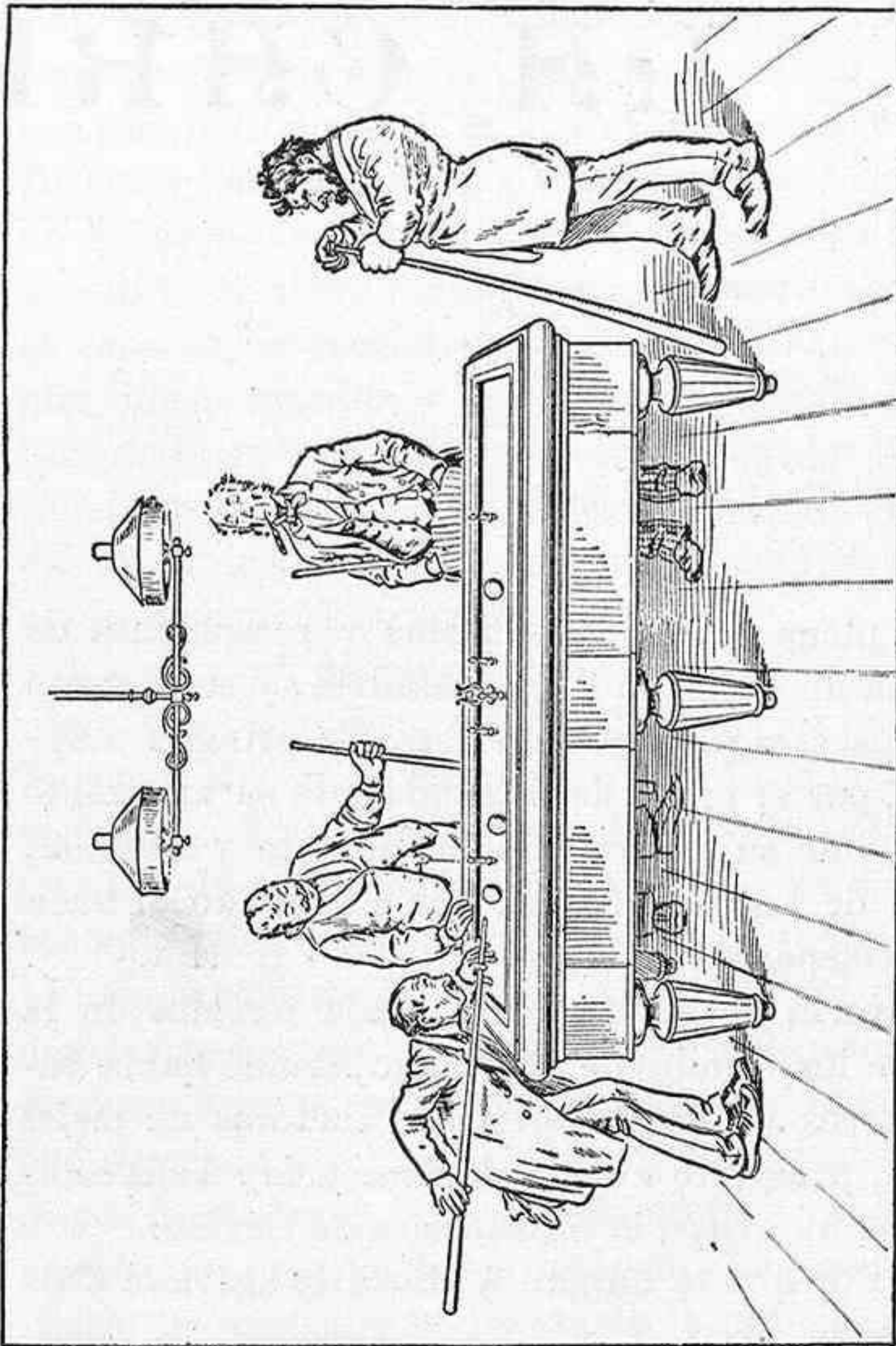
Sanguíneo.



Colérico.



Melancólico.



Flemático.

TIPOS DE JUGADORES DE BILLAR.





LA CARBONERA.

I.

En plena estación de fiestas y recepciones de entrada de invierno llegó á Madrid, y se presentó ante sus amigas como un astro de primera magnitud, por el brillo de su caudal, de su arrogante figura y de su carácter independiente y original, María de Leiva de Añes, con su marido el buen mozo Gaspar de Añes.

Al verla entrar en la animada tertulia de la casa de los Condes de Mendiño, donde había varios corros de implacables desolladoras de pieles ajenas, preguntó «con toda inocencia» á sus compañeras de grupo la Marquesita de Orviso:

—¿Por qué le llaman á María de Leiva *la Carbonera*?

—Pues porque está casada con un carbonero— contestó la jamona, solterona, heredera del banquero judío ó moro Chepetel.

—Y la mujer del carbonero ¿qué será?— exclamó sonriendo la aristocrática cigüeña, larga de cuello, de brazos, de remos, y de pico y de mala intención, sobrina y ahijada del General-Duque de Pedruzo.

—¡Carbonera! ¡carbonera!— contestaron en nutrido coro, en voz baja y entre risotadas y frotones de manos todas las ricashembras de aquel aparte de la tertulia.

María pasó altanera, cogida del brazo del venerable Conde de Mendiño, y fué á sentarse en el corro de sus más íntimas, que se deshicieron en exageradas aparentes pruebas de cariño al recibirla, sin poder contener ninguna de ellas, ni tam-

poco cuantas otras damas había en los salones, la irónica expresión que el instinto de la perversidad hacía afluir á los labios de todas, aunque en ellos quedara apagada y muda, y que se resumía en esta frase: «¡La Carbonera! ¡La Carbonera!»

II.

María, educada por su familia en la opulenta casa solariega de Doroño, completó su cultura y aprendizaje del mundo en Suiza y Bélgica; y cuando á los diecisiete años volvió á su hogar á ser la compañera y guardián de su madre anciana, sin abandonar un solo día sus prácticas artísticas de la educación del colegio, los pinceles, el piano, el cultivo de las flores y el exquisito trato social de cuantas gentes visitaban su casa, se dedicó preferentemente á hacer la vida del campo, á nutrir, fortificar y embellecer su naturaleza física; y corrió á caballo en compañía de su doncella y de los muchachos de la granja, á quienes trataba como compañeros desde niños, las vegas, el bosque, las cumbres de la sierra y las aldeas de todo el contorno.

Mucho le satisfacían esta rústicas expansiones, su fortuna, su bienestar, la compañía de su madre y el respeto y cariño con que todos la trataban; pero María aspiraba á más, sufría aburrida la prosa de tanta felicidad vulgar, y se sentía atomentada por la conquista de un ideal que trocase en poesía aquella rutina insoportable. Pensaba siempre en un novio, sin saber quién sería, ni de dónde vendría; pero allá para sus adentros estaba convencida de que le hacía mucha falta. ¿Y cómo había de ser el novio? Pues, desde luego, todo lo guapo que fuese posible; listo, pero no demasiado listo; con una carrera cualquiera, no precisamente para que ganase de comer, porque ella llevaría de sobra para comer y para cenar; joven, con tres ó cuatro años más que ella, y, sobre todo, que la quisiera mucho, mucho, á ella sola, y que no pensara más que en ella, porque estaba hambrienta de cariño, ¡de muchísimo cariño! Como María no se lo decía esto á nadie, se pasaba tiempo y más tiempo, sin que el tal novio pareciera. Pretendientes tuvo muchos; pero todos eran, ó zafios propietarios rurales rascaboñigas, ó insulsos señoritos *esmirriados*, mezcla de pájaros fritos y de toberos sin coleta ni contrata.

Durante uno de los inviernos pasó la temporada en Madrid con su madre, que la presentó en varias recepciones. Allí apareció el deseado novio: un ingeniero de caminos, de veinticuatro años, alto, rubio, muy bien dibujado; número *uno* de la Escuela, serio, tieso é inflexible como el pilar barroqueño de un puente, y que fingió reblandecerse y derretirse como mantequilla puesta al sol en cuanto se enteró de las cualidades y prendas psíquico-químicas de la muchacha. Ella se enamoró de veras, y él se creyó también enamorado con la pasión más integral é infinitesimal que puede caber en un corazón saturado de cálculos y rayas de todas clases.

En la primavera, cuando los pájaros tejen sus nidos y las flores abren sus corolas, los chicos se casaron.

III.

Á la *Corniche*, á Roma, á los Apeninos y á Nápoles fué la dichosa pareja á pasar la luna de miel. La luna empezó á eclipsarse el primer día del viaje. Cuando llegó el tren á las estaciones de Irún y Hendaya, se apeó el ingeniero y volvió á su departamento, en el cual iba solo con María, con seis periódicos en la mano, tres españoles de Bilbao y San Sebastián, y tres franceses. Encendió un veguero y se puso á leer. Su mujer le miró con asombro, sintiendo que la sangre, acumulada en su cerebro, le encendía el rostro. ¡Estaban en primer día de casados, y el ingeniero prefería la lectura de la prensa callejera á los naturales tiernos coloquios con su esposa! María enmudeció, se mordió los labios, sintió la ira del desprecio en su corazón y cerró los ojos avergonzada.

En Pau, en Montpellier y en Marsella el ingeniero hizo acopio de diarios de París; y en Niza, Mónaco, Menton y Sanremo compró todas las revistas y revistillas de la vida de la costa. El pobre hombre obedecía inconscientemente á una costumbre adquirida durante los años de la juventud: á la monomanía de la lectura, ante la cual todo lo demás que le rodeaba parecía interesarle muy poco. Era uno de esos Quijotes modernos que se embriagan leyendo, no libros de la andante Caballería, que al fin distraen, sino papeles sin cuento, que nos cuentan lo que nada nos importa: lo que hace á diario la gentecilla maleante de la política, de la

literatura desequilibrada, de las infames guerras contemporáneas, de la chulapería teatral, de las faldas perdidas, de los crímenes al pormenor, y, en fin, toda la morralla que vive de la farsa social, de la exageración y del bombo.

En Roma compró un cargamento de obras descriptivas de los monumentos de la capital, y pasó horas y horas en su casa ocupado en leerlas, mientras que María, renegando del arte, de la arqueología, de la historia y de los Césares y Papas, se aburría en el mirador del hotel *Anglo-Americano* viendo pasar los tipos del pueblo por la vía Frattina. Cuando su marido se empapó bien en las descripciones de Roma, quiso ir viendo los monumentos y museos con su compañera; pero María se negó en absoluto á verlos. En Nápoles y Florencia se repitió la función: el hombre vivió devorando libros y periódicos, y la mujer devorándose á sí misma, desesperada. En Suiza visitó él cincuenta fábricas modernas, cien colegios é innumerables granjas y explotaciones rurales y silvestres, y ella apenas se movió de los hoteles de Ginebra, Berna, Lausana y Constanza, adonde fueron á parar.

Cuando el ingeniero, malhumorado, la preguntaba por la causa de aquel retraimiento que se había impuesto, contestaba María:

—¿Me he casado yo á medias con los periódicos y los libros, de los que haces más caso que de mí? ¿Me he casado para que me quieras, ó para que me hables sin cesar de arqueología, de electricidad, de agricultura y de otras lindezas semejantes?

El ingeniero la oía en silencio, la miraba con compasión y decía para sí:

—¡Qué razón tenía aquel santo ú obispo, ó lo que fuera, que aseguró en un concilio que las mujeres no tienen alma racional!

Y por su parte María, pensando en el proceder de su marido, repetía á menudo:

—Este hombre deslumbra por su saber, resplandece como un brillante, encanta por la apariencia; pero á pesar de estar tan admirablemente tallado, no es un brillante en su manera de sentir, sino un pedrusco ó un ejemplar de alcornoque barnizado y pulimentado.

El hastío les repatrió muy pronto en Madrid, donde el ingeniero continuó tragando libros y periódicos sin poderlo remediar, y haciendo proyectos, planos y cálculos que su profesión le imponía y que le daban mucho renombre y bastante

dinero. En su gabinete de trabajo, santasantórum de la casa, pasaba las horas útiles del día rodeado de sus ayudantes; y por la noche, después de dejar á María en el Real ó en alguna recepción, se iba á su Círculo á discutir con otros ingenieros, sabios como él. Su mujer se emancipaba de cuando en cuando de semejante servidumbre, marchándose, sin previo aviso, á su casa de Doroño y volviendo á la corte cuando le parecía bien. El amor no asomó en aquel hogar por ninguna parte. Felizmente, en el hogar no hubo hijos; ningún lazo de verdadero afecto les unió; y, en cambio, cada día subió más y más el nivel de los montones de periódicos y libros que les separaba. Seis años duró aquella peregrinación por el desierto del matrimonio intolerable. El ingeniero fué á Sierra Nevada á hacer el replanteo de una línea férrea, y volvió de la expedición con una bronquitis infecciosa que dió con él en tierra.

María le perdonó, le cuidó amorosamente y le lloró; y no tuvo otra satisfacción en su duelo que la de ver arder en la huerta de la casa cuantos papeles y obras, dibujos y cálculos había amontonado su marido.

IV.

El ideal que en su juventud soñó María había quedado sin realizarse. No encontró, como se ha visto, el novio enamorado. Pero aquel petardo tampoco mató sus ilusiones. Era preciso hallar el hombre que la quisiera, que viviese para ella, que no pensara más que en ella, que la hiciera su ídolo y su reina. Retirada á Doroño, al lado de su madre, con esa preocupación fija en su mente, volvió á hacer su vida de campo, persiguiendo, por entre las hermosas alamedas de los montes bravos, á aquel desconocido novio que había de hacerla feliz. De sus antiguos amigos y compañeros de correrías montaraces, muchachos ya hombres, hijos de las familias dependientes de su casa, quedaban algunos, y entre ellos, el que á guisa de paje la escoltaba en los paseos más intrincados de la sierra, Gaspar, hijo menor de los colonos carboneros de Añes, arrogante mozo de veintiún años, que profesaba á María, desde niño, fraternal afecto en su inocente, sencillo y desinteresado trato. Caminando un día á caballo por los frondosos prados de Arrieta, le preguntó María:

—¿No has salido nunca de estos montes?

—Nunca— contestó el carbonero.

—De modo que no sabrás más que hacer carbón—añadió la viuda.

—¿Y para qué necesito saber más?—repuso el muchacho.

—¿Te agradaría correr y ver otras tierras?—dijo ella.

—¡Ya lo creo! Pero eso es imposible—contestó él.

—No es imposible, porque te llevaría yo—le objetó María sonriendo.

—¡Ah, María! Contigo iría de criado hasta el fin del mundo—exclamó él tomándolo á broma.

—De criado no, sino de amigo, como lo hemos sido desde chicos—repuso ella.

—Bueno, de lo que tú quieras—añadió Gaspar.

—¿Te decides á venir á Francia conmigo y con mi doncella Clara?—le preguntó al fin la viuda.

—Yo siempre he estado decidido á complacerte—contestó el carbonero, sin creer que María hablaba en serio.

—Pues.... andando, Gaspar; antes de un mes estaremos en París—dijo María.

El invierno lo pasaron los muchachos de Dorroño en Andalucía; el verano siguiente en Inglaterra y en Alemania; el invierno en Venecia y Argelia; el otro verano en Biarritz y Bretaña, y el invierno en Barcelona y Génova.

En los últimos días de la primavera siguiente, el cura de Subijana casó en la iglesiuca de Dorroño á María de Leiva, rendidamente enamorada, con Gaspar de Añes, trasformado con tanto trasiego, y gracias á su perspicaz talento natural, en un hermosísimo y amante caballero. Esta vez el ideal se realizó en el corazón de la joven. Cuando la madre de María supo, por confesión de ésta, que se había decidido á casarse con el hijo de sus carboneros, le preguntó asombrada por qué causa pensaba así.

—Madre—contestó María con resolución,— ¡porque Gaspar no sabe leer!

RICARDO BECERRO DE BENGOA.





EL PINTOR ADAM Y SUS MODELOS.
(Por él mismo.)



EL CONFLICTO DE LOS SIGLOS.



LA escena representa un gabinete de trabajo. Es de noche.

Una lámpara mortecina arde en una mesa atestada de libros y papeles. Tupida pantalla verde ataja la poca luz que la lámpara despide, y grandes sombras negras se extienden por todas partes á modo de fantásticas cortinas.

Por entre las sombras se divisan muchos estantes llenos de libros.

Debe ser un sabio, un filósofo ó un erudito el morador de aquella estancia sombría.

Y debe ser, sin duda alguna, el viejo de barba blanca y blanca cabellera, que descansa ó dormita en un amplio sillón de vaqueta.

Entre todas aquellas sombras amontonadas, que unas veces se doblan en anchos pliegues en muros y rincones, y otras veces suben al techo á modo de nubarrones, y aun aquí y allá se arrastran por el suelo como paños fúnebres, que se dejaron caer á la casualidad, sólo hay tres puntos de luz.

La llama rojiza y humosa de la lámpara, que chisporrotea como diciendo con vocecilla de enano, que le falta aceite.

Los cabellos plateados del viejo, que sirven de marco á una cara terrosa, con dos ojillos tan mortecinos como la luz de la lámpara, pero que de cuando en cuando también chisporrotean, como si el alma del anciano se fuera escapando por ellos con trepidaciones y burbujas de luz y fuego, huyendo de aquel cuerpo de barro, que es como la otra lámpara sin aceite.

Y, por fin, como último destello luminoso, la

blanca y redonda esfera de un hermoso reloj de caja negra, en la cual resuena el movimiento cronométrico de la péndola.

Cerca del reloj, y contra la pared, hay un *reloj* americano, del cual no queda sino la última hoja.

El viejo, ó dormita, ó sueña, ó delira, ó acaso agoniza.

Sus ojos están clavados con indecible angustia en la blanca esfera del reloj, y siguen con ansia el movimiento lento de las negras agujas.

Es el último día del año 1900, según dice el almanaque de pared.

Lo que sigue es la relación del sueño ó del delirio postrero del viejo de la blanca cabellera y de la cara terrosa.

Los ojillos miran al reloj. El horario está muy cerca de las doce. El minuterero á las doce se aproxima. La última hoja del almanaque se va desprendiendo por sí sola y está á punto de caer.

Va á terminar el año 1900 y va á dar comienzo el 1901.

Y el pobre viejo piensa—si es que aquellas nieblas, que se revuelven en su cerebro, son pensamientos:

«Pronto se va á resolver el problema. Yo sé que debo morir—porque me lo ha dicho mi ciencia y me lo han demostrado mis cálculos—en el momento preciso en que termine el primer año del siglo xx.

»Si este año 1900 es el último del siglo xix, como yo sostengo, y sostendré siempre ante Dios y ante el rey, y ante todas las academias del mundo, todavía me queda un año de vida; y en un

año de vida puedo hacer mucho y puedo gozar mucho.»

Y al pronunciar estas últimas palabras, sus labios tomaron unas ondulaciones caprichosas, que en otra edad hubieran sido una sonrisa, pero que en aquella cara pálida de difunto eran una mueca.

Una mueca, porque no descubrían dientes blancos y encías rojas, sino un hueco negro y unas encías secas.

Pero, en fin, el pobre viejo se hizo la ilusión de que sonreía.

Y sus ideas siguieron coordinándose en esta forma, y su voz sin resonar, le resonaba de este modo en el fondo del cráneo:

«Pero si esos alemanes, que Dios confunda por la poca consideración que tienen conmigo, estuvieran en lo cierto, y el siglo hubiera terminado al terminar el año 1899, éste que yo llamo 1900 sería el primero del nuevo siglo, y antes de un minuto acabaría mi existencia.»

Y apretó los labios, y con la poca fuerza que le quedaba cerró los puños.

La luz de la lámpara y los ojillos del viejo chisporrotearon más que nunca. La última hoja del almanaque se desprendió casi del todo, y el minuterero entró en el estrecho campo del último minuto.

¡Qué largo y qué corto al mismo tiempo debe de ser el último minuto de la existencia!

¡Qué largo y qué corto le parecía al anciano!

Abrió los ojos todo lo que pudo, extendió los brazos hacia adelante y procuró levantarse del sillón.

Su intención era ir al reloj y sujetar aquel maldito minuterero recto y agudo como puñal, negro como la muerte, impasible como el destino.

Quiso incorporarse, decimos, pero no pudo.

Tenía muy pocas fuerzas, y las pocas que le quedaban se las ligaba la angustia con ligaduras de hielo.

Perlas de sudor se cuajaron en su noble frente. Parecía imposible que rostro tan enjuto tuviera todavía algún jugo.

Pero es que la angustia suprema aprieta mucho y aun hace sudar á los moribundos.

A todo esto el minuterero estaba ya muy cerca de las doce. Que el tiempo diera dos pasitos más, y eran las doce en punto, y se acababa el siglo ó se acaba el año.

El anciano pensó de una manera vaga, que en su larga vida había derrochado muchos minutos: los

había ido arrojando estúpidamente á la nada. Si los hubiera defendido todos con el mismo empeño con que defendía este minuto postrero, es seguro que no hubiera muerto nunca.

¡Pero un minuto vale tan poco cuando quedan muchos años de vida!

¡Cuando queda él solo, vale tanto como toda una eternidad!

Todo esto y otras muchas cosas pensaba el pobre viejo, porque en un minuto se puede pensar muchísimo.

En un minuto cabe un mundo de ideas. Lo que hay es, que por lo regular se le deja ir de vacío.

¡Cuántos y cuántos minutos habían pasado en la existencia de aquel hombre como trenes microscópicos, que corren y pasan sin viajeros!

Tuvo un momento de angustia suprema y de suprema desesperación.

Parecía que todos aquellos minutos negros y pequeñuelos flotaban á su alrededor y le acosaban como enjambre molesto de moscas y moscones.

Pero llegó el momento decisivo. El minuterero y el horario estaban sobre las doce. El ruido característico que precede á una campanada, algo así como el rechinar de una máquina que se prepara, pudo oírse en la caja del reloj.

Iban á dar las doce: iba á sonar la sentencia de vida ó muerte para el pobre viejo, y se quedó inmóvil y hasta creyó que su corazón cesaba de latir.

La mortecina lámpara se apagó; la última hoja del calendario se desprendió por completo. La habitación quedó á oscuras. Pero la primera campanada de las doce se detuvo en su primera vibración, y la caja del reloj, ensanchándose como negro pórtico, se abrió de par en par, iluminándose su fondo con un resplandor muy tenue y muy pálido.

Y sueño, delirio ó lo que fuese, el viejo presenció ó creyó presenciar, ó en este mundo ó en el otro, si es que había muerto, la siguiente curiosísima escena.

En el hueco del portalón, que había sustituido á la caja del reloj, se dibujaron tres personajes. Dos de ellos, mozos, gallardos y briosos, y tan parecido uno á otro que pudiera creerse que eran uno mismo.

El tercero, viejo, decrepito, ó cadáver galvanizado ó moribundo que lucha con la agonía.

Uno de los mozos le dijo al otro:

—¿Quién eres y á qué vienes?

Y el otro contestó:

—Soy el siglo xx, que vengo á tomar posesión de mis estados. El siglo xix acaba de expirar, y voy á tomar su puesto.

Y el primero que había hablado le contestó:

—Eres un gran farsante y un gran falsario, y pretendes cometer un delito que tiene su nombre en el código de los humanos, delito que se llama usurpación de estado civil. El legítimo siglo xx soy yo, que estoy en posesión de lo mío desde hace un año; porque este vejestorio que ves aquí es un cadáver. En el siglo se llamó siglo xix y murió al acabar el año 1899. Conque vuélvete á las profundidades de la eternidad, ó quéjate á Poncio Pilato, ó haz lo que quieras.

—Resolved pronto—murmuró con voz apagada el vejestorio, apoyándose contra un ángulo del portalón—porque yo no sé si estoy vivo ó estoy muerto, aunque me figuro que de todas maneras muerto estoy.

El viejo del sillón también tomó parte en el diálogo, diciendo:

—Resolved pronto, porque yo sí que no sé si estoy vivo ó estoy muerto.

Y la esfera del reloj, doblándose hacia abajo como cabeza que se inclina, gritó con chirridos de engranaje:

—Resolved pronto, porque tengo que dar mis doce campanadas, y los doce sonos se me atragantan.

La disputa siguió un rato, porque los dos mancebos eran, por lo visto, de mal carácter y venían al mundo con espíritu batallador.

Y al fin vinieron á las manos, que era como si el siglo xx luchase consigo mismo; y de tal modo se apretaron uno contra otro, que uno en otro fué penetrando, el rostro á través del rostro, el pecho hundiéndose en el pecho, fundiéndose y mezclándose brazos con brazos y piernas con piernas, como

dos nubes que se mezclan y confunden sus vapores.

El resultado fué que los dos mancebos se fundieron en uno, que gritó orgulloso:

—Soy el siglo xx; ya veréis lo que soy.

El vejestorio centenario se desplomó, y esta vez sí que estaba muerto de veras.

Se cerró el portalón y empezaron á dar las doce.

El viejo del sillón volvió en sí: se sintió con vida, con nueva vida; vida para un año—pensó él.

Una alegría inmensa inundó su sér caduco. Vida para un año: trescientos sesenta y cinco días. ¡Cuántos minutos! ¡Cuántos segundos! Se creyó joven; se imaginó que acababa de nacer. En aquel año de vida ¡cuántas cosas grandes podría realizar! ¡Cuántos proyectos pendientes llevaría á cabo! Tener un año más de vida, era casi como ser inmortal. Sangre rejuvenecida empezó á circular por sus venas. Estaba entre sombras, pero todo lo veía luminoso, y hasta sintió que una sonrisa se dibujaba en sus labios.

—A vivir, á vivir—murmuraba;—y por el pronto, para reponerme de estas fatigas, á dormir unas cuantas horas.

Y se recostó cómodamente en el sillón y se quedó dormido.

Se regocijaba con la vida, y empezaba por acercarse al sueño, que es la imagen de la muerte.

El que empieza á vivir, demuestra su gratitud á la vida con el sueño.

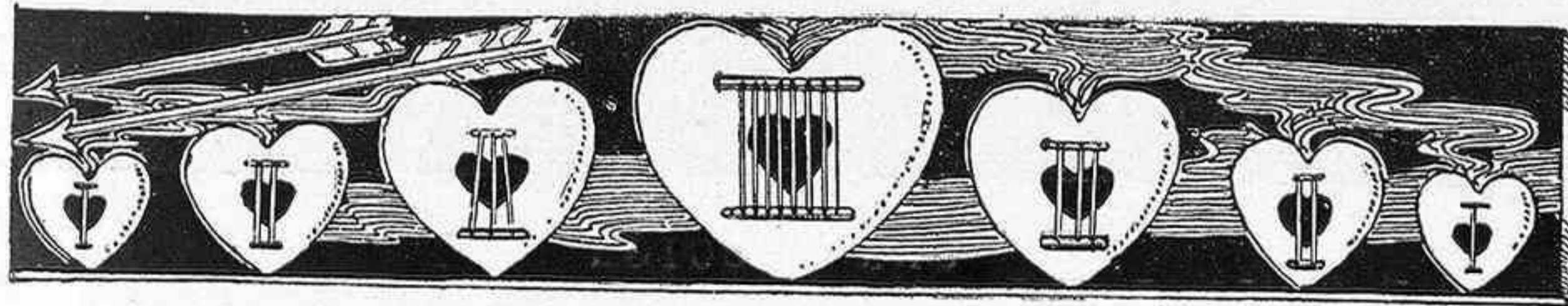
El que anhela la luz, lo primero que hace es cerrar los ojos.

¡Extrañas inconsecuencias del sér humano! Le espanta la muerte, y se acurruca en ella en cuanto le conceden un año de vida.

Hasta el año que viene, pobre viejo; veremos lo que haces en este año de prórroga. No duermas mucho, que vas á perder muchos minutos.

Ahora, duerme y descansa. Mañana, despierta, y hasta que acabe el año 1901.

JOSÉ ECHEGARAY.





UNA LECCIÓN
Cuadro de Linderum.



UN SALVAMENTO EN ALTA MAR.

Cuadro de Morton.

EL ARADO.

PENSAMIENTO DE UNA NARRACIÓN EN PROSA DE J. D'ESPARBÉS.

Aquel príncipe henchido de alegría,
De seductor semblante,
Que, en su ardorosa juventud, veía
Bajo el ala de plata
De cada cisne, el seno palpitante
De una Leda de boca de escarlata
Y rubia cabellera deslumbrante;
Aquel Enrique IV, aventurero
De corazón benigno y de alma fuerte
Como áncora de acero;
El retador sublime de la muerte
Que, en memorable lid, ronco decía
A sus huestes guerreras:
«Si perdéis las insignias y banderas,
Mi albo plumero os servirá de guía»;
El montañés, intrépido soldado,
Que á veces recostado
En la cureña de un cañón dormía;
El adalid sin par, aún revestido
De la cota de malla,
Junto á París al héroe, sometido,
Se corona en el campo de batalla.
Entre tantos gentiles luchadores
Destacábase hermoso, en plena gloria,
Aquel monarca que inflamó de amores
Á la severa musa de la Historia.
Prendada del arrojo y gallardía
De Béarnés, señor entre señores,
La capital sus brazos ya le abría.
Pronto en ella entraría
Con la palabra de «perdón», al frente
De su diezmado ejército valiente.
Era la madrugada.
En las tiendas del vasto campamento
La marcial juventud, alborozada,
Risas y alegres cantos daba al viento
Para esos mozos la solemne entrada
En París era sueño de delicias:
El final de la guerra,

La vuelta al patrio hogar y á las caricias
De los padres ancianos,
Y al pródigo cultivo de la tierra.
No así para los rudes veteranos
Que corazón y brazo á Enrique dieron
Y con él realizaron cien hazañas,
Y glorias é infortunios compartieron.
El sol de las campañas
Era su encanto, su ilusión, su vida.
Ahora la paz nublábales la frente,
Y llanto silencioso, llanto ardiente,
Se deslizaba por su faz curtida.
«¿Por qué llora mi noble gente brava?—
Dijo el Rey.—¿Por qué olvida su entereza?»
¡Fieles amigos, si la guerra acaba,
Un venturoso porvenir empieza!
¡Forme toda mi hueste vencedora
Frente á París!»

La sonrosada aurora
Abrió sus ojos llenos de fulgores,
Y, risueña la faz, húmedas flores
Enlazaba á su trenza brilladora.
Sobre el árido suelo
Del campo de batalla, abandonado,
Vió el Monarca un arado
Que en parásita hierba se envolvía,
Y sus brazos al cielo
Como en són de amenaza dirigía.
Ante imagen tan clara
De los estragos, ruinas y dolores
Que la guerra engendrara,
El Rey palideció. Mas prontamente
Volvieron á su rostro los colores.
Pensamiento feliz dora su mente.
Empuja hacia el arado los tambores,
Que batan una música gloriosa,
Himno de amor y paz que al cielo sube,
Mientras el sol, rasgando opaca nube,
Ostenta su gran llama victoriosa.

«¡Soldados!—gritó el Rey.—Mi voz ardiente
 Que uni6se veces mil al estampido
 Del arcabuz, hoy plácida se mezcla
 Al jubiloso canto de la alondra.
 Soldados, que en el fuego del combate
 Endurecisteis, para lauro eterno,
 Vuestro innato valor, tal como el bronce
 Forma, al fundirlo, adquiere entre las llamas:
 Sabed cómo he de honrar el trono excelso
 Que conquistasteis para mí. Por siempre
 Acabaron las épicas batallas.
 Bastante sangre de héroes ha corrido.
 Con el sangriento abono nuestros campos
 Deben ya florecer. Franceses quiero
 Valerosos que siembren y edifiquen:
 Basta ya de soldados que destruyen.
 Vuestro siempre será, nobles amigos,
 Mi tierno corazón. En vez de espadas,
 Fecundos campos os daré, y en ellos
 Alcanzaréis la verdadera gloria:
 Campos hoy yermos, que en dichoso día
 Han de lucir, merced á vuestros brazos,
 Pomposas viñas de esmeralda, olivos
 Agobiados de fruto, y mieses de oro.
 ¡Pasad, pasad, soldados labradores!
 ¡Á sembrar! ¡Á coger! ¿Queréis más luchas?
 ¡Pues empeñad combates con la tierra!
 ¡Á trabajar, soldados invencibles,
 Por la dicha de Francia! Yo ambiciono
 Una nación feliz y laboriosa,
 Que ostente en su mejilla los claveles
 De la salud y el sol de la alegría.
 (Roja la noble faz, ígneos los ojos,
 El monarca avanzó.) ¡Fieles soldados,
 Futuros labradores, las espadas,
 Las picas, estandartes y arcabuces,
 Pronto al suelo inclinad.

¡Rasguen los aires
 Tambores y clarines! Veneremos,
 Nobles amigos, al humilde arado,
 Y contemplad en él la imagen viva
 De mi nuevo pacífico reinado.»

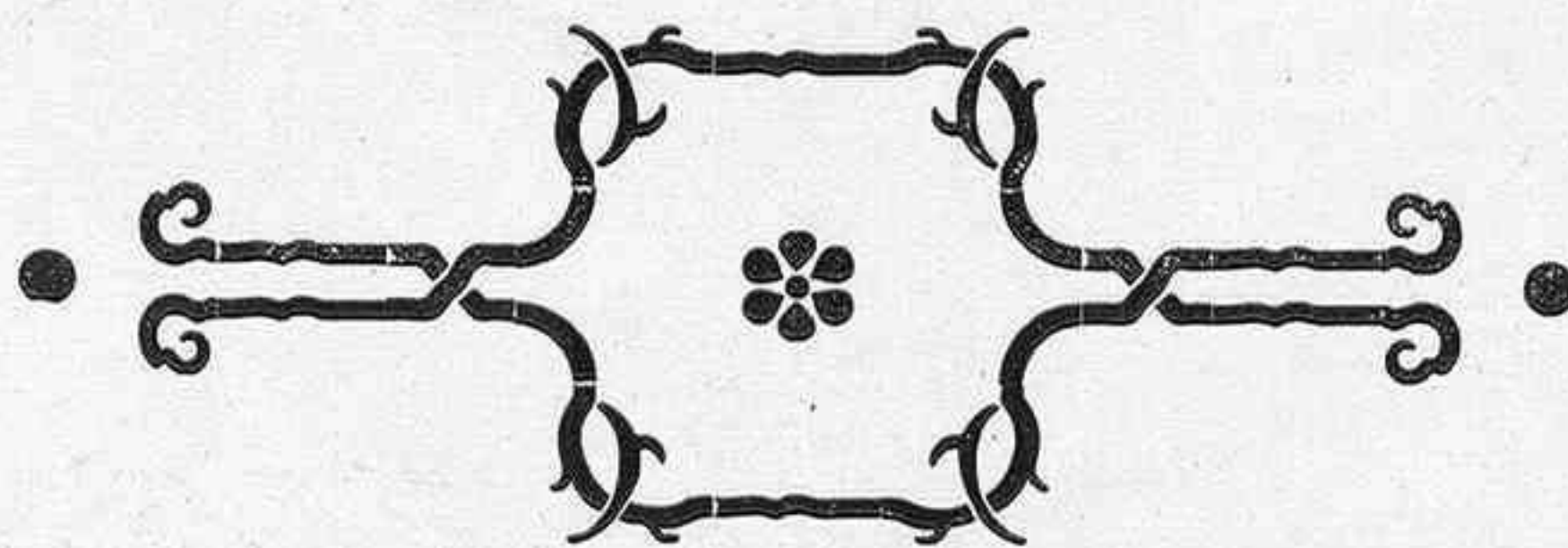
Las picas inclináronse á la tierra,
 Y «¡á París!»—gritó el Rey.—La frente altiva

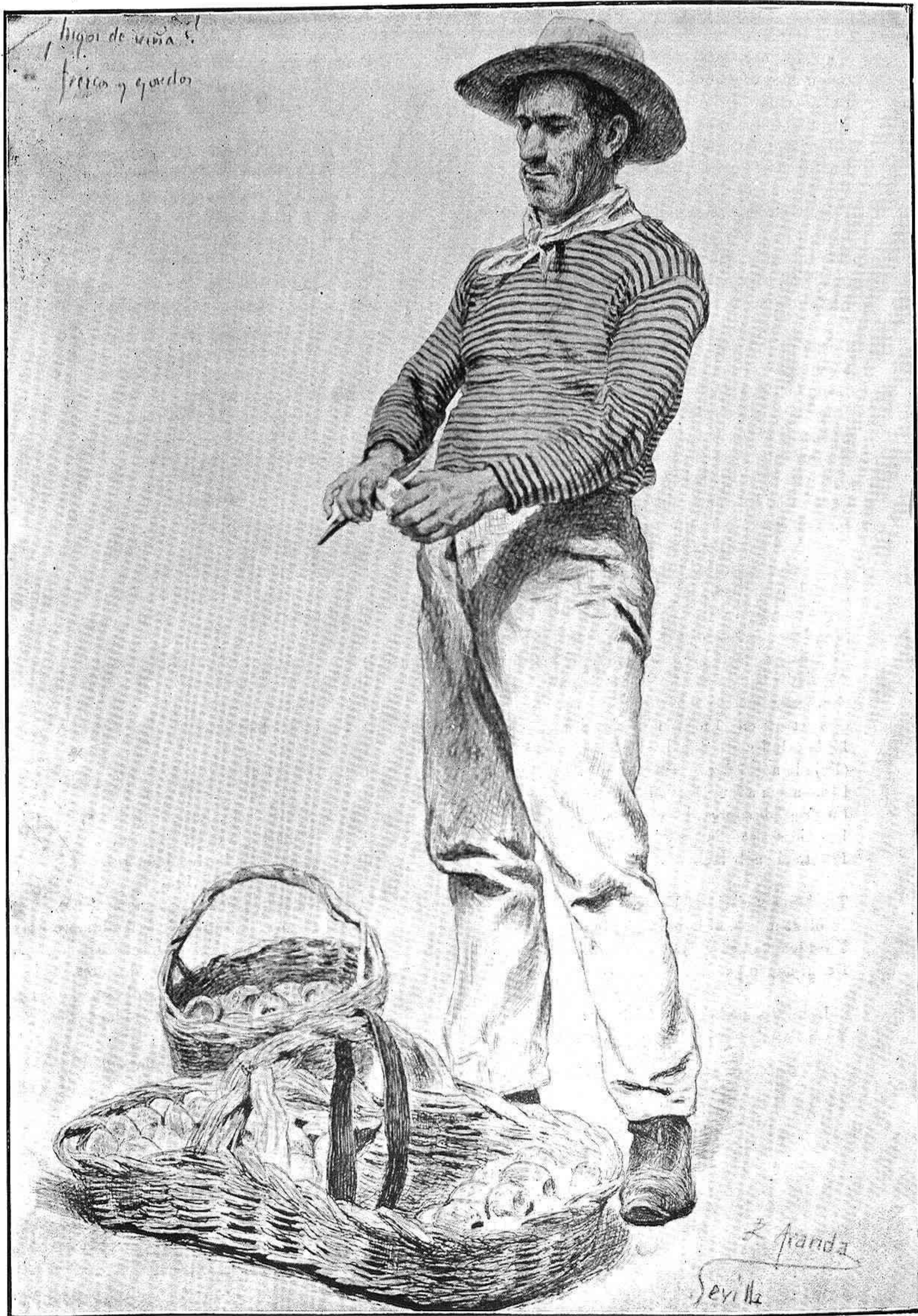
Descubierta, y airoso el continente,
 Ante el arado, en su corcel de guerra,
 Baja la espada Enrique, reverente.
 Vivas atronadores
 Se mezclan á la voz de los clarines
 Y al fuerte redoblar de los tambores.
 Y desfilan los bravos paladines,
 Llenos de bizarría,
 En sus bridones de flotantes crines;
 La fogosa y veloz caballería
 Con la joven nobleza
 Que, ufana, viste rotas vestiduras
 Y ciñe de áureo yelmo su cabeza;
 Una selva de picas y lanzones;
 Un torrente de cascos y armaduras;
 Guardias, arcabuceros y dragones.

Al pasar, saludaban los aceros
 De los invictos jefes al arado,
 Ya de vistosas bandas adornado;
 Y con ritmos guerreros
 Mandaban los clarines y tambores
 Sus adioses postreros
 Á los combates y épicos furores.
 Pobre como su rey, la infantería
 Llega después: la de gregüescos rojos
 Hueste gascona de alta nombradía,
 Sereno el corazón, francos los ojos.
 Y ante el arado inclinanse ligeras
 Las alabardas fieras,
 Las lanzas poderosas,
 Y por fin las banderas,
 Cuanto más desgarradas más hermosas.
 Callaron los clarines y tambores.
 Luego, el Monarca, al frente
 De sus bravos soldados triunfadores,
 Entra en París, la capital riente,
 Bañada en matinales resplandores.

Inmensa muchedumbre
 Aclama al Rey con entusiasmo ardiente.
 El sol corona á Enrique de áurea lumbre.
 Un coro de hermosísimas doncellas
 Lanza al conquistador ramos de flores.
 Desciñe el Rey su banda de colores,
 Le da un beso y la arroja entre las bellas.

MANUEL REINA.





¡HIGOS DE VIÑA, FRESCOS Y GORDOS!

Por Jiménez Aranda.

Propiedad de Manuel Reina.



OTROS AMANTES DE TERUEL.

I.

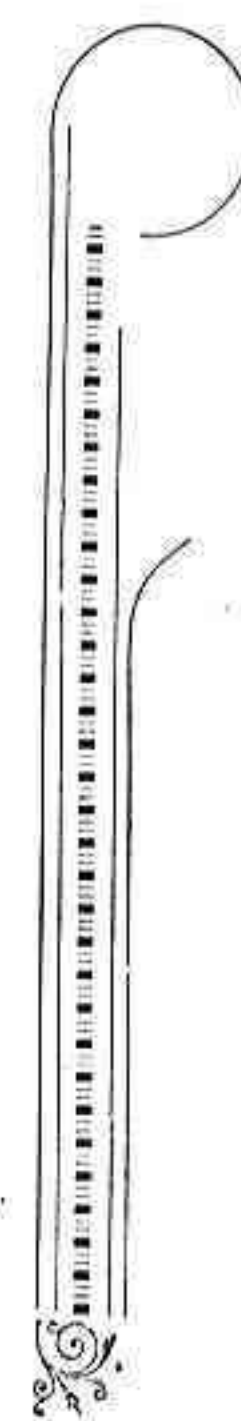
FUEGO.

Pilar y Jaime contemplaban las momias de los que fueron amantes de Teruel, figuras de pergamino arrugadas por el calor que llevaron dentro. Piel enjuta y huesos frágiles: eso queda de aquellas vidas exuberantes, muertas por la apoplejía de la pasión. En ellas habitaron dos de esas almas vibrantes que la Naturaleza destina al martirio del amor sin fortuna y sin desmayo.

Bajo esa piel pegada al hueso golpeó vigorosamente la sangre encendida en deseos nunca logrados.

En aquellas órbitas secas relampaguearon como en cielos nubosos las tempestades del amor combatido.

Por esas bocas, ahora hundidas, salieron las palabras de esperanza ó los gritos de desesperación. Esas manos, hoy aguzadas é inmóviles, se enlazaron muchas veces, prome-



tiéndose con fe suprema el enlace perpetuo que comienza en el altar y nunca acaba, si no es en el ataúd.

¡Cuántos pensamientos en las cabezas, cuánto fuego en los corazones, cuántos estremecimientos en la carne, cuánta vehemencia en las almas de aquellos seres, merecedores de envidia por lo mucho que gozaron con sus esperanzas, y merecedores de lástima por lo mucho que padecieron con sus realidades!

Pilar y Jaime los contemplaban con unción de devotos que adoran el cuerpo de un santo; que santos del amor fueron los famosos amantes.

— Como Isabel y Diego nos queremos nosotros— decía Jaime.

— Como ellos nos amaremos siempre— contestaba en voz baja Pilar.

— Sí, siempre, siempre, á pesar de las contradicciones y del tiempo.

— Aprende lo que es amar, y jura amarme así.

— Aprende lo que es sufrir, y jura sufrir como éstos sufrieron.

— Aprendamos á esperar, que los que esperan se juntan al cabo como éstos.

Los dos enamorados presentes se querían tanto como pudieron quererse los dos amantes históricos. Y si por ello eran también dignos de envidia, eran asimismo dignos de lástima, porque su amor llevaba la maldición de los amores contrariados.

Aquel día se hablaban por extraordinaria ca-

sualidad. Habían llegado á Teruel unos amigos de ambas familias, y fué preciso enseñarles, como á todo forastero, los monumentos y memorias de la ciudad. Los mozos aprovechaban esta y otras raras ocasiones que les daban sus respectivos padres, opuestos á sus relaciones por desigualdad de

riqueza, el siniestro cuchillo que más corta y divide á los hombres, el cuchillo de oro.

Los padres de Pilar eran ricos, y por serlo se oponían á la inclinación de su hija.

Los padres de Jaime eran poco menos que pobres, y también por serlo contrariaban la pasión de su hijo, para que nadie creyera que les impulsaba la codicia de una boda ventajosa. Pero Pilar y Jaime no pensaban en esos pormenores: ni él se acordaba del dinero de ella, ni ella de la mediocidad de él. Se amaban porque se amaban; sin cuenta ni razón: se

contaban por poderosos el día que se veían, y el que no, por pobres más desgraciados que el mendigo de la esquina.

Pasaban las penas del purgatorio para verse al descuido de la vigilancia paterna. Jaime, siempre de centinela frente á la casa de Pilar, atisbando sin cesar, mirando á los balcones y á la puerta, para recibir una mirada furtiva ó seguir desde lejos á su amada cuando salía del encierro. Pilar, velando toda la noche para escribir ó leer cartas amorosas las pocas veces que llegaban á su destino. ¡Qué promesas, qué juramentos, qué sueños



escritos en aquella correspondencia! Vivir juntos en un rinconcito del mundo para que nada les estorbara; verse á todas horas; quemar en una hoguera de pasión sus dos juventudes; morir en un mismo lecho y enterrarse en una misma sepultura para no apartarse ni en la vida ni en la muerte.

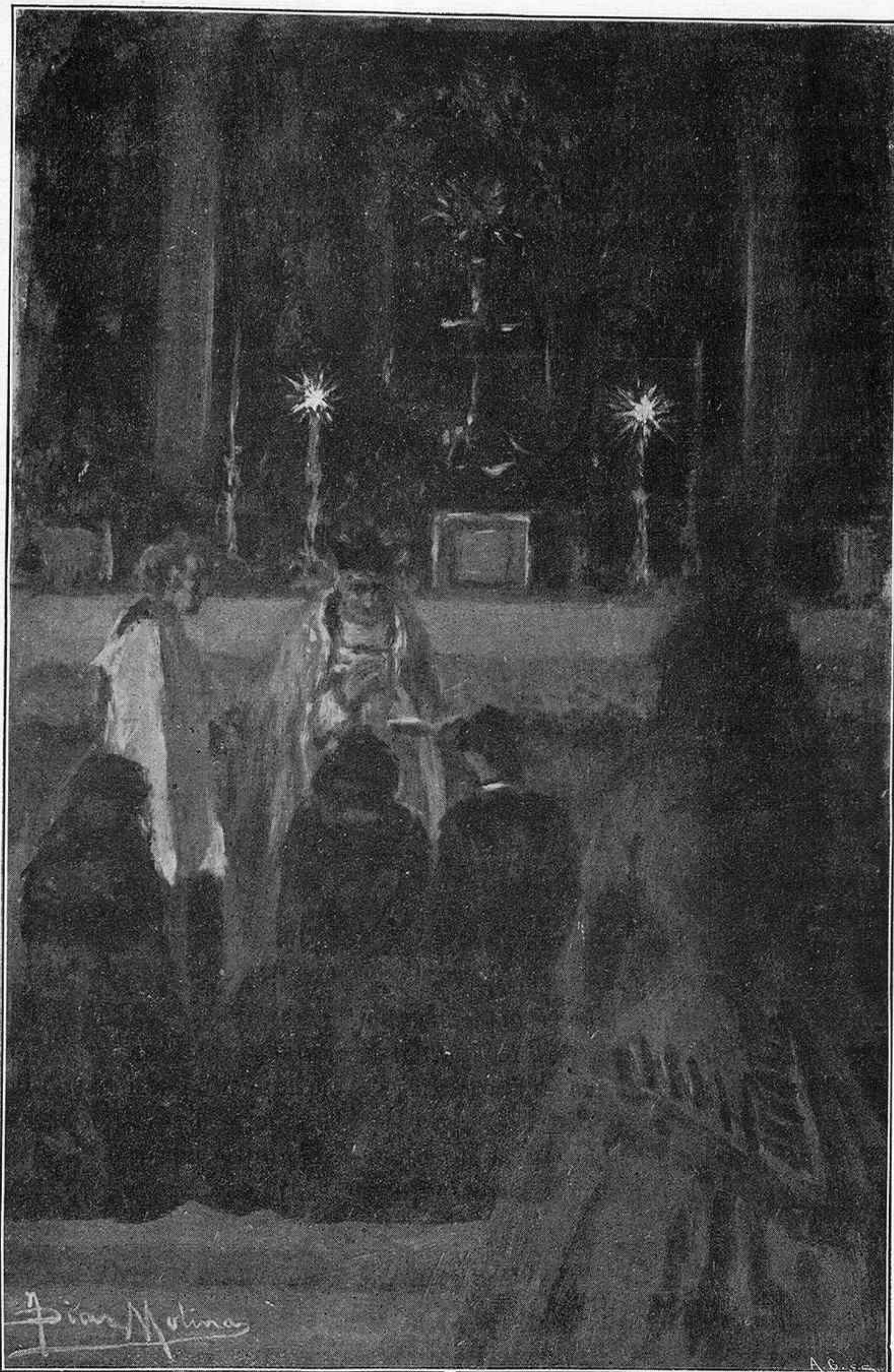
.....
Jaime tuvo que ausentarse de Teruel. Fué á Zaragoza á estudiar para hacerse hombre: así Diego Marsilla se fué á tierra de infieles para hacer fortuna y volver por el corazón que dejaba empeñado.

Pero ¿cómo no intentar antes algo heroico para la salvación de aquellas almas condenadas á perpetua desesperación? No vacilaron, pues, ni él en exponerse á ir á presidio, ni ella en arrojar su honor á la calle. La

vigilancia, siempre la vigilancia, frustró la fuga concertada, y los tristes amantes hubieron de remediarse con sendas cartas en que ardientemente, bajo palabra aragonesa, y poniendo por testigos á Dios y á la santa patrona del Pilar, se juraban pertenecerse mutuamente contra todo obstáculo material ó moral, pronto ó tarde, en la juventud

ó en la madurez, y aun en la misma ancianidad, dándose por bien pagados de sus angustias con vivir juntos el último año de su vida.

¿Un año? ¡qué un año! Un mes, un día de libertad, un abrazo, un beso, y viniera después la muerte! Así se decían y así lo hubieran cumplido entonces.



II.

RESCOLDO.

Ocho años de ausencia con incomunicación, el consejo ó la presión incesante de los padres y parientes; el estímulo diario de galanteos halagadores; las mortificaciones de la vanidad femenina cuando ve caer las mejores flores de su vida, y pasar por delante las bodas de las amigas, son potencias sobradas para quebrar la terquedad más fuerte, aunque la sostenga una verdadera y profunda pasión.

Pilar casó con quien sus padres quisieron. Fuera de su Jaime, que era un Dios, los demás eran hombres, todos iguales; más ó menos altos, más ó menos rubios, pero del rebaño común. No se rindió al amor; se rindió á demandas de la opinión ajena, quizá á demandas de la naturaleza. No cambió de voluntad; cambió de domicilio y de compañero de vida.

Aparte de esto, su amor primero seguía siendo el último. Sin hacer nada por olvidarlo, lo conservaba en altar recóndito, con fuego siempre vivo; como mártir en la profundidad de las catacumbas.

Jaime permaneció soltero: no tenía que obedecer á exigencias de ninguna clase, y pudo conservar su culto interno y externo.

Aquellas dos existencias convergentes habían de encontrarse alguna vez. El encuentro sería vio-

lentísimo, como el de dos planetas distantes llamados por atracción irresistible.

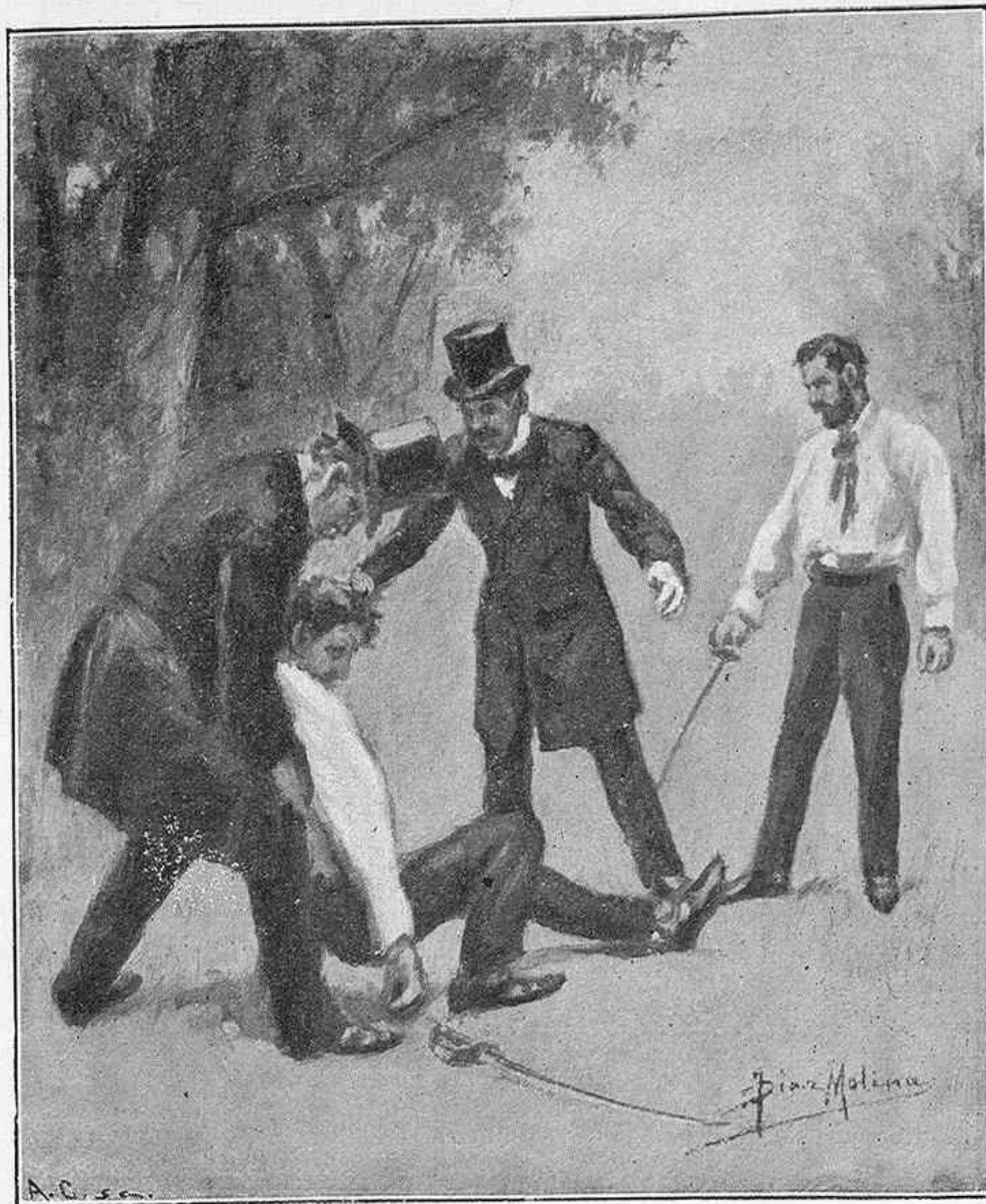
Eran ya corridos bastantes años: toda la juventud. Los cabellos de Jaime empezaban á encanecer: el cuerpo de Pilar á deformarse con la gordura de la madurez. Jaime regresaba á su pueblo después de no interrumpida ausencia.

No puede decirse ahora aquello de que se vieron y se amaron. Se vieron y siguieron amándose, como si se hubieran visto el día anterior. Las al-

mas no se habían separado ni un instante; sólo había faltado el contacto de los ojos y de las manos. Ni Jaime acusó, ni Pilar se disculpó. Se recitaron sus cartas y sus juramentos últimos, no para recordarlos, porque los sabían de memoria, sino para cumplirlos en cuanto pudieran, y no en el acto, porque la entrevista era pública. ¿Pilar estaba casada? ¡Y qué! Para ellos no había respetos humanos, ni leyes divinas superiores á la ley natural de su pasión.

Pero ¡ay! a í como antes vigilaba un padre,

después vigilaba un marido. La infidelidad fué descubierta antes de consumada. La aventura costó á Jaime un duelo en el cual quedó mal herido, y á Pilar un destierro á país remoto; porque el marido agraviado levantó su casa de Teruel, huyendo del escándalo que allí le avergonzaba. Y otra vez los tenaces enamorados comprometieron vida, reputación y tranquilidad, por la siempre perseguida y jamás alcanzada dicha del amor.





III.

CENIZA.

Continuó andando lo que nunca se detiene ni se cansa, el tiempo. Y continuó viviendo lo que nunca se sacia si se le alimenta, y pronto se harta si se le adieta, el amor.

Viejos, encorvados y rendidos de tanto correr mundo por trayectorias separadas, Pilar y Jaime recayeron en Teruel, centro de sus voluntades y sus memorias, como el remolino de agua después de dar vueltas cae en el vórtice que lo sorbe y chupa. El soltero; ella viuda. Había acabado el obstáculo marital, como años antes había acabado el obstáculo paternal. No se les oponía la dificultad de la pobreza: eran ya igualmente ricos, lo bastante para costear la independencia; ni aun tenían el estorbo de los hijos de quienes ocultarse. Solos, libres, amos de la existencia, señores de la casa, dueños de las horas. Podían amarse á sus anchas, mirarse á su sabor, abrazarse á su antojo, ante Dios ó ante ellos mismos, casarse ó amancebarse.

Pero no llegaron ni al sacramento ni al delito. Al verse sintieron una emoción tranquila, dulce, como la del cuerpo que se baña en agua tibia: ni el calor de los que se aman, ni tampoco la frialdad de los conocidos que se reconocen al cabo de los años. Habláronse de lo pasado casi con vergüenza: los amoríos de la vejez tienen un pudor semejante al de los amores primerizos. En cuanto á lo físico, no se hallaron muy diferentes ni mudados, á pesar de la opinión de los que eran sus contemporáneos. Y es que no se veían tales como eran, sino tales como habían sido y quisieran ser. El retratista que más favorece los rostros, el amor, hacía su obra de restauración, y entre el retrato antiguo y el presente quedaba sobrepuesto el antiguo. Vivían muy unidos: comían frecuentemente en la misma mesa; pasaban juntos los días y las veladas; hablaban de sus negocios, de sus amigos, de lo pasado, de lo por venir.....; de lo presente, poco y con indiferencia. Gozaban en leer aquellas cartas inflamadas, como goza un bibliófilo con un códice vetusto.

Un día en que los recuerdos se avivaron y la confianza desató un poco las lenguas, se acusaron por no cumplir ahora que podían los juramentos

escritos. Sabíales aquello á traición mutua con que habían estado engañándose toda la vida.

Una tarde, en presencia de las momias de Isabel y Marsilla, aprendieron el porqué de aquella infidelidad senil, de la misma suerte que cuarenta y cinco años antes aprendieron la constancia.

El lugar estaba solitario y oscuro: sombra y soledad, cómplices del amor.

—¿Ves?— se decían los amantes modernos señalando á los históricos.—¿Ves? ésos se amaron más que nosotros. Vivieron soñándose, esperándose, prometiéndose. Murieron de ese dolor que es una ironía punzante: el dolor de amar mucho. Dieran todas las horas de su vida por una hora de ocasión. Y ahí se están. Solos, á obscuras, encerra-

dos, durmiendo juntos siglos y siglos; y casi se vuelven las espaldas: ni se tocan, ni se hablan, ni se miran. ¡Qué desengaño para ambos! ¡Se dirá que están muertos, que son momias! Pues eso somos nosotros: momias de espíritu.

Efectivamente, aquello no era traición ú olvido de Jaime y Pilar: la traición era de los años. Cuando sus cuerpos estuvieron separados, sus almas estuvieron juntas: ahora estaban juntos sus cuerpos, y sus almas separadas por un velo de nieve. Es necio prometerse amor para toda la vida: no son válidos esos esponsales con el tiempo, que no se casa con nadie. La vida del amor es mucho más corta que la del hombre.

EUGENIO SELLÉS.



RECOLECCIÓN DE PATATAS.

Cuadro de Souza Pinto

ATAJA LA CALLE.

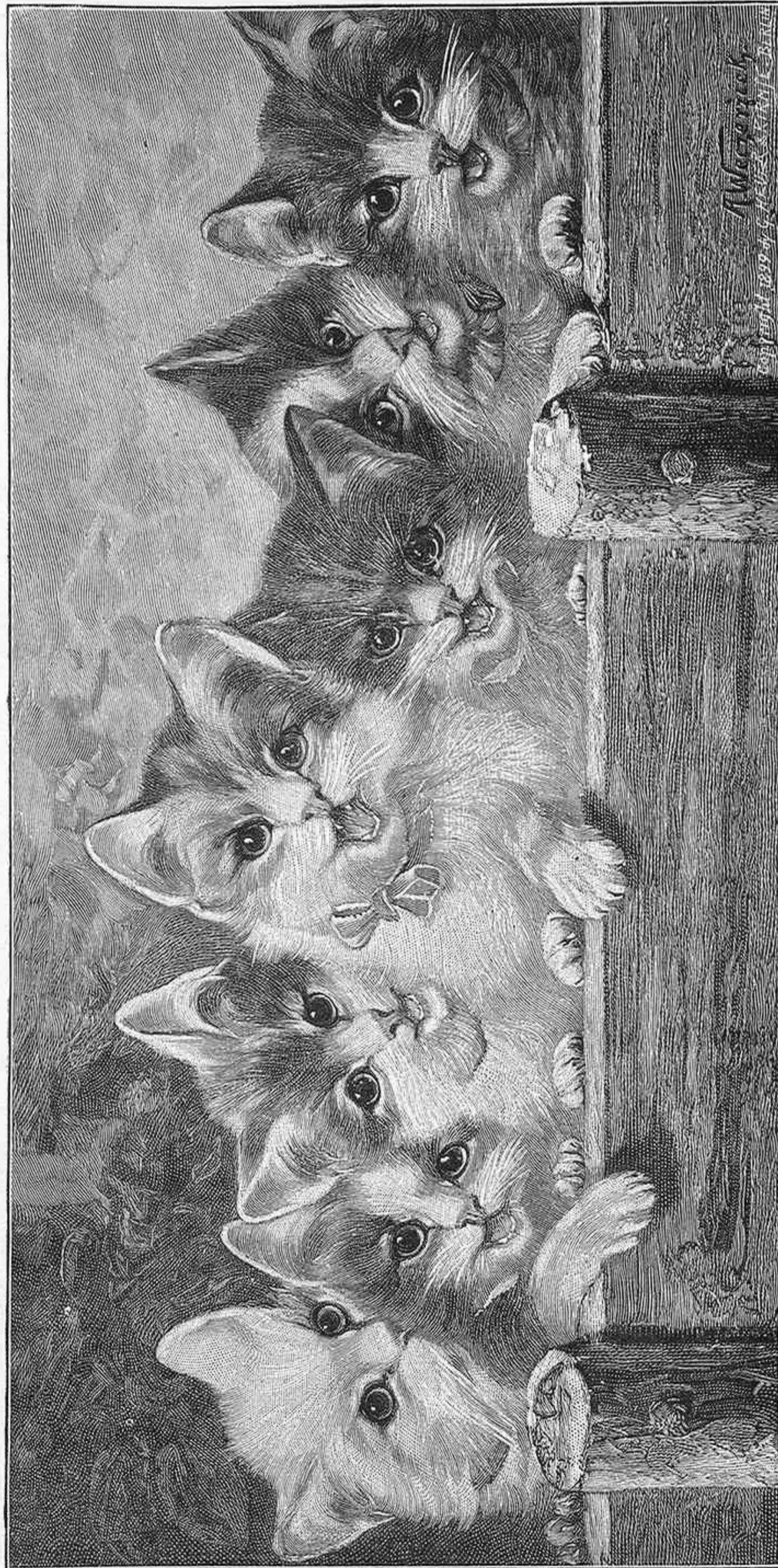
¡Atrás! Que no pasa nadie.
¿Quién lo impide? Mi persona.
¿Con qué? Con esta navaja.
¿Por qué? Porque se me antoja.
¿Que va á dar parte? Me alegro.
¿Que traerá guardias? ¡Qué importa!
Me como al gobernador,
Al alcalde y á la tropa,
A la ronda de consumos
Y al clero de la parroquia.
En esta calle no hay tránsito,
Ni se vende, ni se compra;
Si hay muertos, no pasan cajas,
Si hay fuego, no pasan bombás.
No reconozco al gobierno,
Ni á la prensa, ni á las monjas,
Ni al Banco, ni á la grandeza,
Ni á Paraíso ni á Costa.
Aquí yo mando y ordeno
Y hago lo que me acomoda,
Y soy el rey de esta esquina,
Y el farol es mi corona.
¿Que quieren cruzar? No hay cruce.
¿Que va con una señora?
Quédese atrás el marido
Y pase la buena moza.
¿Qué cruzarán? Lo veremos.
¿Que quiere reñir? A la obra.
¿Que quién soy? Un hombre honrado
Que se ha bebido unas copas.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

¡VENGANZA!

Europa presenció nuestro despojo
Con la calma brutal del bandolero,
Y por eso ha alcanzado al mundo entero
La desdicha del trapo gualdo y rojo.
Llegó hasta las alturas el enojo
Que produce, al triunfar, el desafuero,
Y al mundo aplica el hado justiciero
La pena del talión: ¡Ojo por ojo!
Desde entonces la espada vengadora
De sangre empapa la maldita tierra,
Y en vano pide el criminal ahora
Librarse del azote de la guerra.....
Porque el rencor del cielo no aminora;
¡Porque el templo de Jano no se cierra!

SINESIO DELGADO.



UNA FAMILIA FELIZ.

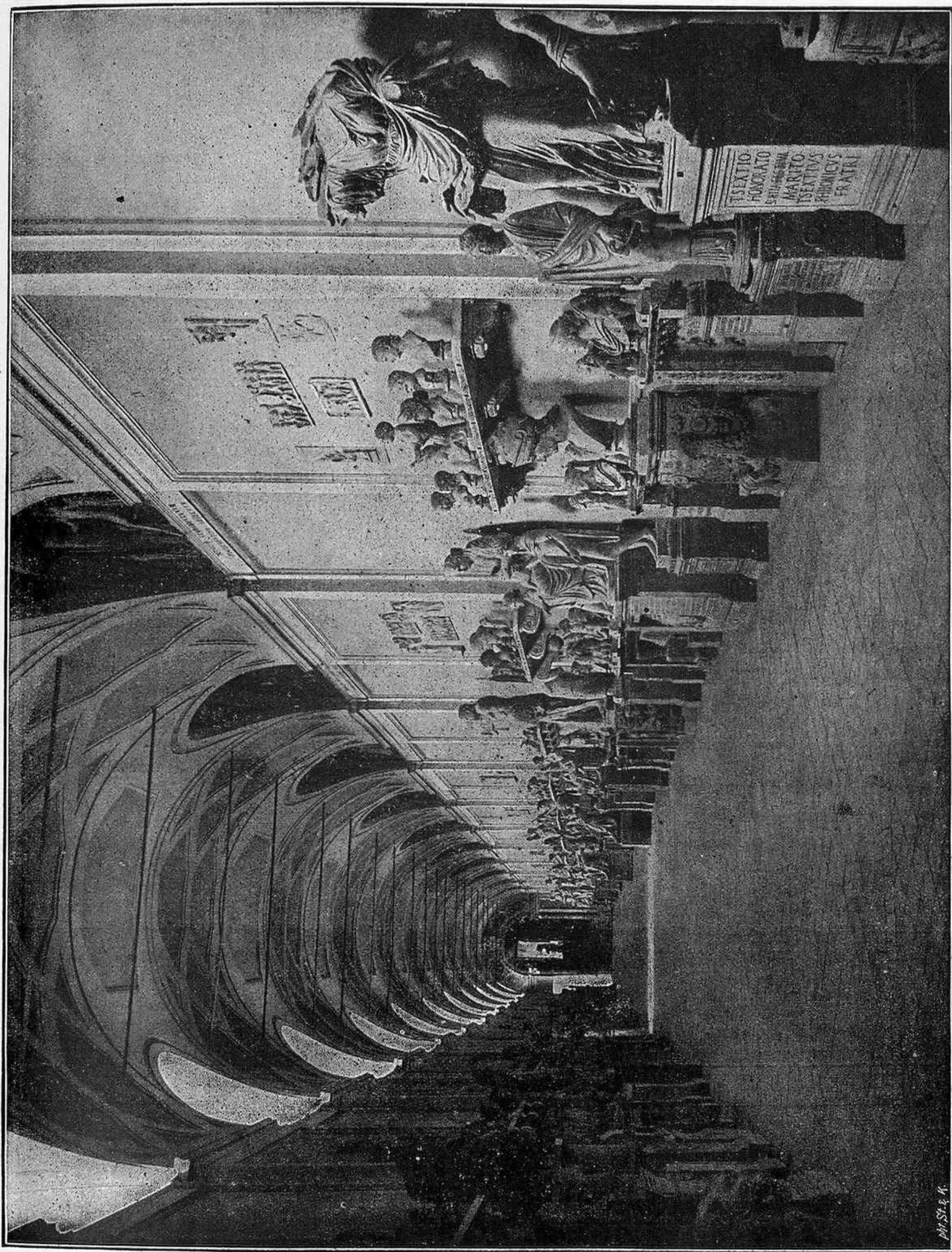
Por Weezerzick.





ROMA.—PALACIO DEL VATICANO.—LA SALA DUCAL.

Art. St. & K.



ROMA.—PALACIO DEL VATICANO.—EL MUSEO CHIARAMONTI.

PH. ST. & Co.



LA TORRE DEL INDIANO.

I.

LIN de la Carbayeda, llamado así por ser su nombre Manuel, y por tener dentro de la finca que llevaba en arriendo el más hermoso robledal del concejo, marchó desde su aldea á la ciudad cercana un día claro y hermoso del otoño de mil ochocientos sesenta y tantos.

Acompañábale un hijo suyo, que contaría á lo sumo trece años, un rapaz morenillo y colorado, con ojos negros muy brillantes, que caminaba junto á su padre por la carretera sin cuidarse de salvar los charcos en que metía los descalzos pies, curtidos por la lluvia y el sol, y fortalecidos por el roce frecuente con las árgomas y los helechos.

El mozuelo llevaba á la espalda un baulillo, de cuyo peso le aliviaba el padre muchas veces, sobre todo cuando subían alguna cuesta.

El padre caminaba triste y con los ojos bajos; el hijo con la cabeza erguida y fijando en el horizonte, sin una sola nube, su mirada de águila joven.

Así llegaron á la ciudad, de cuyo puerto debía salir aquella tarde el vapor que conduciría al rapaz á las Américas, donde un tío suyo le esperaba para *hacerle hombre*. Iba á la conquista de esa riqueza que tantos buscan y que encuentran tan pocos, deslumbradora para el aldeano de Asturias ó de la Montaña, que ve volver á los indianos ricos y se olvida de los que van y no vuelven.

Al anochechar de aquella tarde, aprovechando la pleamar, zarpó el buque en que emigraba el

muchacho con otros cuarenta y tantos de su misma edad, cuyas familias, angustiadas por el dolor de la despedida, los miraban desde el muelle.

Sobre cubierta todos los jovencuelos dirigían la miradas á sus parientes, llorando unos, haciéndose los valientes otros; pero todos con esa sensación tristísima y honda del que deja su hogar y su patria acaso para siempre.

Lin de la Carbayeda, que no separaba la vista de su hijo, á quien distinguía entre el compacto grupo de emigrantes, no reprimía los sollozos, y con voz entrecortada por suspiros, gritaba desde el muelle:

—¡Pachín, Pachín, que seas bueno, que no te olvides de tu padre!

El muchacho correspondía á estas voces mirándole con los ojos muy abiertos y agitando un pañolito blanco.

Por fin partió el buque; oyéronse gemidos y lloros, exclamaciones y lamentos, y poco á poco se fué alejando, achicándose allá entre las sombras de la noche que se acercaba, hasta no verse más que una nubecilla de humo negro en la línea ya poco luminosa del horizonte.

Entonces Lin de la Carbayeda, que se había quedado solo y que lloraba sin contenerse, arrodillóse y pidió á la Virgen que librase á su Pachín del alma de los peligros de la travesía. Luego, más tranquilo y pensando en su pobre mujer, que había muerto pocos meses antes, y que seguramente desde el cielo le miraba agradecida por el sacrificio que acababa de hacer al separarse de su hijo único, emprendió á pie y solo el camino de la aldea, donde llegó cerca de media noche.

II.

Pocos años después murió el buen aldeano con el consuelo de saber que su hijo iba haciendo fortuna, de lo cual eran prueba evidente los pesos que de vez en cuando enviaba, y con los cuales había comprado Lin unas praderías y algunas vacas.

Pachín, con un trabajo asiduo, imponiéndose privaciones sin cuento, careciendo hasta de lo más necesario, acrecentaba su capital, siempre con la esperanza de volver á su aldea y pavonearse allí, como había visto hacer á los indianos ricos; pero la muerte de su padre alivió algo la nostalgia de su tierra y sintió despertársele el deseo de recorrer otras, de visitar aquellos países, no tan lejanos de allí como el suyo, de los cuales se contaban tantas maravillas. Los Estados Unidos, sobre todo, le seducían con sus ciudades inmensas y sus fábricas portentosas.

Cuando á los cuarenta años de labor constante pudo recoger un capital cuantioso y se sintió débil para el trabajo y con el hígado bastante echado á perder, abandonó el país en que había hecho su fortuna y se encaminó á aquel otro, donde podía admirar los prodigios casi milagrosos de la industria y de la mecánica.

Allí pasó un año; pero aquella plétora de vida comercial, aquel incesante estrépito de las fábricas que visitaba, y, sobre todo, la necesidad de someterse á costumbres y hábitos ajenos á los suyos, le hizo pensar en algo que le distrajera y que le aliviara de aquella tenaz melancolía, consecuencia de la pícara enfermedad.

Se fué á París, á la ciudad de las delicias sin cuento, la que convida al goce continuo y al olvido de los pesares, y disfrutando todo lo que le consentía el estado de su salud vivió dos años, sin que los médicos más famosos lograsen aliviar la dolencia que padecía y que acabó por privarle de todos los placeres. Entonces pensó una vez en la tranquilidad de su aldea; comparó los alimentos de las fondas, excitantes y extraños, con aquellas sopas de leche y aquellas habichuelas que eran su encanto en la niñez, y acabó por convenecerse de que era más sabrosa y más sana la borona obscura y áspera de su país, que el pan blanco y fino que diariamente comía. Llegó á soñar con un puchero de *fabes*, como él las llamaba, con una *morciella* grasienta y sabrosa y con un vaso de sidra del tonel, tan superior á la de Nor-

mandía, que probó algunas veces para recordar la de su tierra, y que le supo á vinagre, á vinagre puro.

Una mañana que se levantó de la mesa sin haber almorzado, por hallar repugnantes y odiosos tantos platos con trufas y tanta salsa exótica, abandonó París y se vino á España.

III.

Desde la ciudad donde tantos años antes se había embarcado, cuyo puerto le recordó su marcha y el momento amarguísimo de despedirse de su padre, D. Pancho, que así llamaban todos desde que era rico al que antes fué Pachín, salió para su aldea en un coche, con el corazón palpitante, ansioso de ver todo aquello que había desdeñado por pobre, y que ahora buscaba por saludable.

Su entrada en la aldea produjo el natural asombro. Cuando se supo quién era el visitante, acudieron todos los vecinos á saludarle y ofrecérsele de buena voluntad; pero ni uno sólo dejó de hacer alguna exclamación de lástima mortificante cuando le vieron tan enfermizo y achacoso.

—¡Válgame Dios y qué malucho vuelve usted!—dijo el más discreto.

Ya lo sabía D. Pancho; pero le hizo deplorable efecto el oírlo, y así le amargaron la impresión dulcísima que sintió en el alma al recorrer los sitios donde había jugado de niño, la casa en que nació y en que murieron sus padres, y la iglesia en que le bautizaron y donde oyó la primera misa.

Por fortuna, las esperanzas de lograr allí la mejoría de su salud se realizaron pronto; notó alivio inmediato; comió y bebió con deleite aquello con que había soñado en tierra extranjera; y respirando los aires, mitad montañeses mitad marinos, por la proximidad de la aldea á la costa, hizo vida campestre, se sintió ágil y vigoroso, y dió por aquellos montes empinados, con la escopeta al hombro, paseos que le despertaban el apetito y la alegría.

—Aquí debo vivir—dijo.—¡Bendito sea el momento en que se me ocurrió volver á mi querida aldea!

Resuelto á pasar allí lo que le restase de vida, sin renunciar por eso á viajar de vez en cuando para distraerse si llegaba el hastío, decidió edificar una gran casa al lado de aquella humildísima en que había nacido, y que deseaba conservar siempre como memoria grata y recreo de su espíritu.



LA ARAÑA.

Cuadro de Cecilio Pla.

Propiedad de Manuel Reina.)

Compró mucha extensión de terreno donde hacer un parque á la inglesa, para lo cual necesitó adquirir varias fincas, por las que le cobraron sumas exorbitantes aprovechándose de la ocasión; hizo el plano de una carretera y de una conducción de aguas, precisas para el abastecimiento de la posesión; en una palabra, empezó el hombre á gastar dinero á manos llenas en todo aquello que consideraba ya necesario para su vida.

La compra de casuchas miserables y de terrenos que apenas tenían valor, le costó, no sólo muchos miles de duros, sino disgustos graves y agrias cuestiones con los dueños, deseosos de sacar en la venta el mejor partido posible.

Don Pancho pasó por todo con tal de realizar su proyecto; pero antes de conseguirlo surgieron, para la conducción del agua y para la carretera, las complicaciones oficiales del expedienteo oficinesco, interminable y enojoso, y para tomar posesión de varias fincas, la dificultad de un pleito en que le enredaron unos aldeanos sagaces, deseosos de explotar al rico.

Añádase á esto el trato continuo é inevitable de las personas con quienes litigaba; las peticiones incesantes de los vecinos pobres, que consideraban á D. Pancho obligado por su fortuna á limosnas y préstamos; los chismes y cuentos de la aldea, y mil otros sinsabores y contrariedades, y se comprenderá bien que un día, ya disgustado y aburrido, al sentir que el hígado volvía á resentírsele, pensara el indiano en abandonar aquellos sitios, donde la vida empezaba á serle insoportable.

Pero, al resolverse á salir de allí, ¿adónde iba? Era indudable que aquel clima, aquellas aguas y aquellos alimentos le habían hecho recobrar la salud, que acaso volvería á perder en otras tierras, y D. Pancho no acababa de decidirse.

Por fin, al verse un día vejado y casi escarnecido por el alcalde, que abusaba de su autoridad y era su mayor enemigo, resolvió salir de allí sin comunicar á nadie su propósito de no volver. Dirigió á su aldea una mirada de despedida y montó en el coche como si fuese á la ciudad inmediata, según tenía por costumbre.

IV.

Instalóse en la fonda, y tranquilo por haber tomado aquella resolución, se dedicó á buscar sitio en que edificar una casa, para lo cual compró te-

rreno al extremo de la población, casi en el campo, y encargó á un arquitecto los planos para la vivienda, que debería hacerse con toda la rapidez posible.

—Oiga usted—le dijo;—yo quiero que el edificio me cueste tanto dinero y que reúna tales y cuales condiciones. A gusto de usted dejo todo lo demás; pero le advierto que lo más importante para mí es que la casa tenga una torre.

—No hay inconveniente—contestó el arquitecto;—una torre tendrá, y dos si usted quiere.

—No, me basta con una; pero ha de ser muy alta.

—Usted fijará la elevación.

—¡Ay! No lo sé.

—Pues necesita usted decírmelo, porque de ella dependen las dimensiones de la base y otras muchas circunstancias técnicas que no explico á usted porque acaso no las entendería.

—Seguramente.

El indiano se quedó pensativo, y después de una corta meditación, dijo:

—Usted vaya *haciendo torre*; yo, según la construyan, iré subiendo á ella y ya diré cuando haya bastante.

El arquitecto se echó á reír; pero como estimaba á D. Pancho, que se hacía querer muy pronto, y consideró aquélla una extravagancia de rico, no más ridícula que otras á que había tenido que someterse en varias ocasiones, quedaron en que, por si era preciso, se daría á la torre base suficiente para una elevación inusitada en aquella clase de edificios. Todo se reducía á que resultase desproporcionada, lo cual á D. Pancho, según afirmó, le importaba muy poco.

En el casino, donde jugaba todas las tardes una partida de tresillo, se comentó con burlas y chanzonetas aquel capricho del indiano, y no se habló en muchos días de otra cosa que de la proyectada torre.

V.

Pasó el tiempo y se acabó la casa: la torre tenía ya 35 metros de altura, y D. Pancho, que con una agilidad impropia de sus años subía á ella todas las mañanas, aún no se daba por satisfecho.

—Sr. Domínguez—decía al arquitecto, ya un poco amoscado porque empezaban á llamarle Mr. Eiffel;—todavía falta un poquito, muy poco ya.....

— ¡Pero cuánto?

— Calculo que un par de metros.

Se edificaba lo pedido, y subía D. Pancho; se asomaba, y repetía como antes:

— Un poquito más; ya falta muy poco.

Y seguían las burlas en la población, cuyos habitantes miraban crecer con asombro aquella mole que subía por cima de la torre de San Pedro, la más alta de la ciudad.

Al cabo una mañana, después de verificar don Pancho su acostumbrada ascensión, allá arriba, asomando la cabeza sobre los últimos ladrillos, que parecían esperar el peso de otros muchos, gritó con voz alegre:

— ¡Ya la veo! ¡Ya la veo! Sr. Domínguez, suba usted. Ya no hace falta más.

Trepó el arquitecto por la escalera provisional, muy satisfecho al oír la noticia, y cuando estuvo

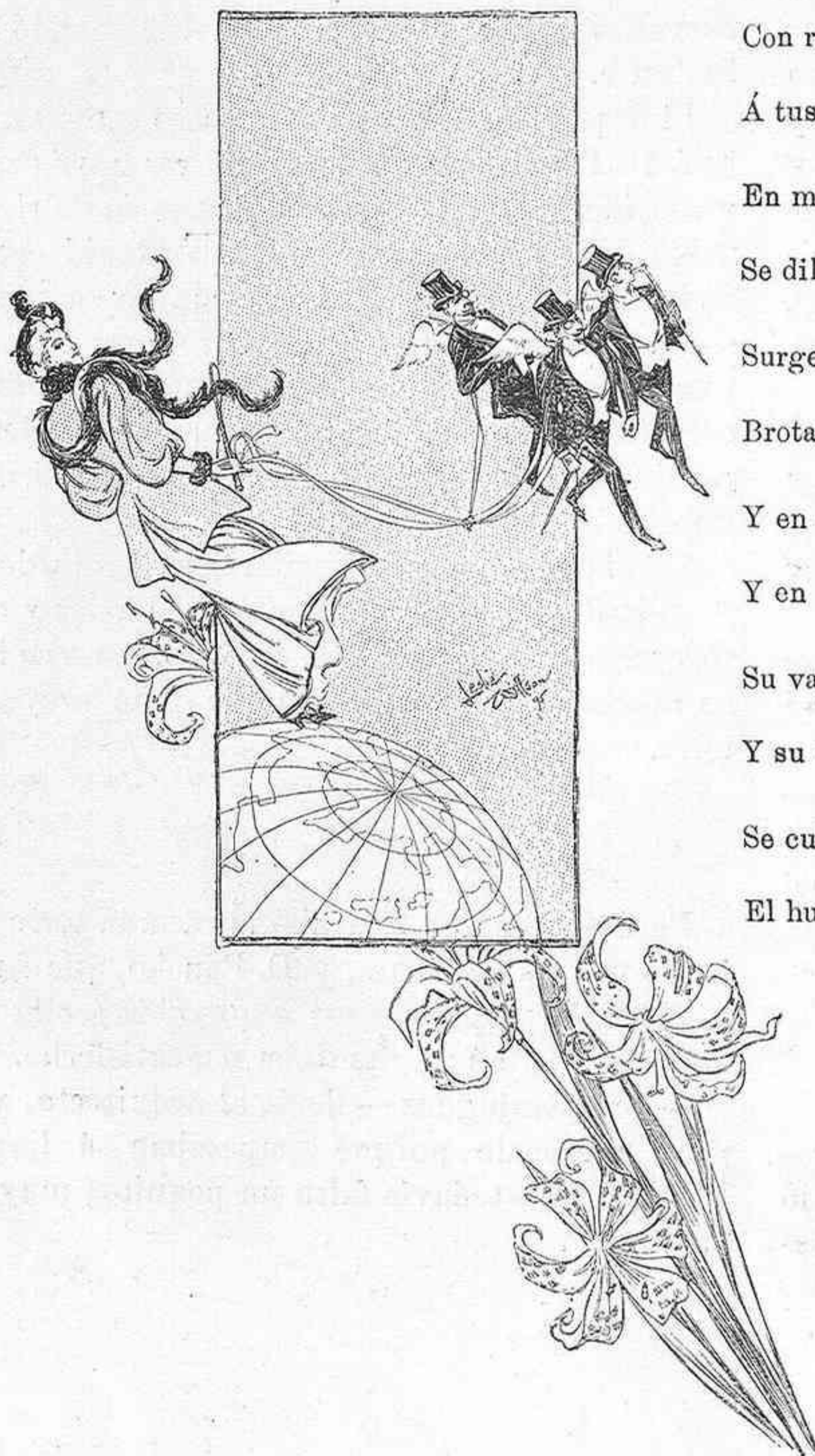
junto á D. Pancho, le dijo éste dándole un magnífico antejo de larga vista:

— Mire usted hacia allí, por encima de aquel cerro, que era lo que yo quería dominar. ¿Ve usted? Mi aldea; la casa en que nací, donde parece que están juntos todos los recuerdos de mi niñez; la que deseaba estar viendo hasta el último día de mi vida.... Así la miraré siempre que yo quiera, sin estar rodeado de ingratos y envidiosos. Desde aquí puedo ver aquellos dos cipreses que me indican el sitio donde mis padres, bajo tierra, esperan que vaya á hacerles compañía....

Se le humedecieron los ojos al pobre viejo; dióle un abrazo el Sr. Domínguez, conmovido también por aquella delicadeza del alma, y juntos después, y muy satisfechos los dos, descendieron de la *Torre del indiano*.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

FORTALEZA.



Aunque el dolor tu pecho,
Con ruda mano, sin piedad destroce,
Sufre sin que, indiscretas,
Á tus ojos las lágrimas asomen.

El alma se engrandece
En medio de la lucha y los dolores,
Igual que la pupila
Se dilata en las sombras de la noche.

Del pedernal y el hierro
Surge la chispa al repentino choque,
Y las fecundas mieses
Brotan del suelo que el arado rompe.

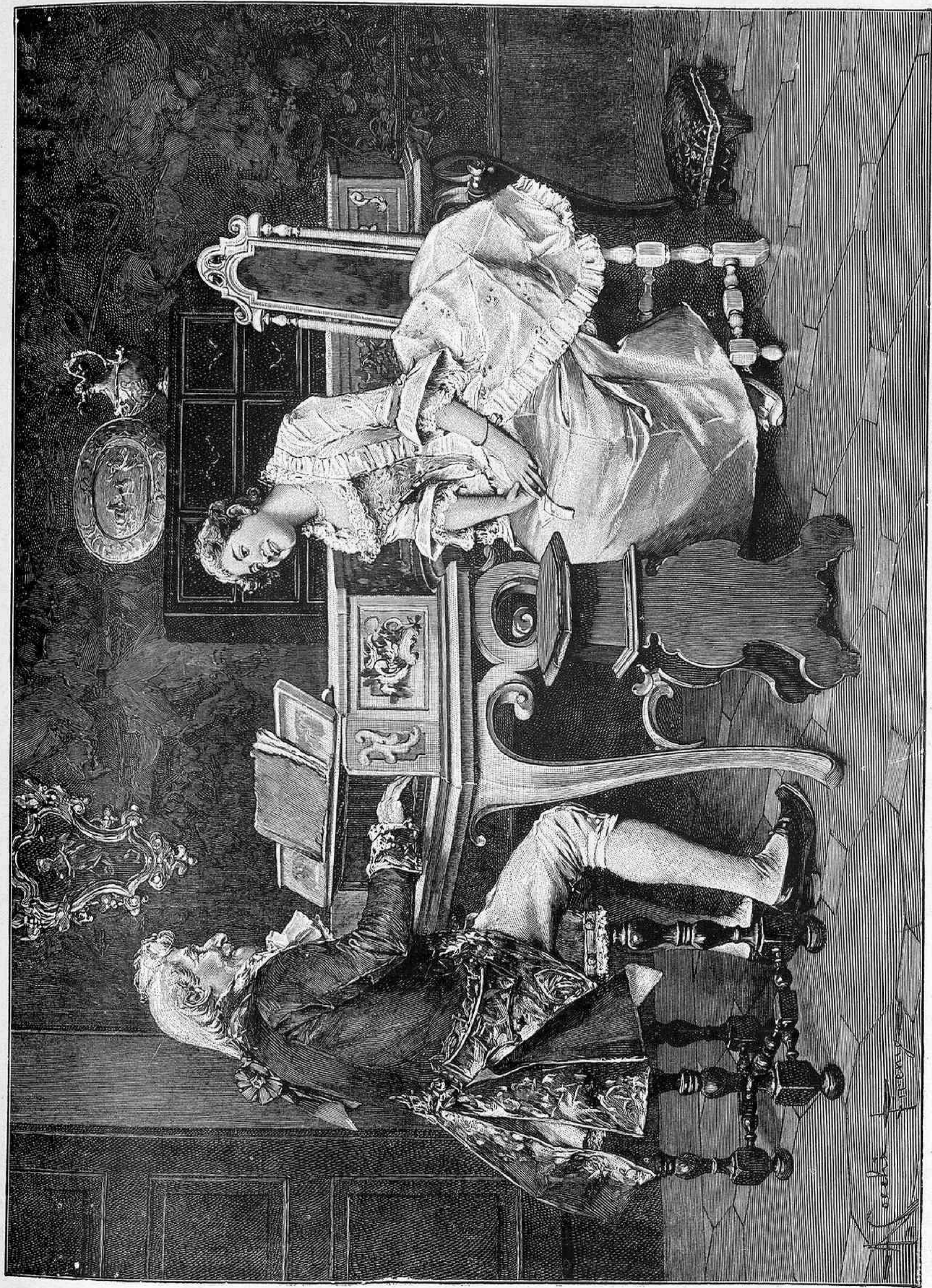
Hiere el cincel el mármol,
Y en escultura se convierte el bloque;
Hiere el dolor el alma,
Y en héroe ó mártir se convierte el hombre.

No muestra en la bonanza
Su valor el marino, ni en los goces
Y la quietud su esfuerzo
Y su viril constancia el pecho noble.

Es preciso que el cielo
Se cubra de plumizos nubarrones,
Y que del mar las olas
El huracán encespe y alborote.

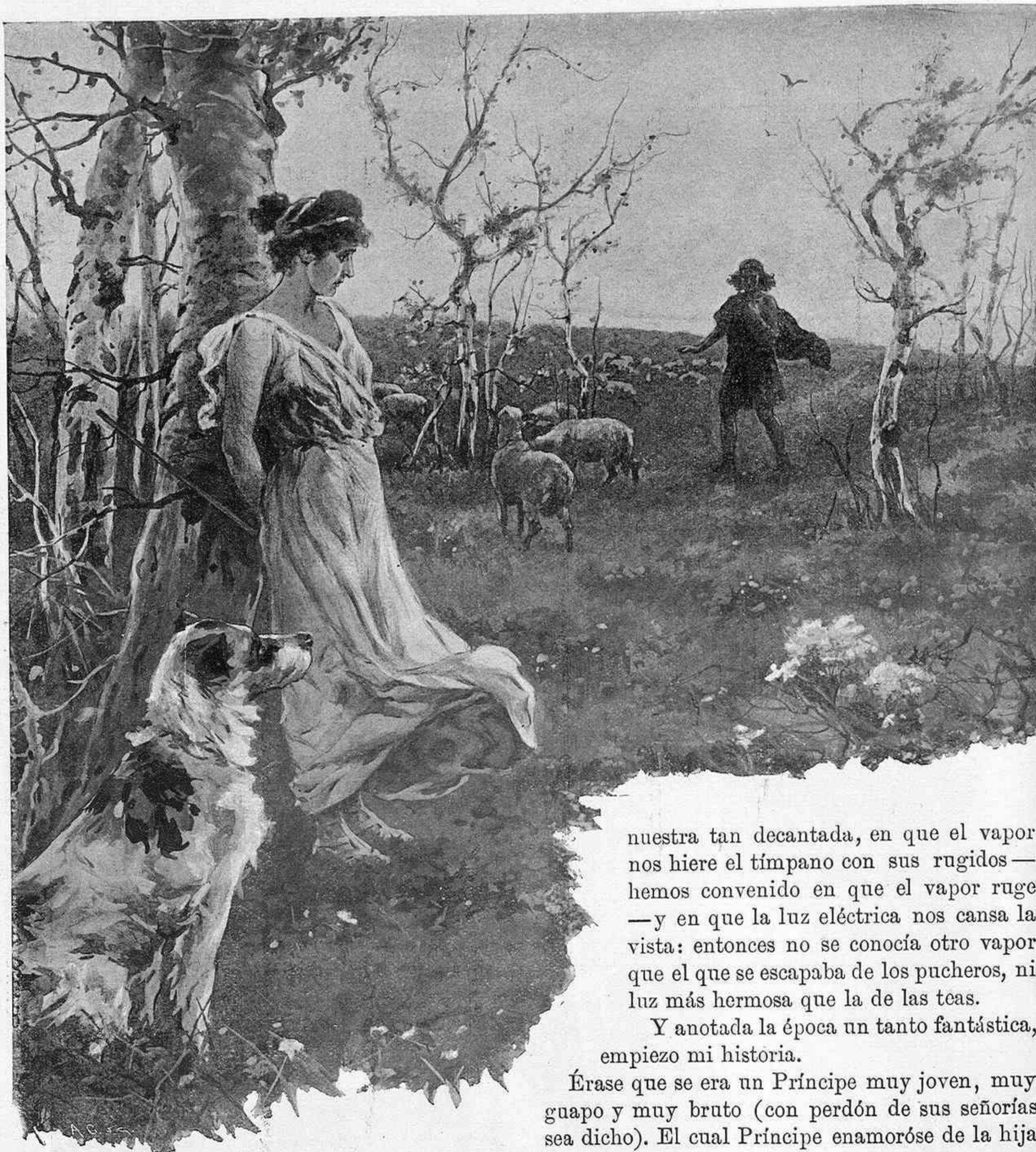
Y es preciso que el alma
Hiera el dolor; que al recibir el golpe,
Prueba que es barro, al deshacerse, el barro,
Y prueba el bronce, al resonar, que es bronce.

MANUEL DE SANDOVAL.



CANCIONES DEL TIEMPO VIEJO.

Por Cecchi.



Similia similibus.....

I.

Ocurrió lo que voy á contaros en aquellos alegres siglos en que los dioses robaban á las diosas, los príncipes apacentaban ganados, iban las reinas por agua á las fuentes, y las más linajudas señoras entreteníanse en hacer girar la rueca. Edad hermosa ¡por Júpiter! en que la vida deslizábase no tan prosaica ni monótonamente como en esta

nuestra tan decantada, en que el vapor nos hiere el tímpano con sus rugidos — hemos convenido en que el vapor ruge — y en que la luz eléctrica nos cansa la vista: entonces no se conocía otro vapor que el que se escapaba de los pucheros, ni luz más hermosa que la de las teas.

Y anotada la época un tanto fantástica, empiezo mi historia.

Érase que se era un Príncipe muy joven, muy guapo y muy bruto (con perdón de sus señorías sea dicho). El cual Príncipe enamoróse de la hija del tesorero de su señor padre el Rey.

Y con la irreflexión de los pocos años, la fogosidad de su temperamento y la osadía nativa en quien se juzga un sér privilegiado, una tarde en que la castísima doncella apacentaba en un ribazo las ovejas de su papá, presentósele como llovido del cielo Acloz, el Príncipe.

La elocuencia de éste no podía compararse, ni mucho menos, con la de Demóstenes: en la prosa más vulgar declaró su pasión á la gentil pastora.

Nemis, así se llamaba la tímida paloma, al oír tales nuevas púsose pálida, y sin replicar palabra reunió el hato y fué con él camino de su casa.

El Príncipe quedóse como abobado ante el si-

lencio y conducta de su ídolo, y le acompañó, gruñendo más recio aún que el mastín que á la cabeza del ganado iba como guía.

Y notando que la repentina mudez de Nemis prolongábase más de lo que la cortesía y el respeto á un hijo del rey se merecen, impaciente y colérico protestó en esta forma:

—¿Pero es que te parece poca cosa para marido un hombre como yo, que en cuanto su padre emprenda el gran viaje á los Eliseos, ha de verse con una corona salvo sea la parte?

Y señalaba su melena, que formando bucles venía á descansar en los hombros.

Á lo que la doncella replicó, sacudiendo lindamente un garrotazo á un cabritillo que no quería sentirse recluta en el ejército de sus mayores.

—¡Pero, hombre! ¿Tan ciego te deja el amor que dices tenerme, que no has visto nublarse mi rostro al oírte?.....

—Sí; pero no me extraña..... La emoción..... ¡Todos los días no sale un Príncipe como yo!.....

—¡Qué emoción ni qué calabazas (1)! ¡Yo jamás podré quererte!.....

El Príncipe, atónito al oír esto, abrió la boca como el más ilustre de los gañanes.

—¿Que no puedes quererme?..... ¿Por qué?

—Porque soy la prometida de Xerxo.

—¡Xerxo!..... ¿Y quién es Xerxo?.....

—El más hábil tocador de cañas del reino.

—¡Por Cupido y su madre!..... ¿Y por un vil musiquillo va á quedarse mi real persona sin ser correspondida en esta loca pasión que en silencio me devora (2)?..... ¡Nemis, tú estás mal de la cabeza!..... Sin duda Febo te ha trastornado esta tarde con sus abrasadoras caricias y.....

—¡Déjame en paz, hombre!—interrumpió con enfado la linda pastora, tratando al Príncipe peor que al más miserable de los importunos.

—¡Mira, Nemis, lo que haces!..... ¡Ya sabes que mi poder como hijo de mi padre es grande, y mi fuerza como hombre mayor aún. ¡De un puñetazo derribo al toro más bravo!

—¡Pero no derribarás el amor que yo profeso al vil musiquillo, como tú dices!—retó valientemente la hija del tesorero, metiéndose en su casa.

El Príncipe, al verse chasqueado, mesóse la es-

pléndida cabellera y fuése camino de palacio renegando de todo lo existente.

¡Oh musa, qué canto más hermoso podría inspirar la desesperación del Príncipe á un poeta elegiaco!

II.

El caso iba poniéndose cada día más feo: ni porque se consultaron tablas sibilíticas, ni porque se reunieron los arúspices y augures, ni porque se interrogaron á las pitonisas del reino entero, ni porque se celebraron fiestas en honor de los dioses y tremendos sacrificios para aplacar sus iras (si es que por un quítame allá esas pajas las tuvieran), no se adelantaba un paso: el Príncipe iba de mal en peor en la extraña dolencia que le había sobrevenido, y el color de su cara, antaño del color de la amapola, iba poniéndosele de un color de membrillo que espantaba.

El Rey devanábase los sesos, y llamaba brutos á todos los sabios de su reino que no sabían encontrar remedio al mal de su augusto hijo. Y los sabios cada vez sentíanse menos sabios. Y por más que charlaban como cotorras borrachas acerca del arduo problema, ninguno lo resolvía.

—Pero, padre—hubo de decir Aclos, harto ya de tantos dislates como oía, y más harto aún de emplastos y menjurjes,—¡si yo no tengo otra enfermedad que la de querer como un bárbaro á Nemis, la hija de tu tesorero!.....

—¡Acabáramos, hijo!—gruñó el Rey, entre sorprendido y gozoso; añadiendo:—¿Y has tenido cachaza para callarte y vernos sufrir á todos durante tanto tiempo?.....

—Es que..... como querías que me casara con la hija del rey de Ebofia..... Por no enfadarte.....

—¡No, hijo! Eso quería, pero ya que tú quieres á otra mujer, cástate á gusto; que al fin y al cabo no es ningún pelagatos mi tesorero..... Tiene él solito más oro que yo y todo el reino junto.

No negarán ustedes que, para Rey, era un padre muy complaciente el de mi historia.

III.

Nemis y Aclos se casaron.

Sus bodas fueron pretexto para una fiesta nacional en que todos los súbditos bailaron, comieron y bebieron de firme, práctica y costumbre

(1) Tal vez no fuera ésta la locución, pero sería alguna equivalente, dicho sea en descargo de nuestra conciencia.

(2) El cronista del cual tomamos este relato debía ser un gran adúlador, porque nos consta que el Príncipe no sabía expresarse tan románticamente. —N. del A.



eterna entre mortales para celebrar acontecimientos que la mayor parte de las veces les importa un rábano.

Al poco tiempo de sus nupcias, Aelos volvió á tener otra vez la cara de color de membrillo.

Sospechó que Nemis no le amaba.

Y sintió mordida su alma por los celos.

Volvieron de nuevo las pitonisas y los sabios á ocuparse del endiablado color que tenía el pobre mozo; volvió el Rey á mesarse las barbas y á llamarlos brutos, y todo el reino tornó á discurrir sobre la extraordinaria dolencia del Príncipe.

Aelos, interrogado por Ati, el gran Sacerdote de

Diana, confesó su desventura.

Y Ati, que de no salir airoso veía en perspectiva el pasear antes de tiempo en la barca del fatídico Caronte, pidió un plazo de ocho días para devolver su natural color al infeliz Aelos.

.....
Registró los escritos más rancios del templo, recordó los aforismos hipocráticos, impetró la gracia de los dioses, ¡y como si cantara!, el problema yacía en la nebulosa de lo desconocido. Hizo una tentativa, que creía decisiva. Conocedor del culto á la Dodona ática y de cómo las peleíadas, sus sacerdotisas, conocían los mayores secretos interpretando el murmurio que el viento levantaba al pasar por entre el follaje de las encinas seculares, una noche en que Eolo había vaciado sobre la tierra sus odres, sentóse Ati pacientemente al pie de una encina y..... atrapó un pasmo morrocotudo que le

hacía estornudar á cada paso..... Es lo único que sacó en limpio de su famosa tentativa.

—¡Los dioses me abandonan!—monologaba el gran Sacerdote, sentado en el lecho, mientras le servían un monumental tazón de flor de malva.—Y si no curo al Príncipe, es capaz su padre de hacer conmigo una de las suyas. Pues, señor, recapitemos..... El origen de la enfermedad de Aclos son los celos..... Esto es innegable. Y también lo es que son justificados; y no porque Nemis sea una mujer mala, no: es que la muchacha quiere aún á ese papanatas de musiquín, y á todas horas le recuerda y suspira..... Si se ha casado con el Príncipe y aún no lo ha echado todo á rodar, ha sido y es por temor de que su padre, su suegro, ó el bárbaro de su marido, tomasen funesta venganza en Xerxo, que se ha quedado sin novia y con una cara de limón. ¡Oh madre Venus, y cómo trastorna el amor á los míseros mortales!..... ¡Si yo encontrase algo con que desvanecer los celos de Aclos, nos habíamos salvado todos!.....

Y el gran Sacerdote, con la barbilla apoyada en el torso de su diestra, sumióse en hondas meditaciones.

Y de ellas resultó lo que el curioso lector podrá ver en el capítulo que sigue.

IV.

Había llegado en la imperturbable marcha del tiempo el instante designado como término fatal para que Ati ofreciese remedio á la dolencia del Príncipe, y éste, su padre, Nemis, los altos dignatarios de la corte y gran golpe de curiosos hallábanse esperando en la plaza pública la aparición del gran Sacerdote.

El cual compareció á la hora marcada, y después de saludar al ilustre concurso, dijo alzando al cielo las manos:

—¡Oh dioses! Mi alma, enajenada de gozo y gratitud, elévase hasta vosotros por haberos dignado inspirarme el modo de curar á mi amado Príncipe.

Y, acercándose á éste, puso en sus manos un espejito de plata bruñida.

—Toma—le dijo.—En esta brillante superficie podrás saber si Nemis, tu esposa, te ama.

Nemis, al oír las palabras de Ati, palideció terriblemente. Aclos, entre confuso y ansioso, contemplaba el espejo.

—Después de interpretar la voluntad de los dioses, pude confeccionar un elixir famoso que aquí te entrego, ¡oh Príncipe!—prosiguió el Sacerdote entregando á Aclos un botecillo de pedernal.—Haz beber de él tres gotas á Nemis, é inmediatamente obligala á respirar sobre esa lámina bruñida. Si su aliento al tocarla la ennegrece, es que el espíritu de tu esposa te hace traición con otro hombre; si, por el contrario, sólo queda ligeramente empañada la superficie, es que su pecho late sólo por tu amor, y te sentirás curado de esa fatal dolencia que así amarga tus días.

Dijo y retiróse á una prudente distancia.

Adivinaréis, señores, que la prueba (con sorpresa inaudita por parte de Nemis) fué para éste favorable, y que Aclos, loco de contento, abrazó á su esposa, mientras que los espectadores de la escena proclamaban como al más sabio de los hombres al gran Sacerdote.

El cual, sonriéndose irónicamente, recibía el público aplauso, atribuyendo á los dioses el remedio famoso. ¡Era un hombre muy modesto!

Para el cuello de su túnica reflexionaba:

—¡Hé aquí lo que son los celos!.... ¡Fantasmas tremendos nacidos al calor febril de un gran cariño ó de un exagerado amor propio!..... Y para destruirlos hay que emplear las mismas armas. ¡Las quimeras con las quimeras se combaten!..... Aclos es ya venturoso..... Cree que su mujer le es fiel y amante. Y jamás sospechará la verdad que en el espíritu de su mujer palpita de continuo..... ¡El pensamiento humano es impenetrable!

¡Conocía el corazón humano aquel gran Sacerdote!

Aclos fué el Príncipe más dichoso de la tierra, y para siempre huyó de su cara el color de membrillo.

Si alguna vez sentía celos, acudía al famoso elixir, daba á beber del mismo tres gotas á Nemis, hacíala alentar sobre el espejito, y al ver que sólo se empañaba, bendecía á los dioses, que de modo tan irrefutable venían á confirmarle el inextinguible amor de su esposa.....

ALEJANDRO LARRUBIERA.

UN DIAGNÓSTICO.

¡Don Benito Ortiz! ¡Pues digo! ¡No conoce usted otra cosa!
Si, señor. Aquel cuñado de aquel chico de Reinos
Que nos trajo aquellos lios por aquella institutriz.

¡Claro! Don Benito Ortiz,
Un gramático de punta y un perfecto caballero
Con muchísimo dinero.

Pero....
¡Ahí tiene usted, no es feliz!
¡No, señor!
Por la mania especial
De que sin hallarse mal
Se empeña en estar mejor.

Don Benito le profesa tal cariño á su persona
Que el invierno se lo pasa con el vino de Peptona
Y el de Quina, y el de Kola, y el de Coca y.... qué se yo!

¿Quién sabe los que tomó?
Y en verano sustituye estos vinos especiales
Por las aguas minerales.

¿Cuáles?
Pues las últimas que oyó
Pondrar.

¡Mire usted que es fuerte cosa!
Lo que le dice su esposa:
—¿Dónde vamos á parar?
Si te encuentras bueno y sano,
¿Por qué tales desatinos
En invierno y en verano
Con tus aguas y tus vinos?—
¿Usted piensa que él se altera?
Pues como si le dijera
Las coplas de Calainos.

Y á propósito de baños, cuando estuvo en.... ¡Qué canario!
En la punta de la lengua tengo el nombre del balneario;
En los baños, en los baños.... ¡Vaya! ¡qué rabia me da!

Si usted los conocerá,
Esas aguas que ahora curan las dolencias espasmódicas,
Que son clorurado cálcicas, digo, sulfatado sódicas....

Digo.... ¡Bah! Si lo diré....
¿No le ha sucedido á usted?
¿Eh?

¿Que la pícara memoria
Se empeñe en dejarle mal?
¡Uf! yo la tengo fatal;
Pero, en fin,
Para el hilo de mi historia,
Que sucediera en Pekin
Ú ocurriera en Fuencarral
Es completamente igual.

Se marchó á los baños.... X don Benito este verano,
Por capricho, como siempre, porque estaba bueno y sano,
Consultando, como es lógico al médico director.

Figúrese usted, señor,
El famoso don Benito de qué males le hablaría.

Que si en invierno se enfria,
Que si en el verano suda....
Si, señor, no tengo duda,
Eso es lo que le diría.

Que si sube á un piso quinto se fatiga un si es no es.
¡Nada! Nada de interés.

Pues
Como le iba á usted diciendo, tras de oírle muy atento
Y de hacerle muy despacio todo un reconocimiento,
El Doctor cogió el registro y se puso á consignar,
Con todo detenimiento,
Nombre, edad, temperamento,
Lo que es costumbre apuntar.

Y después el tratamiento....
¡Tantos vasos en bebida, tantas pulverizaciones,
Tantos baños, tantas duchas y tantas inhalaciones! ...

Y mientras iba apuntando
El buen Doctor, que no es flojo,
Don Benito iba observando
Con el rabillo del ojo.

Y aquí viene lo mejor:

El Doctor,
Al final
De todo lo que dispuso,
Que valia un dineral,
Escribió, fijese usted,
Y verá usted lo que puso....
Puso P. A. L. C.

¡Ya se ve!

Don Benito, que esperaba el diagnóstico y pronóstico,
Y se encuentra con que el médico sustituye su diagnóstico
Por un signo cabalístico, la verdad, se anonadó.

¡Cómo no!
Aquí me tiene usted á mi.
Yo....

Yo, que no soy aprensivo y que por nada me asusto....
Si me ponen esas letras Pues me llevo el gran disgusto.

Si me lo llevo ¡y no flojo!
Y usted lo mismo y cualquiera.
¡Pues es una friolera!
¡Ahí es nada lo del ojo!

Diga usted que D. Benito es persona muy prudente,
Que en su caso yo le digo:—A ver, inmediatamente,

Señor mio, usted me explica
Todo lo que significa
Ese P. A. L. C.

Sin remedio.
Porque para eso he venido,
¿Sabe usted?
Y por ese cometido
Le pago uno, dos ó medio.—

Pero ¡qué!

Don Benito, alarmadísimo, ya no estaba en este mundo,
Y triste y meditabundo
Se calló, pagó y se fué....

¡Ay qué tarde y ay qué noche le esperaban á Benito
Pobrecito!

No me quiero ni acordar
De lo que debió pasar
Un hombre con su mania,
Tan aprensivo y tan raro.
—¿Cómo estaré, se decía,
Cuando no lo dicen claro! —

Y se pasó todo el día
Machaca que te machaca,
Exclamando:—¡Ya no hay duda:
P. A. pulmonía aguda!!!
L. C. lesión cardíaca!!!

Entre el susto y el sofoco y la angustia viva y honda,
Y un bonito un poco feo que le dieron en la fonda,
Don Benito cayó malo; pero malo de verdad.

Una excitabilidad

Feroz,
Y una calentura atroz,
Y un delirio muy tenaz,
Casi afónica la voz,
Cadavérica la faz.

Y á las dos de la mañana se excitó de tal manera,
Que tiró la palmatoria á la pobre camarera,
Que se fué en un periquete
Á llamar al Director,

A quien le dijo alarmada:
— Vea usted al veintisiete,
Que á mi no me gusta nada.—
Y el Doctor,
Dejó el lecho, fué en el acto
Y se quedó estupefacto,
Si, señor.
Él procuró sonreír....
Por dar al enfermo aliento....
Y le comenzó á decir:
— ¿Se nos quiere usted morir?
Pues yo no se lo consiento.
Pero al ver que don Benito no movía pie ni mano,
Dijo el Doctor en un pronto:
— ¿Qué diablos tendrá este tonto
Que estaba tan bueno y sano?
— ¡Falso!, dijo don Benito con insólita energía;
Sepa usted que esta mañana observé lo que escribía,
Y á mi no me engaña usted.
— Yo, ¿por qué?
— Porque no me engaña nadie, respondió con voz de trueno.
Usted sabe demasiado que no estaba sano y bueno.
Tengo P. A. y L. C.

— Acabáramos, mi amigo. Vaya, veo con disgusto
Que la culpa es toda mía por haberle dado un susto,
Que, sin duda, le ha cogido en la plena digestión.

Que tenía usted aprensión
Ya lo había yo notado,
Pero no de tal calibre que ya pasa de la raya....

¡ Vaya, vaya, vaya, vaya !
No sea usted criatura.
¿Qué es lo que usted se figura
Ver en esas iniciales?
— Dos dolencias espantosas.... dos dolencias colosales.
— ¿Pero de dónde lo saca?
— P. A., pulmonía aguda ; L. C., lesión cardiaca.
— ¡ Ave Maria Purísima !
De modo y manera que....
¡ Jesús, Maria y José,
Qué cosa más graciosísima!
Pero, hombre, por vida de....
¿ Conque P. A. y L. C.?....
¿ Me dará usted su palabra de callar y ser discreto?
¿ Si? Pues va usted en seguida á saber todo el secreto.
Si, señor.
Cuando viene á mi consulta uno de esos aprensivos
Que se encuentra bueno y sano como.... puntos suspensivos.
Está usted?
Es claro, como uno ve,
Aunque trate de ocultarlo
El citado caballero,
Que es un hombre de dinero
Y no sabe en qué gastarlo,
Y á los baños viene á eso; es preciso hacer de modo
Que quien nada necesita lo tome y lo pague todo,
Porque así la cuenta aumenta,
Y pongo P. A. L. C....
Lo que significa que
Todo lo que le mandé
Es Para Aumentar La Cuenta.

CARLOS LUIS DE CUENCA.

NO.

Musa, ¿qué quieres de mí?
¿Por qué de nuevo en mi frente
Posas el beso candente
Que hace mucho no sentí?

Cede en tu amoroso empeño,
Respetando este desvío,
Y, piadosa, al lado mío
Vela mi forzado sueño.

Ya lo sé, ¿por qué me hostigas?
Igual que siempre, la tierra
La fecundidad que encierra
Derrama en flores y espigas;

Igual que siempre, extendidos
Copian el cielo los mares,
Y hay cunas en los hogares
Y canciones en los nidos;

Bajo los tilos en flor,
Cada nueva primavera
Como por la vez primera
Pasa triunfante el amor;

Aun á la absorta mirada
En uno ú otro hemisferio
Con su infinito misterio
Brinda la noche estrellada;

Y hay ternezas que rimar,
Infamias que combatir,
Miserias que redimir
Y penas que consolar.

Mas ¿para quién hablaría
Si en nuestro tiempo menguado
Sordo el hombre se ha tornado
A la voz de la poesía,

Y el poder del genio mismo
Se esteriliza ó pervierte
En esta atmósfera inerte
De glacial escepticismo?

Del África en las entrañas
Luchan por abrirse paso
Fuentes que bajan acaso
De las líbicas montañas;

Pero aquel limpio raudal,
Que no halla cauce ni lecho,
Es sorbido á corto trecho
Por el inmenso arenal.

¡ Ay del que ensayar intento
Las alas del entusiasmo
Entre el sórdido marasmo
De esta edad indiferente!

¡ Ay del ave del desierto
Que emprende el vuelo atrevido
Por el aire corrompido
De las aguas del mar Muerto!

EMILIO FERRARI.

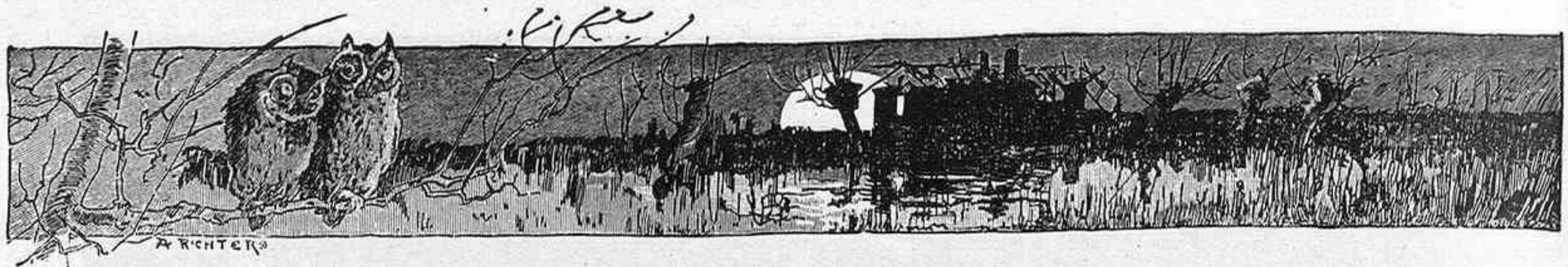


¿QUIÉN SERÁ?
Por Mme. Gironella.



PAISAJE.
Por Böhmer

Schreiber - hm.



LOS ALCANCES DEL CABO.

Por culpa de unas pícaras tercianas que le asaltaron días antes de cumplir, renegaba el cabo Pérez de su suerte y de aquellos dos meses de hospital: los mismos casi que llevar debiera ya en su casa, á no ser por las *maldecias* calenturas que apenas idas retornaban traidoras.

¡Con cuánto afán deseaba el alta! es decir, la licencia tras cinco años de servicio y tres de campaña; la vuelta al hogar donde de pequeñuelo retozaba, y en el que, apoyando uno en otro sus vejeces, luchando por defender sus vidas para que no acabaran antes de *golver el muchacho*, le esperaban un anciano, á quien amaba con veneración religiosa, y una viejecilla muy encogida, muy arrugadita, para él tan hermosa como la Virgen del Carmen del escapulario que le puso al cuello cuando cayó soldado. El alta era para él pisar la tierra regada con el honrado sudor de su padre al arrancarle pan para aquel rapaz, que ahora, ya hombre, iba á fertilizarla con el propio, pidiéndole el sustento para los pobres viejos; ver los campos, los cerros, el arroyo, que con ser en verdad bien poco pintorescos, poníalos al par de los más bellos, porque en aquel rincón del mundo había nacido y en él estaban sus recuerdos, é impacientes, le aguardaban allí padres y amores; reanudar los partidos de barra con los antiguos camaradas, las bulliciosas rondas de las noches de estío, y los sabrosos paliques junto á la reja de una garrida moza que en cinco años no se había cansado de esperarle; una guapa muchacha, cuya constancia no lograron mellar golpes de prolongada ausencia ni requiebros de gallardos mozos.

Y que no volvería con las manos vacías; pues aún no planteada la *mejora* de que el soldado al licenciarse no posea un solo real, montaban sus alcances por encima de los cuarenta duros. Para él un capital: gracias á ellos, se casaría en seguida con Francisca.

*
*
*

Al fin, un sábado salió Pérez del hospital, y al otro día del cuartel, con la chillona cinta y el clásico canuto de hoja de lata en bandolera. Allí dentro llevaba la libertad, el dominio de sí propio, lágrimas de alegría que los viejos derramarían al abrazarle, y allá, en lo hondo, muy escondido, un beso que al llegar á la reja le daría á su novia. ¡Quién pensara que en el canuto cupieran tantas cosas! Pero á veces en hueco muy pequeño caben cosas muy grandes; y en prueba, yo conozco corazones que valen más que un mundo.

Sólo turbó un instante su contento no hacer unas caricias de despedida al *Lince*: el caballo que había montado cinco años, su inseparable compañero en la campaña, á quien debió sacar la vida salva de una emboscada donde otros la dejaron. Inútil, por viejo, para el servicio, había sido vendido de desecho mientras Pérez estaba en el hospital.

Era preciso pasar la tarde alegremente hasta la hora del tren, y divertirse con los compañeros que no volvería á ver. Era domingo y había corrida; pues á los toros.

*
*
*

¡Buena corrida, buena!

Arriba ni una nube; cielo azul, limpio, deslumbrador, esplendoroso, refulgente; sol que es fuego. Abajo amarillea el redondel del circo, á trechos tachonado de manchones de sangre; tres caballos muertos, con el cuello estirado, de par en par los espantados y vidriosos ojos, las patas rígidas, el belfo abierto, los dientes apretados; otro, con el pecho hecho trizas, corriendo ciego de dolor á estrellarse contra un pilar de piedra; otro más, cayendo con las entrañas desgarradas; un picador desmontado esfuérase en pasar la pierna calzada de hierro por cima de la barrera; otro, en el callejón, riégase con agua de un botijo la cabeza rota; rueda un tercero por el suelo á dos palmos de los cuernos, encogiéndose tras el precario escudo de percalina que entre él y el toro tienden



EN EL CAMPO.
(Cuadro de Schram.)

al desplegarse los capotes de chillones colores. En medio, un pueblo enajenado, cabezas abrasadas por la lumbre del sol, ánimos encendidos en la contemplación de la lucha; silbidos, gritos, aplausos; colosales rugidos, estentóreo clamor que, saliendo de millares de gargantas enronquecidas, sacude el aire con vibrante alarido; dicterios, blasfemias, solturas de la lengua, que han de callarse para no hacerlas demasías de la pluma.

.....
—¡Caballos, caballos!—aulla el pueblo.

En la plaza no queda un solo picador montado; en el centro de ella, con el morrillo enrojecido, soberbiamente hermoso en su feroz bravura, el valiente animal encampana la arrogante cabeza en sangre tinta, con la actitud orgullosa del luchador que lanza un reto por nadie recogido.

—¡Caballos, caballos!

Al fin, de mala gana, sale el último reserva, y sobre él descargan las iras de la multitud.

—¡Ladrón! ¡Tumbón! ¡Granuja! ¡Al toro, al toro! ¡Así te mate!—grita la inconsciente é instintiva crueldad de la muchedumbre que aquí se divierte azuzando perros, gallos ó chiquillos, allá goza con el combate de los boxeadores, y aquí y allá es hija legítima de la que en el anfiteatro se embriagaba con sangre de fieras ó de hombres.

—¡Mi caballo, mi *Lince*!—grita Pérez con voz acongojada y atenzado el corazón.

—¡Al toro, al toro!—ruge la gente.

—No, no: ese no—clama en vano el pobre hombre, sin saber lo que dice ni comprender que aquellos gritos, perdidos en el estruendo del trueno humano que en la plaza retumba, corren la suerte del sentimiento compasivo de su alma, aplastado por el ansia del pueblo que á todo trance quiere otra pica, y tal vez más que esto, ver tendido en la arena otro caballo.

Aterrorizado, sin querer verlo, no logra sin embargo apartar los ojos, desmesuradamente abiertos, inexpresivos y espantados, del que por tanto tiempo fué su fiel compañero: sólo dejó de verlo cuando del corazón le rebosaron lágrimas que anublaron su vista.

.....
Soberbia vara; el ladrón, el granuja de un minuto antes, era por un instante ídolo de la plaza.

Atronadores aplausos y un vocerío vibrante de frenético entusiasmo sacaron á Pérez de su estupor. Creyendo que aplaudían á la muerte de su pobre *Lince*, se frotó rápidamente los ojos, y con alegría tan grande como el dolor pasado, sano y

entero lo vió salir del circo, pues en aquel momento timbales y clarines daban la señal de banderillas. Mas en seguida tuvo la idea de que si no había muerto aquel domingo lo matarían otro.

Minutos después entraba Pérez á la carrera en el corral de caballos, y *Lince* prorrumpía en alegres relinchos al reconocerle.

—Pobre caballo mío, pobrecito *Lince*, ¿me conoces, eh?—decía, dándole palmadas en el brazo sobre la cicatriz del balazo recibido en la emboscada, de la que el noble animal había salido galopando con la bala en el cuerpo hasta poner en salvo á su jinete; y llegando, no hay que hacer ascos ni melindres, á besarle en el belfo, mientras el caballo le daba suaves topetadas, repetía: —Pobrecito, pobrecito, ¿no has olvidado á tu amo, verdad?

.....
Aun duraba la corrida cuando nuestro héroe, no hay que regatearle el calificativo, llevando á *Lince* del ronzal, salía de la plaza.

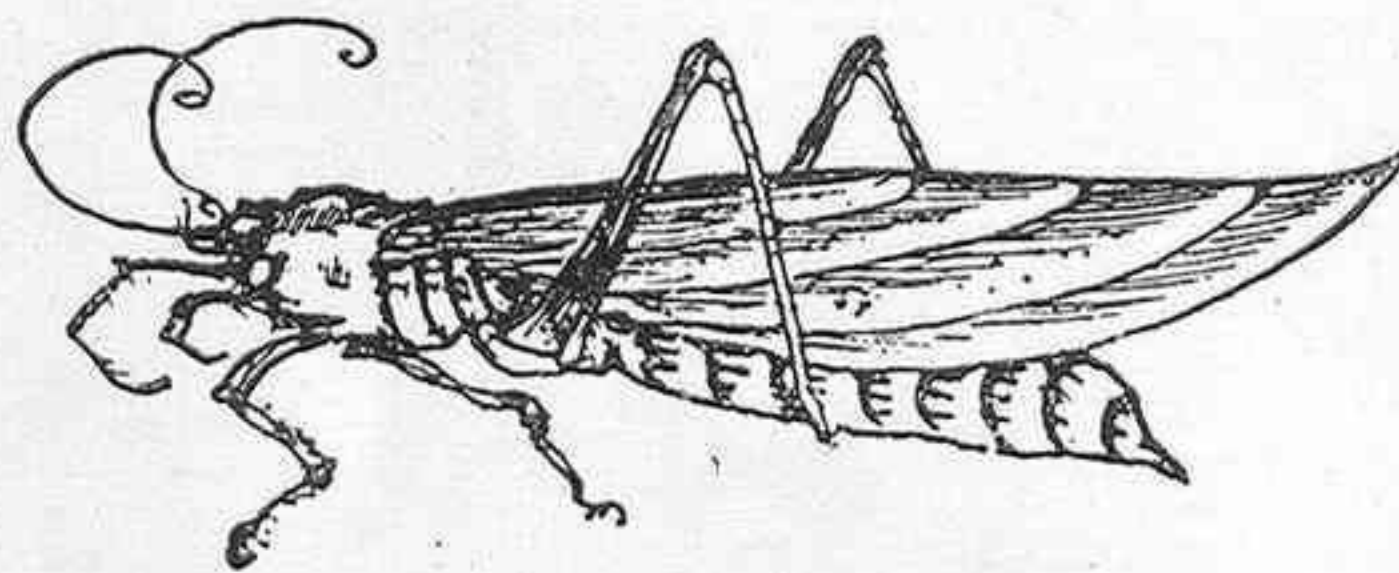
Ya no lo matarían de una cornada, porque era suyo. Eso sí, los alcances, hasta el último duro, quedaban en el bolsillo del contratista de caballos, quien poco dado á sensibilidades, sacó del jaco doble por doble de lo que había pagado pocos días antes; y paró en esto porque el comprador no tenía más dinero.

Pasado el irresistible impulso del corazón que le había movido, pensó Pérez en la llegada al pueblo con la bolsa huera, y en que con el engorro del caballo érale inútil el billete del tren. Serio, cejijunto y preocupado, ensimismado en sus cavilaciones, contemplando el suelo, quedóse detenido y pensativo, cual la lechera ante los cascotes de su cántaro.

Sin duda al *Lince*, que, entre paréntesis, iba tan contento como mohino el amo, le extrañó la parada, pues, acercándose, dióle en el hombro una hocihada, cual si dijera: «¿Pero, hombre, qué te pasa?» Y al ver al licenciado levantar la cabeza, dió unos corcovos y soltó un relincho.

—¡Bah!—dijo Pérez—nunca había yo visto cuarenta duros juntos; pues seguiré lo mismo. ¡Qué demonio! Si no puedo ir en el tren, tú me llevarás al pueblo, ¿verdad, *Lince*?..... Malo será no encontrar en las posadas un mendrugo y un tomate pa mí; hierba no falta ahora en el campo pa que echés tú unos piensos; y luego en el lugar, ya nos arreglaremos pa ganarnos entre los dos la vida.

JOSÉ DE ELOLA.



MIS CONDÍSCÍPULOS.

¿Qué fué de ellos? ¿Dónde están?
Pasáramos de ciento
Los que en apretadas filas
Llenáramos otro tiempo
Los duros y honrados bancos,
Como el ilustre maestro
Camus solía decirnos
Con su singular gracejo.
De algunos sé, de muy pocos;
De los demás ¿qué se ha hecho?
Media docena flotaron,
Noventa y cuatro se hundieron,
Y en los últimos rincones
Donde el sol no llega á ellos
Ven pasar en la penumbra
Sus horas de desaliento,
Por el desengaño heridos,
Por la fortuna maltrechos.
Éste á ministro ha llegado.
Lo mereció. Debe serlo.
¡Pero este otro es personaje!
¡Con qué asombro le contemplo!
¡El último de las aulas,
El ignorante, el suspenso!
Tuvo ambición y osadía,
Ya que no tuvo talento.
Habló mucho, gritó mucho.
Se impuso con voz de trueno.
Las mayores tonterías
Que se le ocurren á un necio,
Si nos las dice gritando
Resultan frases de efecto.
Agarrado á los faldones
De un político de mérito
Ó de influencia, trepando,
Se encaramó sin esfuerzo,
Como sube una escalera
Detrás del señor el perro,
Y vive allá en las alturas
El solemne majadero,
Tan orondo, tan redondo,
Tan importante y tan hueco.
¡Qué contraste! ¿Quién es este
Que se me quita el sombrero
Y que me enseña una calva
Reluciente como un queso?
¿Este? Aquel del pelo rubio,
El del rizado cabello,



El que lavaba con té
Los sedosos filamentos,
Para llevar siempre oro
Sobre el cabelludo cuero.
¡Su vanidad, ¡su cabeza!
Sic transit gloria..... del pelo!
Y este cetáceo que avanza
Con pausado movimiento,
Ocupando media acera
Con su talle gigantesco,
¿Quién es? ¿Quién? Aquel chiquillo
Alto, flexible y esbelto,
Inquieto como una ardilla,
Vivo, impaciente y ligero,
Elegante y perfumado,
El figurín y el modelo!
Es ése, el del vientre enorme;
El del enorme chaleco
Que abriga el enorme estómago
Con cuatro varas de lienzo;
El de la inmunda papada
Que avanza ya por el pecho.
¡Sopla, suda, rueda! ¡Un mundo!
¡Qué mamarracho y qué feo!
¿Qué se hizo de aquel muchacho
De clarísimo talento,
Y de palabra elocuente
Y de simpático aspecto?
¡El orador, la esperanza!
¡Todos, confiando en su genio,
Le veíamos ministro,
Presidente del Consejo,
Todo! ¿A qué ha llegado? Á nada.
¡Tal vez luchó con esfuerzo,
Pero se hundió y está abajo!
¡Y otros que también valieron,
Aún más abajo! ¡Y qué pronto!
¡Qué injusticias, qué recuerdos!
Cuando se acaba el otoño,
Y cuando asoma el invierno,
¡Qué tristezas en el alma
Y en la tierra y en el cielo!
Lo que pasó ¡qué sombrío!
Y lo que viene ¡qué negro!
¡Ah, quién pudiera volver
Atrás, y ocupar de nuevo
Los duros y honrados bancos
Ante el ilustrado maestro!

MIGUEL ECHEGARAY.

EL COHETE.

— * * * —

Del regocijo popular formado
Tiene en la mecha momentánea cuna :
Es un amante de la blanca luna
Que tras ella se lanza enamorado.
Su principio y su fin se han abrazado ;
No queda de su luz huella ninguna,
Semejante al amor y la fortuna
Que apenas vienen cuando ya han pasado !!



Rompió la sombra en vívidos fulgores
Y sucumbió cual disparada flecha
Victima de sus mismos resplandores :
Así la dicha, nunca satisfecha,
Al cielo sube en curvas de colores
Y baja luego en lágrimas deshecha !!

ANTONIO GRILLO.

En la terraza del Casino de San Sebastián.— Agosto, 1900.)



EL FAVORITO

Por Steinthal.

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS—ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS—CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL—MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS—CRÓNICAS—NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración, Arenal, 18, Madrid.

Madrid, 6 de Septiembre de 1900.

Año LIX.—Núm. 33.

SUMARIO.

TEXTO.—Revista parisiense, por V. de Castelfido.—Explicación de los grabados.—De casa y de fuera, por Monto-Cristo.—Cuentos del día. Las dichas imposibles, por D. Alfonso Pérez Noya.—Cómo sueñan las mujeres, por D. Alejandro Larrubiera.—Los altivos Montignac, continuación, por Silvia.—Mis tres Magdalemas, poesía, por D. Antonio Grilo.—Correspondencia particular, por D.^a Adela P.—Explicación del figurin iluminado.—Suelos.—Anuncios.

GRABADOS.—1. Traje de paseo.—2. Camisa de vestir, cuello postizo, puños y corbata para hombre.—3. Camisa de dormir y calzoncillo para hombre.—4. Repisa con bordado.—5. Traje para comidas.—6 y 7. Chaleco adornado con bordado para hombre.—8 y 9. Traje de crepón de la China.—10. Traje inglés con falda de novedad.—11. Traje de comida y *sotée*.—12. Traje de visita y de *garden-party*.—13. Elegante traje para visita.—14 y 15. Traje para niñas de 3 á 4 años.—16. Traje para niñas de 7 á 8 años.—17. Traje para señoritas de 11 á 12 años.—18. Traje de desposada.—19 y 20. Cubrecorés y enagua de baile.—21. Traje para reuniones.—22.—Abrigo para baile y teatro.—23. Capa de otoño.—24. Cuerpos de encaje de Luxeuil.—25. Mantel de *buffet* adornado con bordado.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

Lluvias esperadas.—Afluencia de visitantes en la Exposición.—Viajes sin molestias y á poco coste.—Tres *toilettes* sencillas y elegantes.—Utilidad de los trajes negros.—Adornos de oro.—Cinturones de cuero.—*Toilette* de moaré gris.—Los tricornicos.

HUN no olvidados los terribles calores de la pasada quincena, París no ha podido menos de oír con gusto el ruido del trueno, presagio de las lluvias, largo tiempo deseadas, que por fin han venido á mitigar los rigores de la estación. A este rápido descenso de la temperatura se debe el que ahora se vea, como nunca lo estuvo, invadida la Exposición por una multitud que se apiña en los palacios y

Núm. 1.—Este traje es de color gris hierro, adornado con terciopelo gris oscuro. El figaro, formando cuello y solapas, se recorta delante de manera que resulten unas caídas estrechas redondeadas en la parte de abajo y sujetas á un cinturón de terciopelo, con dos botones de acero. Corbata de terciopelo negro sujetando un cuello de muselina de seda blanca.

Falda guarnecida en la parte de abajo con un bias de terciopelo gris con pasamanería gris y negra. Forma delante cinco tablas respunteadas hasta treinta centímetros del borde.

Manga ajustada hasta el codo; desde ahí se abre y cae sobre otra ancha de seda azul viejo, con puño redondo adornado con tres hileras de terciopelos.

Sombrero de terciopelo gris hierro drapado, adornado con lentejuelas de tul gris y con una cabeza de pájaro.



1.—Traje de paseo.

AÑO LX

La Moda Elegante Ilustrada

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, 36 pesetas;
Seis meses, 18; Tres meses, 9;
Un mes, 3.

EDICIONES ECONÓMICAS

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, 24 pesetas;
Seis meses, 12; Tres meses, 6;
Un mes, 2.

TERCERA EDICIÓN

Un año, 18 pesetas;
Seis meses, 9; Tres meses, 4,50;
Un mes, 1,50.

CUARTA EDICIÓN

Un año, 12 pesetas;
Seis meses, 6; Tres meses, 3.
Un mes, 1.

EN PROVINCIAS

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, 40 pesetas;
Seis meses, 21; Tres meses, 11.

EDICIONES ECONÓMICAS

(Sólo para España y Portugal.)

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, 24 pesetas;
Seis meses, 12; Tres meses, 8.

TERCERA EDICIÓN

Un año, 18 pesetas;
Seis meses, 9; Tres meses, 5.

CUARTA EDICIÓN

Un año, 14 pesetas;
Seis meses, 7; Tres meses, 4.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, 50 francos.— Seis meses, 26.— Tres meses, 14.

En PORTUGAL rigen los mismos precios que en provincias, á razón de 180 reis por peseta.

Las suscripciones deberán empezar precisamente desde 1.º de cualquier mes.
Tanto de *La Moda Elegante Ilustrada*, como de *La Ilustración Española y Americana*, se facilitan números de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración, Arenal, 18, Madrid.

